

RECORDANDO A LOS RESTREPO ESCOBAR

MAMÁ ELVIRA Y SUS HIJOS CRÓNICAS DE UNA FAMILIA ANTIOQUEÑA



Félix Restrepo Escobar y Elvira Escobar Gutiérrez y sus 10 hijos Lucía, José Vicente, Álvaro, Bernardo, María de los Ángeles (Ángela), Mario, Luciano, Emilio, Susana y Rafael

**Enrique Posada Restrepo
Martha Libia Posada Restrepo
Editores**

Primera edición, agosto de 2018, Medellín

Se permite la reproducción, citando debidamente la fuente

Editores y coordinadores del proyecto

Enrique Posada Restrepo y Martha Libia Posada Restrepo

Autores de textos y poemas

Enrique Posada Restrepo
Martha Libia Posada Restrepo
Yuliana Osorno Vanegas
Emilio Alberto Restrepo Baena
Oscar Jaime Restrepo Baena
Piedad Botero Restrepo
Jorge Luis Restrepo Molina
Alberto León Posada Restrepo
Angela Rosa Posada Restrepo
Lida Restrepo Torres
Natalia Restrepo Vélez
Julio Martín Restrepo Posada
María Elvira Restrepo Hurtado
Bernardo Isaza Restrepo
Bertha Luz Mejía Restrepo
María Isabel Mejía Restrepo
Estela Mejía Restrepo

Autores de textos tomados de escritos de familiares ya fallecidos

María de los Ángeles (Ángela) Restrepo Escobar
Bernardo Restrepo Escobar
Rafael Restrepo Escobar
Esperanza Ángel Restrepo

Entrevistas realizadas con la colaboración de Mauricio Gil Arboleda, Yuliana Osorno y Martha Libia Posada a los siguientes entrevistados:

Emilio Restrepo Escobar, Rosa Elvira Ángel Restrepo, Maria Eugenia Ángel Restrepo, Enrique Posada Restrepo, Adelaida Ángel Restrepo

“No importa lo pobre que sea un hombre. Si tiene familia, es rico.”

Dan Pilcos



Mario, José Vicente, Rafael, Ángela, Bernardo, Álvaro

FAMILIA Y RECUERDOS

*Bien vale la pena recordar,
dar tiempo mayor a la vida,
para que continúe y perdure, más y más.
Sentirse cercano a los mayores,
agradecer y celebrar
para que nuestros hijos y nietos y sus hijos
sepan que son fruto del amor y de los sueños
y no meras briznas pasajeras en el viento.*

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

Somos más que un cuerpo que el tiempo desgasta, más que las expectativas con las que soñamos al levantarnos cada mañana; somos el acumulado de vivencias y huellas que dejan en nosotros nuestros seres queridos, los paisajes que visitamos, los amigos que se marcharon, las luchas que defendimos, los ideales que nos marcaron y los amores que construimos. Somos memoria, interacciones, familia, amigos, sueños por los cuales vale la pena reconocer de dónde venimos y de donde provienen los valores y aprendizajes que heredamos de nuestra familia a través de diferentes generaciones.

Recuperar nuestras raíces es un paso casi obligatorio para reconocernos a nosotros mismos como seres llenos de acumulados históricos, para encontrar, a través de nuestras familias, la mejor versión de nosotros mismos, para entender el tiempo, más allá de un mero caminar hacia adelante sin mirar hacia atrás y comprendernos en un devenir de asuntos aun hoy presentes y fuertes en nuestros imaginarios, así como para entender por qué otras experiencias pasaron casi desapercibidas por nuestra propia existencia.

Los invitamos a que se deleiten con esta pequeña puerta de entrada a las memorias y las anécdotas narradas por descendientes de la familia Restrepo Escobar, constituida por Félix Restrepo y Elvira Escobar Gutiérrez el 27 de agosto de 1917. Nos han contados estos relatos entre nostalgias, risas, fotografías, amores y desamores. Nos han abierto sus corazones y sus hogares para celebrar, para rendir un homenaje, para tejer entre todos, una historia. La historia de la familia Restrepo Escobar, sacada adelante por la mítica abuela Elvira, luego de su temprana viudez.

SOBRE ESTE LIBRO

Los responsables de este libro somos Enrique y Martha Libia Posada Restrepo, hijos de Ángela Restrepo. Tuvimos la idea de sacar adelante este libro, como un homenaje a nuestros antepasados, con el objetivo de dejar por escrito, para nuestros hijos, sus nietos y sus descendientes, esas memorias que el tiempo va borrando inexorablemente y que son tan

interesantes. La idea inicial fue de Enrique, a quien se le ocurrió basarse en entrevistas con algunas de las primas y del tío todavía vivo y en sus propios recuerdos y publicar el libro para distribución y conocimiento de hijos y de los nietos y sus descendientes. En su momento estaba apoyando a un grupo de jóvenes profesionales en la constitución de una empresa y pensó en ellos para que se encargaran de las entrevistas y de la recolección de documentos, fotografías y de redactar un primer manuscrito. Estos jóvenes fueron los sociólogos Yuliana Osorno Vanegas y Mauricio Gil Arboleda, quienes asumieron la tarea y efectivamente llevaron a cabo parte del trabajo documental y prepararon un primer manuscrito, redactado por Yuliana. Como base se tuvieron entrevistas con los primos Rosa Elvira y Maria Eugenia Ángel Restrepo, con Enrique y con el tío Emilio, el único hermano sobreviviente. Todos facilitaron fotos y recuerdos.

Posteriormente Enrique conversó con Martha Libia, quien se manifestó interesada en el proyecto y se ofreció para contribuir a completarlo y a enriquecerlo profundizando en el trabajo documental previo, que no había alcanzado a ser aprovechado en muchos aspectos, estableciendo contacto con otros primos, quienes contribuyeron con material adicional y más fotografías. Martha Libia elaboró un segundo manuscrito, aprovechando, extendiendo y completando el primero. Nosotros dos, Enrique y Martha Libia, conjuntamente hemos tomado estos materiales y manuscritos para elaborar el libro en su versión final, que es el que ahora entregamos a los descendientes de la familia Restrepo Escobar. En él, aparecemos como narradores principales, hablando con frecuencia en primera persona o a nombre de los primos, usando el pronombre nosotros. La mayor parte de los poemas que aparecen, son también de nuestra autoría.

Queremos agradecer a todos los que participaron en este proyecto y esperamos que lo que se ha escrito, refleje dignamente el cariño, el amor, los recuerdos y el sentido de agradecimiento de toda la familia hacia esa abuela, a sus hermanas que nos ayudaron a crecer, y a esos tíos, hermanos y primos que han hecho parte de este notable clan, que, a la fecha, cuenta con 152 descendientes contabilizados y reportados (pueden faltar algunos tataranietos), a partir de 10 hijos, 48 nietos y 80 bisnietos y 24 tataranietos, siendo el último de ellos el nieto de Enrique, Juan Luis Posada Sánchez, hijo de su hijo mayor Rodrigo y su esposa Catalina.

Como hemos señalado, este libro ha sido elaborado en buena parte con base en testimonios recogidos por medio de entrevistas a algunas de las

personas, especialmente al tío Emilio, a las primas Rosa Elvira y María Eugenia Ángel y a Enrique Posada.

Estos testimonios se pudieron completar con materiales escritos preparados especialmente por un grupo de primos que finalmente colaboraron con sus aportes, semblanzas y recuerdos. Fuimos amplios en la invitación, pero no ha sido tarea fácil el conseguir estos aportes. En algún punto hay que terminar esta primera edición y es posible que algunos otros primos o familiares se sientan animados a contribuir también con sus escritos, sus testimonios y sus recuerdos, luego de recibir y leer lo que se ha completado. Todos están invitados a hacerlo para elaborar en su momento una segunda edición más completa.

Que Dios bendiga nuestra familia por siempre.

LOS APELLIDOS DE LA FAMILIA

Sobre el tema del origen y significado de los apellidos hay seguramente mucho de cuento y leyenda, pero no dejan de ser temas curiosos, y queremos hablar un poco de ello, con base en lo que se encuentra fácilmente, pero que poco se conoce entre nosotros. Lo registramos como un homenaje a unos antepasados antiguos que se atrevieron a asentarse en Antioquia, atrevimiento que de alguna forma tiene que ver con todos nosotros.

RESTREPO

Restrepo es un apellido de origen español. Tiene que ver con el nombre de una pequeña aldea situada en el occidente de Asturias, actualmente perteneciente al consejo Castropol, por el riachuelo Suarón. Se asocia su significado a la idea de un pueblo edificado en riestra (RESTRE- riestra, hilera) (POL- Pueblo). La aldea es muy pequeña actualmente y escasamente poblada, dedicada a la ganadería. Fue algo más importante en los siglos anteriores; a ella llegaron y de ella emigraron diferentes familias. Actualmente no residen en ella personas que porten este apellido. Aunque el apellido Restrepo existe en Asturias y en otras provincias vecinas, en un principio fue utilizado junto a otros apellidos más comunes para indicar el lugar de procedencia. Esto fue lo que sucedió con unos emigrantes de apellido López de Restrepo, quienes emigraron a Colombia, y

particularmente a Antioquia, donde el apellido se convirtió en Restrepo y donde tuvieron descendencia que se volvió numerosa extendiéndose el apellido por herencia directa y en muchos casos por adopción, como ocurría, por ejemplo, con los apellidos de las familias de los esclavos, hasta llegar a ser el más común de los apellidos antioqueños.

Se dice en Genealogías de Antioquia y de Caldas (de Gabriel Arango Mejía) que dos españoles asturianos trajeron este apellido a Antioquia. Ellos fueron Alonso y Marcos López de Restrepo, el primero de Piantón, cerca de Castropol y el segundo residente en Sanlúcar de Barrameda, ambos primos hermanos. Llegaron al Valle de Aburrá hacia los años de 1640 y se asentaron luego de pasar por La Habana y Veracruz. Es sabido que Alonso fue bastante activo en el establecimiento de Aná y de la Villa de la Candelaria de Medellín, siendo alférez real y muriendo en 1861. Una interesante novela “La Saga de los Restrepo” de Orlando de Jesús Betancur Restrepo y un artículo suyo en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia (año 103-18-2008) narra la gesta de estos primeros Restrepos y de sus descendientes.



A modo de curiosidad, en la figura tomada del portal heráldica hispánica se presenta lo que sería el escudo de este apellido, que representa dos lobos en un campo de plata, uno sobre otro, con bordura en azur (azul) y ocho flores de lis de oro.

ESCOBAR

Escobar es un apellido originado en las regiones montañosas de la provincia de León en el noroeste de España. Tiene una tradición muy antigua, que se remonta a las épocas anteriores a la invasión de España por los moros, en la época visigoda, e incluso en la época romana.

Según el libro ya mencionado Genealogías de Antioquia y de Caldas, el señor Francisco Bonifacio Escobar y Pineda, nacido en Sevilla, España (1688) fue el primer español que dio origen a la extensa familia de este apellido que existe en Antioquia. Él vino a Medellín en los primeros años del siglo 18 y contrajo matrimonio con Ana María Guerra en 1709, dejando 13 hijos, que dieron lugar igualmente a una numerosa descendencia.



El escudo que se atribuye al apellido muestra en un campo de oro cinco escobas de sinople (verdes) atadas con una cinta de gules (roja) y colocadas en sotuer (término de la heráldica que significa en forma cruzada).

RESTREPO ESCOBAR

*De las montañas de Asturias
unos primos aventureros salieron
hacia tierras lejanas, dejando dudas
y miedos, y se volvieron antioqueños,
simplificando apellido, escogieron el Restrepo
y llenaron estas tierras con sus hijos y sus nietos.*

*Otra raza de antiguas tradiciones
con estirpe leonesa y montañera
emigró a estas tierras antioqueñas
trayendo el trabajo en sus blasones,
gente limpia que barre con amores
y con verdes escobas; Escobares
de la vida limpia, altivos y cordiales.*

Enrique Posada Restrepo

RESTREPO - ACROSTICO

*Raza inteligente, ambiciosa y de mucho coraje.
Emprendedora, luchadora y de arranque.
Sociable, amistosa, graciosa, triscona y brava a la vez.
Trabajadora y rebuscadora del centavo.
Romántica enamorada y coqueta.
Escritores, poetas, cantantes y muy buenos lectores.
Por todo lo anterior felicito a todos los que llevamos este apellido.
Orgullosos se fueron los que ya están en el reino, orgullosos nos sentimos
los aquí presentes y así se tendrá que sentir nuestra nueva generación.*

Ángela Rosa Posada Restrepo

UNA HISTORIA QUE CUENTA

*Tantos relatos amenos
llenos de recordaciones.
Como olvidarlos en el tiempo
si alegran nuestros corazones.*

*Tantas aventuras vividas
llenas de mágica gracia.
De pronto Mamá Elvira decía:
muchachos, hay otra mudanza.*

*Tantas vivencias amenas
que nunca olvidamos los nietos.
Mamá Elvira y las tías abuelas,
nos cuidaban y entonaban sus rezos.*

*Tantas historias narradas
nombrando los bobos del pueblo.
Inventaban tantas bobadas.
Nunca supimos si todo era cierto.*

*Familia unida, amable y sencilla.
Dejó en nosotros su huella.
Timonera verraca ¡Mamá Elvira!
No dejó que su barco se hundiera.*

Martha Libia Posada

CAPÍTULO 2

LA FAMILIA DE NUESTROS ABUELOS MAMÁ ELVIRA Y FÉLIX RESTREPO

Nuestros abuelos fueron Félix Restrepo Escobar y Elvira Escobar Gutiérrez. Ellos se casaron el lunes 27 de agosto de 1.917, en ceremonia presidida por el cura párroco Isaac Angel en la parroquia de Santa Ana de Fredonia. Tuvieron 10 hijos: 7 varones y 3 mujeres. En su orden Lucía, José Vicente, Álvaro, Bernardo, María de los Ángeles, Mario, Luciano, Emilio, Susana y Rafael.

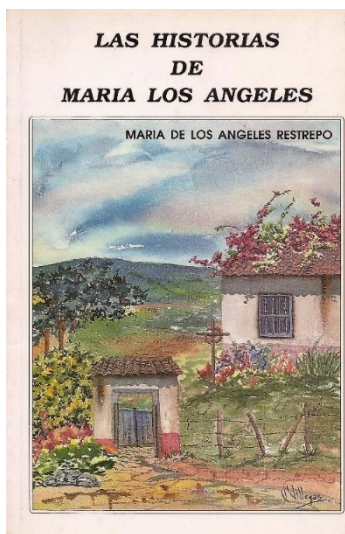
Nació Félix Restrepo en 1877 y murió el 8 de octubre de 1.935 a los 58 años. Elvira Escobar nació el 2 de enero de 1889 y murió el 16 de enero de 1.964 a los 75 años.

Mucho contacto tuvimos todos los primos con la abuela Elvira Escobar Gutiérrez, a quien llamábamos Mamá Elvira. Ella visitaba con frecuencia las distintas familias de sus hijos y nos recibía también en los fines de semana en su casa, donde vivía con las tías abuelas Anita e Inés. Nos preparaba algos, almuerzos y mediasmañanas, que todos seguramente recordamos. En cambio, sobre el abuelo Félix Restrepo muy poco alcanzamos a conocer los primos, puesto que murió relativamente joven, dejando a Elvira a cargo de diez hijos, muchos de ellos todavía adolescentes.

Nosotros Enrique y Martha Libia, somos hijos de María de los Ángeles, a quien todos llamaban Ángela. Tenemos el orgullo de tener una madre escritora, que con seguridad ha sido la inspiración para que nos hubiéramos puesto en la tarea de preparar y editar este libro sobre la familia Restrepo Escobar. Ella nos dejó unas páginas inolvidables sobre sus padres, su vida familiar y sus hermanos, en su libro “LAS HISTORIAS DE MARÍA LOS ÁNGELES”, que vamos a compartir con ustedes para que permanezcan en sus recuerdos y en los de nuestros descendientes por muchos años.

Cuenta ella sobre su padre, el abuelo Félix *“Por herencia soy lectora. Conocí siempre las grandes obras de la literatura en la biblioteca de mi padre, un lector muy bueno y de un talento profundo que era autodidacta. Yo simplemente leí lo más fácil, nada de teorías y de altas matemáticas,*

yo sólo sé que nadie ha podido descubrir origen de la vida, ni si hay vida después de la vida. Me gustaban los versos, Porfirio con su Canción de la Vida Profunda. Pombo con sus fábulas, novelas románticas, ligeras, que alquilábamos en la biblioteca de las Hijas de María”.



Portada del Libro de nuestra madre Ángela

Eran los abuelos hijos de Marquitos Restrepo y de Adelaida Escobar, él, y de José Escobar e Isabel Gutiérrez, ella. Nos contaban que José había sido una persona importante y aventurera, alcalde de Concordia, pueblo donde vivieron. Isabel era de temperamento fuerte y estaba emparentada con el famoso poeta Gregorio Gutiérrez González. Félix y Elvira eran primos, por el lado Escobar.

Cuenta también nuestra madre sobre los abuelos Escobar:

Mis abuelos siempre vivieron con mi madre y mis tías. Mi abuelo, en su juventud, había botado sus haberes. Era medio ateo, malgeniado y gruñón y el tormento, por esto, de la abuela. Creo que vivía saturado de rezos y santos. Yo lo recuerdo ya viejo, serio, con estampa de prócer, liberal hasta morir. Creo que le tocó la guerra de los mil días. Se casaron muy jóvenes y un día de tantos, se sacudió el yugo y se fue a recorrer por la selva. Llegó hasta Panamá y aprendió de los indios a curar. Después de varios años, llegó al hogar cansado de aventuras y con su bagaje de conocimientos medicinales. Lo recuerdo soplando en una forja para calentar varios específicos, los cuales acomodaba en cajitas que metía en su bolsillo, para venderlas en la plaza los domingos.

Mi abuela era bella, elementalmente buena y pura, vestida de negro con mantilla. Me llevaba de la mano y recorriamos el pueblo rezando el rosario, yo casi dormida y con el saco al revés.

Mi abuela era no sólo santa, sino curiosa y artista. Hacía flores que luego vendíamos en la tienda de la iglesia. También se hacían en la casa dulces de toda clase: gelatinas, manzanitas, caramelos, etc., que ayudaban para el sostenimiento. A mi abuelo en premio a su lealtad, el partido lo nombró alcalde. Estuvo en varios pueblos, en uno de ellos (en Concordia), hice mi primera comunión y de ese día guardo un recuerdo terrible por culpa de mi tía, la más joven. Siempre que veo la foto de mi primera comunión que rescató mi hija del baúl de los recuerdos, veo mis crespos largos que fueron mi martirio. Ella me los hacía con un lápiz, untaba mi pelo de un agua lisa, hecha de hojas de San Joaquín, que fijaban el pelo y al secarse, quedaba tieso. Esto para que no me despeinara en dos o tres días. En el copete me hacía un crespo mayor, cogido con un moño, y esa era mi desgracia. Las niñas más grandes se reían y tiraban de mi crespo, hasta que lo supo mi tía que era de armas tomar. Llegó a la escuela con santa ira amenazando, pues yo era nieta del alcalde. ¡Peor! Al otro día me decían solapada, soplona, Muchas veces, a escondidas, detrás de alguna puerta, me dañaba mis crespos y así despeinada llegaba la escuela más tranquila.

Constituyeron una familia de raigambre campesina, agricultores y cultivadores de café, una muy importante actividad en sus vidas. Desde niños hemos oído hablar de la finca del Zarzal, situada en una vereda del municipio de Venecia, donde todos ayudaban durante la cosecha a trabajar en la recolección y en el beneficio del café, junto con peones y recolectores. En alguna ocasión tuvimos la fortuna de conocer esa finca y esa casa. Ángela, nuestra madre nos cuenta de ella en su maravilloso libro ya mencionado:

Salíamos a caballo por un camino llamado la Falda de Cardona. Mi madre montada en la mula Mirla, pues se decía que el paso de las mulas era más suave y firme, ella derecha, sentada en un galápago que tenía un cacho a un lado, para pasar la pierna derecha, pues montar a lo hombre era vulgar para una dama. Casi todos estos caballos eran bucéfalos viejos, muy seguros para los niños. Iba siempre un peón, poniendo cuidado. Las fincas estaban cerca. La de nosotros, sencilla, sin luz. Los viajes eran de madrugada, a las 3 o 4 estaba ya la caravana lista. Los más pequeños iban en una silleta, a la espalda del peón, amarrados con una sábana blanca. Los más grandes llevaban a los otros a la cabeza de la silla, amarrados con correas. En la cabeza nos ponían pañuelos blancos para el calor y no

tenían ningún inconveniente en hacerle trenzas a los hombres, si estos tenían el cabello largo. La gente salía a las puertas a ver a Doña Elvira y a sus hijos... La llegada a la finca era una dicha. Era una casa muy simpática y acogedora, de corredores entablados. Debajo del tablado se metían las gallinas a poner sus huevos. Había un zarzo que se llenaba de café ya seco mientras lo empacaban. Recuerdo el fogón armado en piedras, luego lo modernizaron a reverbero. Era armado con ladrillos, con una plancha de hierro, cuatro bocas de mayor a menor al lado un hornito. Tragaba y tragaba leña, ya que en la casa se alimentaban los peones. Un mundo de sancocho y frijoles, hechos con una carga de biches. Había el consabido pilón para hacer la mazamorra y arepas delgadas en cayana...

La casa tenía una pieza para la señora de la cocina. Las hubo muy queridas, pero otras como diablos, se aprovechaban sobre todo en cosecha, mi madre ponía todas sus artimañas para que no las dejaran solas en ese tiempo: las ayudaba, les cosía la ropa. Una de ellas que recuerdo, muy querida, jugaba escondidijos con nosotros. Me asaba unas tortolitas que cazaba Sotero, arriero de la finca; me ayudaba a lavar unos pescaditos que sacamos en la quebrada, capitanes, briolas y hasta sabaletas. Se abrían, se limpiaban, se les untaba sal y luego se ensartaban en una cuerda y se colgaban en el humo...luego volví con mis hijos a recordar todo aquello, ya no había quebradas y se iba en carro hasta la casa. No era la casita de la juventud, cuando se dormía con la puerta abierta y los perros le ladraban a la luna, cuando las gallinas eran de verdad, sacaban 10 o 12 pollitos, unos crespos otros negros, eran huevos que se cambiaban en la vecindad, sin pedigrí alguno, sólo un gallo muy alentado que las esperaba al bajar el gallinero y las cazaba sin recato alguno, las que fueran, y después se pavoneaba por todo el patio...el gallinero se hacía debajo de un árbol frondoso, iba parado en un palo grueso y arriba se hacían unos travesaños de madera, las gallinas subían por una vara. Decía mi mamá, hija, póngale la vara a las gallinas...esto de tener gallinas así sueltas tenía problemas, llegaba la peste y barría, se decía peste negra, peste rayo, renguera, bubas, algo que le daba en la lengua; más la comadreja y la chucha qué se hacían su cena con las más gordas. Lo cierto del caso es que, si se descuidaban, no quedaba ni una...

Las vacas y los perros no podían faltar en la finca, tampoco tenían estirpe, eran simples chandosos los perros y las vaquitas criollas, sobre todo en

estas fincas que eran de café. Los cerdos eran muy dañinos, había que argollarlos para que no hollaran la tierra. Casi siempre se engordaba uno para diciembre. Al lado de la casa había un carro de zinc que tenía ruedas, más o menos grande según las arrobas de café que diera la finca. En el primer patio, se ponía el café, ya muy lavado, por debajo había camillas para la pasilla. Se abría por la mañana, se sacaban las camillas a los lados. Pero ¡qué tragedias si llovía y no estaba listo para cerrar el carro! Se podía dañar el café si se cardenillaba, y se perdía mucha plata. Así no lo recibían los señores que compraban el café, o mejor, los que prestaban la plata a los menos pudientes, pues tenían su agencia y sobre todo, tenían la plata. Esto era cada año, no quedaba ni cinco. Ellos ponían el precio y las condiciones y se quedaban con buena parte del fruto del trabajo...

En estas fincas era muy típica la Santa Cruz en el patio de la casa, hecha de dos palos sin labrar. Se le ponía una corona hecha de ramas, pero el 3 de mayo se le hacía especial homenaje. Se adornaba con flores y se alumbraba poniéndole comida y una casa pintada para que esto no faltara nunca. Todos los peones y la familia reunida rezaban los mil Jesuses. Se contaban en granos de frijol, era motivo de risas ahogadas, pues de tanto decir Jesús esto se convertía en “sus” y en regaños de los mayores...

Me recorrí con todos los vecinos los caminos y montes. Si ahora vas por la carretera que se llama la Albania que conduce a Bolombolo, hay un paisaje casi único. Es el Cerro de la Tusa o cerro Tusa; a un lado aparece como un sillón, es el sillón del Zarzal, al que subíamos por unos montes tan y tan pendientes, que sólo un niño y entrenado en esas lides, podía....

La quebrada Arabia fue algo muy importante para mí. En invierno se crecía, era temible. Tenía uno charcos de respeto. Uno de ellos era El Mosco, nos tirábamos desde una piedra y allí aprendí a nadar. Para salir al pueblo había que pasarla a pie o a caballo. Las bestias eran expertas, yo todavía recuerdo emocionada cómo la bestia se preparaba para dar el salto. “Téngase hija”, decían, “téngase fino”. Yo fui a experta en esto de pasar portillos y abrir puertas de golpe en los potreros...

La vereda era muy linda, con casitas para los agregados caminitos, y ya más ancho el que salía para el pueblo. Mis tíos vivían cerca, las fincas eran separadas por linderos. La casa de uno de ellos era de balcón muy espaciosa. Del mayor éramos muy amigos, la señora era muy bella, vestida sus ropas largas y se cogía su pelo en una trenza. Al tío casi no lo

conocí, se había caído de una bestia en un mal camino y como de costumbre, lo alumbraban sus tragos. La bestia esperó pacientemente hasta que alguien llegó y lo encontraron muerto.

...Hay que advertir que mi padre era el menor de los hermanos. Otro de ellos vivía en una casita más pequeña. Solo, creía uno, era soltero y nosotros fuimos sus sobrinos preferidos y mi madre una verdadera hermana. Muy temprano llegaba a la casa a tomar café amargo, se paseaba por el corredor nos cargaba, nos hacía pesadeces. Era muy feo y murió al cuidado a mi madre, más bien joven.

Al que más quise, fue a otro, que vivía al frente de nuestra casa, que era mocho. Se había caído de un zarzo y se hizo una herida al quebrarse la pierna, más arriba de la rodilla. Cuando lo llevaban al pueblo en camilla, le dio gangrena y le amputaron su pierna...Desde muy temprano se sentaba en una mesa, muy limpio, pues su señora era extremadamente juiciosa; ella y la otra tía, le habían ayudado a mi madre, más joven, a lidiar esa vida de montaña con esos personajes tan salvajes. Mi tío Juancho, que así se llamaba, empezaba a silbar muy temprano y a llamar. Le llevaban el desayuno. Él, con mucha calma, empezaba a comer y hacía como si me diera pedacitos de ese desayuno tan especial. Yo miraba y tragaba saliva. A veces llegaba otro de los más grandes, le robaba la carne y salía como un pájaro. Se oían los gritos por toda la casa: este mocosito me robó la carne, hija. Ya ella sabía lo que ocurría y estaba preparada, repetía la ración y le decía “dale a la niña, no la molestes más”. Daba vueltas en caballo por los cafetales en la mañana; las tardes las pasaba sentado en su mesa molestando a quien tuviera enfrente; si acaso me cogía la noche oyéndole sus historias, mi madre llamaba. Yo salía corriendo, pero el muy malo me gritaba: te vas muchacha, no respondo, en la quebrada te sale una vieja tirándose pedos de siete luces. Este viejo necio, decía mi tía. Yo la llevo hasta allí, hija, y le pongo cuidado, decía él y la tía regañando: No le haga caso a este viejo empalagoso.

En tiempos de la cosecha aparecían toda clase de personajes para coger el café. Para la dormida, había un pequeño campamento, se alimentaban en la casa. Mi madre tenía fama de darles abundante y buena comida. No faltaba la arepa y la mazamorra. Se servía esta comida en un plato hondo llamado montañero, el almuerzo se llevaba al corte, dos de los peones lo cargaban en una vara, las ollas se amarraban en ella y uno se alzaba la

vara al hombro. La comida era entre las 5 y las 6, después nada, no había luz. En el corredor se ponían dos lámparas Coleman, pero había que ayudarse con velas de cebo en candelero de peltre, después el Rosario y luego una velada inolvidable: mi madre se acostaba a leer con su vela de cebo en la pata de la cama, mientras nosotros filábamos los taburetes de cuero, para los que alcanzaran, los otros en el suelo: Los hermanos casi todos cantábamos, se surrungiaba el tiple, no faltaba en los peones el guitarrero, las voces eran acopladas y bellas, llenas de melancolía, de despecho, como que eran pasillos ecuatorianos, casi siempre; o los corridos y canciones mexicanas que en todas las épocas se han cantado. Otra noche eran los cuentos. Había un viejito llamado Tello que tenía mucha propiedad para contarlos. Después de hacerse rogar mucho, empezaba y no se oía ni una mosca, era muy gráfico, sacaba la peinilla (el machete) y daba vueltas por todo el corredor. No recuerdo mucho, sólo se me quedó grabado el viejito dando saltos, de pronto paraba el cuento como para dar suspenso: no puedo seguir, me voy a dormir, decía; muy importante, mañana no lo pierdan. Así duraban hasta 3 días los cuentos de Tello. Otras veces es el tema eran los espantos. ¡Dios mío, casi no se respiraba! Yo me iba acercando al más grande como para buscar protección. Las brujas que cerraban el camino al que iba en una noche de farra; el que amanecía dando vueltas sin encontrar salida; el maligno que pasa más ligero que el viento en caballo de tres patas. Los secretos que un ser invisible, decía al oído del ateo que no se confesaba, era tan aterrador, que el hombre caía de rodillas prometiendo cambiar su vida, en fin, eran tantos. Todo aquello en noches oscuras, no se veía sino el titilar de los cocuyos, y de pronto, en semejante silencio, el ladrido de un perro lastimero. Esto era demasiado para mí, en dos brincos estaba al rincón de mi madre, aterrada de miedo, pero ni por nada me perdía aquello.

Así fuimos creciendo, empezaron a casarse mis hermanos, la mayor (Lucía) con un vecino acomodado, muy mayor y viudo, que tenía su hacienda cerca, la cual recuerdo como algo maravilloso: grande de corredores arriba y abajo, que se llenaban de café ya seco en la cosecha. Él era encantador, con su carriel muy grande y de poncho en verano, para salir al pueblo, en aquellas bestias que fueron siempre mi admiración. La casa tenía luz de motor y en los diciembres se reunían allí los vecinos y las parrandas eran famosas. Ya en mis años mozos, lo veía como a un Dios y aún hoy lo recuerdo con admiración. Muchas veladas pasé embelesada

oyéndole historias de aquellos espantos. Debió haber tenido muchos, pues fue un pionero enamorado y buen mozo. Se decía que con su hermano habían poblado la vereda; generoso en todo el sentido de la palabra, cumplió con los suyos. Como era tan enamorado, dejó a mi hermana viuda, muy joven, con 10 hijos. Cómo la recuerdo a ella en esos años, siempre gorda, era bonita y fuerte y casi que los tenía a caballo. Ya sola también fue guapa, pues supo agrupar a los suyos y sacar una bonita familia adelante.

No puedo hacer una historia de todos y cada uno de mis hermanos, sólo recordarlos a todos con mucho amor, a su manera todos cumplieron, fueron personas y fundaron una familia muy de bien. Sólo uno (Luciano) murió soltero, lleno de filosofía y de gracejo, pues sus dichos todavía se recuerdan. Otros también han muerto, entre ellos mi hermana mayor Lucía. De las mujeres quedamos dos. Cómo no nombrar a la pequeña (Susana) se casó joven y como muchas otras familias viajó con su esposo a gran país del Norte. Allí crio a sus hijos se llenó de experiencia y hasta fama de adivina dejó; pero ya con su esposo jubilado se instaló aquí en Medellín. Es el encanto de nuestras reuniones, son inagotables sus historias y las carcajadas se suceden sin cesar. Ella es pequeña y llena de gracia, llora recordando, canta, recita y entretiene.

Como se advierte en los recuerdos de Ángela y los del tío Emilio, se trataba de una finca y de una casa de campo que fueron determinantes en la vida de esta familia. Eran un lugar de mucha gente, especialmente en las épocas de la cosecha y de las vacaciones, donde se cocinaba en abundancia y se compartían historias, donde se tuvieron ricos contactos con los tíos Restrepo y sus familias, donde eran importantes el café y los cultivos. Cuando no había cosecha, el abuelo Félix cuidaba la finca y los cultivos, apoyado por los hijos mayores en esas labores. Flotan en esos lejanos recuerdos las agradables memorias de una familia que se desplazaba completa, del pueblo donde vivían, Fredonia, hacia la finca. Para ellos, recoger café y colaborar en la cosecha fue una actividad que se disfrutaba con orgullo. Los más pequeños aprovechaban los momentos para jugar en las quebradas y charcos cercanos a la finca.

En el ambiente de la casa de los abuelos, se fue sembrando el hábito de la lectura y de la escucha de la música. Lectura y música han sido siempre elementos integradores en la familia Restrepo Escobar. Todos recuerdan a los tíos y a la abuela como personas divertidas y graciosas. Los dos hijos

hombres menores tuvieron la oportunidad de estudiar, mientras que los mayores se dedicaron al trabajo desde temprana edad, siendo considerados personas inteligentes, de buen trato.

Con el temprano fallecimiento de su esposo por un problema del corazón, la abuela Elvira tomó por algún tiempo las riendas de la finca. Eventualmente esta propiedad se perdió en medio de las penurias económicas, los sobresaltos y las dificultades que con frecuencia ocurren a las viudas y a los hijos mayores, que no siempre son capaces de trabajar unidos para mantener y compartir en armonía la herencia familiar. El tío Emilio nos cuenta sus recuerdos al respecto, que resumimos así:

En esta propiedad la familia vivió los más importantes momentos de su vida. El centro de la familia Restrepo era la finca, la vida de toda la familia estuvo marcada por esta propiedad, en la cual vivieron desde niños y algunos en los comienzos de su edad adulta. Cuando falleció Félix, no faltaron los avivatos que trataron de aprovechar la situación para su beneficio. La abuela Elvira intentó mantener la finca, pero las inesperadas deudas que resultaron, algo muy frecuente cuando una mujer queda viuda, hacían muy difícil sostenerla. Los hijos mayores ayudaron trabajando en la propiedad, pero la situación no fue bien manejada entre ellos, resultando en discusiones y pequeñas disputas privadas sobre cómo repartir las ganancias que dejaba el negocio. Era una finca productiva, de muy bella vista, bien situada. Pero con el tiempo, la finca fue decayendo, los hijos mayores encontraron otros oficios, por lo que el tiempo para dedicarle a la propiedad se hacía cada vez menor; Lucía, la mayor, contrajo matrimonio con un hacendado cercano a la propiedad familiar, lo cual en un primer momento pareció ayuda a alivianar cargas, pero eventualmente los hermanos fueron dejando el lazo que los unía con la propiedad familiar. Cuenta Emilio, que estaba muy joven, que siguió visitando la finca, pero se presentaban inconvenientes y discusiones con sus otros hermanos, por lo cual decidió marcharse para el ejército, cediendo la administración de esta a dos de sus hermanos. Sin embargo, la finca se encontraba al borde de la quiebra cuando regresó de su servicio militar, razón por la cual, apoyado por su madre decidió venderla.

Mencionemos algo sobre los hermanos, para comprender las situaciones que fueron resultando luego de la viudez de la abuela.

José Vicente, el mayor de los hermanos hombres (y el padrino de Enrique, junto con la abuela, que era la madrina), tenía nariz grande, ojos vivos, piel colorada y blanca, usaba con frecuencia carriel, sombrero y poncho. Era hombre de fincas, trabajador, tomatrigo como casi todos los hermanos, divertido y dado a los dichos y a las burlas. Tomó la decisión de casarse desde muy joven.

Álvaro, el segundo de los hombres, era buen mozo y conversador, galante, alegre y agradable, quien también decidió casarse a temprana edad, alejándose de la casa materna en momentos complejos para todos, centrándose mucho en su mujer y en su vida familiar.

Mario, otro de los hermanos, se fue de la casa a aventurar, decisión que lo llevó a estar varios años por fuera, aunque eventualmente volvió a ser cercano a los hermanos. Era un personaje muy folclórico, de oficios variados en la burocracia, entre ellos, el de inspector de policía. Tenía una fama casi mítica de ayudar a muchas personas a conseguir empleo, aunque también con cierta fama de “ventajoso”, pues esperaba retribución por hacer tales favores. Se casó ya mayor y murió tempranamente.

Bernardo, hombre inteligente, amante de la lectura y la música, vivió y murió en Estados Unidos, lugar donde aún reside su familia. Nos ha dejado una preciosa carta escrita cuando murió mamá Elvira en 1964, que vamos a compartir con ustedes.

Luciano, uno de los menores, era un hombre muy particular. Gran lector y buen conversador, divertido y amable, recordado además por su particular forma de silbar (podía silbar música clásica, boleros, tangos), tuvo serios problemas con el licor y nunca se casó. Murió a los 40 años, luego de una penosa enfermedad, que sufrió con paciencia.

El tío Emilio, todavía vivo, nos ha compartido muchos de los recuerdos de este libro. Siempre se comportó de manera cercana a su madre, en especial desde lo económico, ayudando con el buen manejo de los dineros que le quedaron como herencia luego de la venta de la finca, de tal manera que siempre contara con un hogar digno, sea en Itagüí o en el barrio Granada en el sector de Belén en Medellín. Emilio, luego de prestar servicio militar y de pasar algún tiempo en Estados Unidos, se dedicó a trabajar en entidades del campo como evaluador y se casó. Sus hijos son los primos más jóvenes.

Rafael, el menor, fue un hombre afortunado y mimado por su madre y sus tías y fue el único de todos que pudo hacer una carrera profesional. Inicialmente estuvo en la Escuela de Oficiales de Policía General Santander de Bogotá, pero no terminó esos estudios y emprendió los de Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana, graduándose de abogado y ejerciendo como juez por muchos años. Se casó con una colega.

Ángela y Susana siempre estuvieron cercanas a la abuela. Se casaron jóvenes, aunque no tanto como Lucía, que lo hizo a los 19 años.

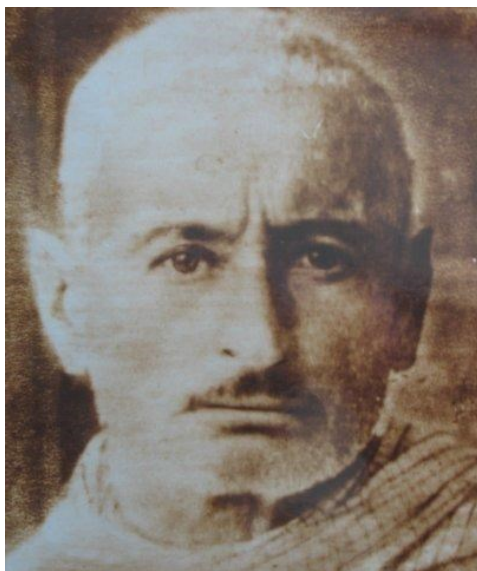
Y para completar esta mirada coloquial a nuestra familia, leamos lo que ha escrito nuestro hermano Alberto León, quien, como tantos en esta familia, tiene vena de escritor agudo y certero.

Aprovechamos para ilustrar a cada personaje con una fotografía, sacada del baúl de los recuerdos. Complementamos con una serie de fotografías en las cuales aparecen los tíos reunidos

RECUERDOS ILUSTRADOS

Alberto León Posada Restrepo

Estos son los sentimientos que evoco al recordar a mi familia Maracha:



FELIX: Solo lo conocí en una fotografía, pero con eso tuve para que me infundiera respeto.



MAMÁ ELVIRA: La conocí y viví con ella, creo que no nací con mucho amor hacia el estudio, pero con las palabras de Mamá Elvira al menos aprendí a cogerle amor al trabajo. Gran mujer.



LUCÍA: Mi segunda madre, solo risas y bondades le conocí. ¡Qué ricas comidas!



JOSE VICENTE: Viejo verraco. Tomador y jugador. Siempre me llevó a sus fincas, fue mucho lo que goce con él. Fueron muchas las comidas que repartí.



ALVARO: Para mi este fue el más parecido a Félix. Siempre me inspiró respeto, fue sabio en sus consejos, fue mi padrino de matrimonio.



MARIO: El tío de los negocios, platero a morir. A todos nos conseguía trabajo, pero ¡eso sí! Había que darle la primera semana de sueldo (creo que con este si tenemos algo de árabe o judío en nuestra raza) pero, eso sí, muy querido con uno.



BERNARDO: Hombre de muchos consejos, si organizaba las cosas, creo que lo hacía por el bien de todos. De mi parte le agradezco la ayuda que me dio aquí en USA. Gran querendón de su familia.



ANGELA: Mi madre querida. Creo que tendría que escribir mucho para expresar todo lo que tengo que decir, pero lo reduzco a decir que siguió siendo la Madre de los Restrepo.



LUCIANO: El tío que más joven murió. Siempre que estuve a su lado me regalaba algún ganado (siempre fueron palabras), yo ya soñaba que era rico. El auténtico antioqueño, lástima que el Señor se lo llevó tan pronto.



EMILIO: Hombre serio con todos los ingredientes. Charlatán, jodón y muy vacilador. Siempre se distingue por su espejo y su manera de organizar su bigote.



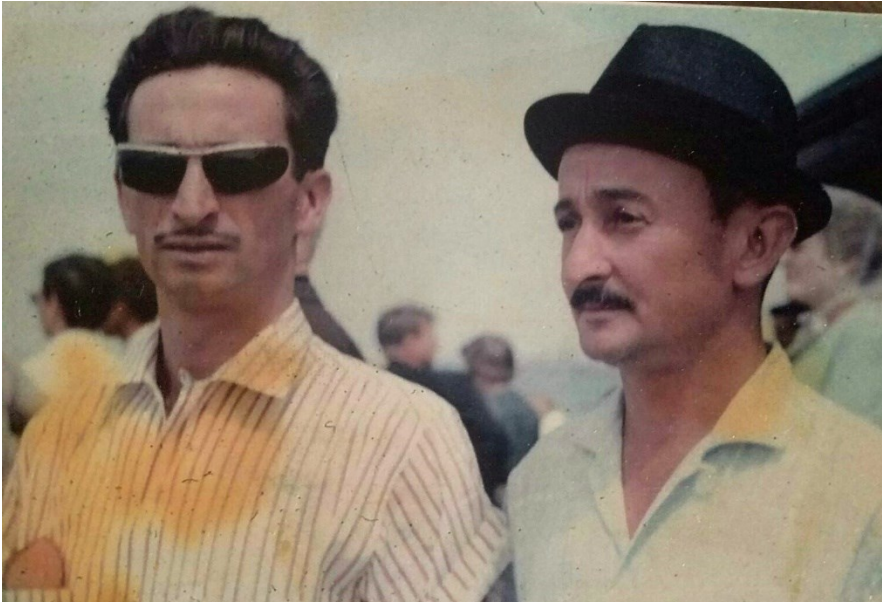
SUSANA: Mi amiga, tía y suegra, una gran mujer. Llena de dichos y mucha música, las lágrimas que derramó no cabrían en un costal. Pero luego llegaban las risas y la buena comida.



RAFAEL: El doctor de la familia. Íntimo mío. Fue con el que más tuve amistad. Muy amplio y gran tomador. Tengo la imagen de él con su mano sobre la boca, muy pensativo.



Lucía, José Vicente y Carola, Ángela, Susana y Rafael, en un paseo de los recuerdos al Zarzal



Emilio y Bernardo



Ángela, Martha Libia y Susana

Susana y José Vicente





Lucía, Susana y Rosa Elvira (La Mona) en Venecia



Susana, Ángela, José Vicente y Lucía en el Zarzal



Alicia, Ángela, Lucía, Luz Elena, esposa de Jorge Luis Restrepo y su hija Natalia



Rafael y Susana en Venecia



Ángela y Lucía



Ángela y José Vicente

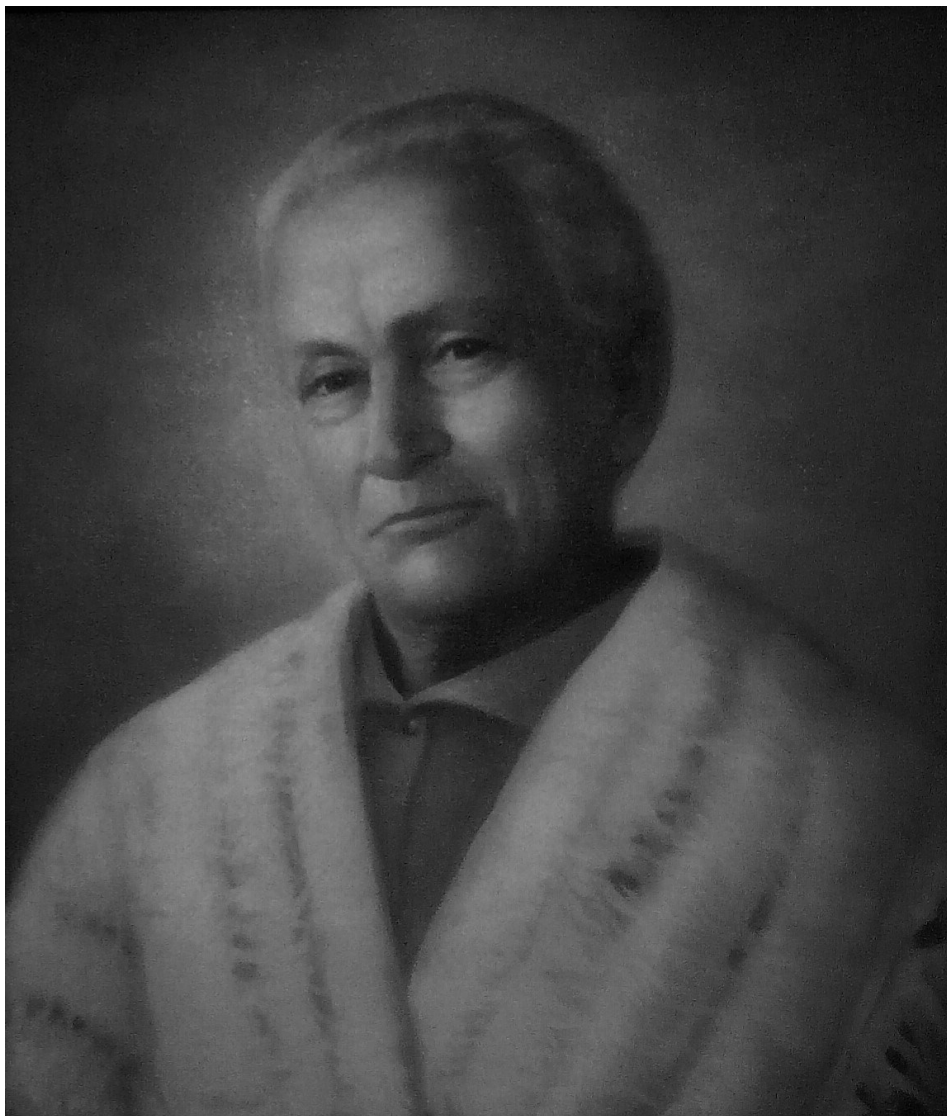


José Vicente y Susana



Ángela, Martha Libia, Carola, José Vicente, Susana, Luz María, Rosa Elvira, Lucía

CAPÍTULO 3
MAMÁ ELVIRA: UNA ABUELA QUE DEJÓ HUELLAS

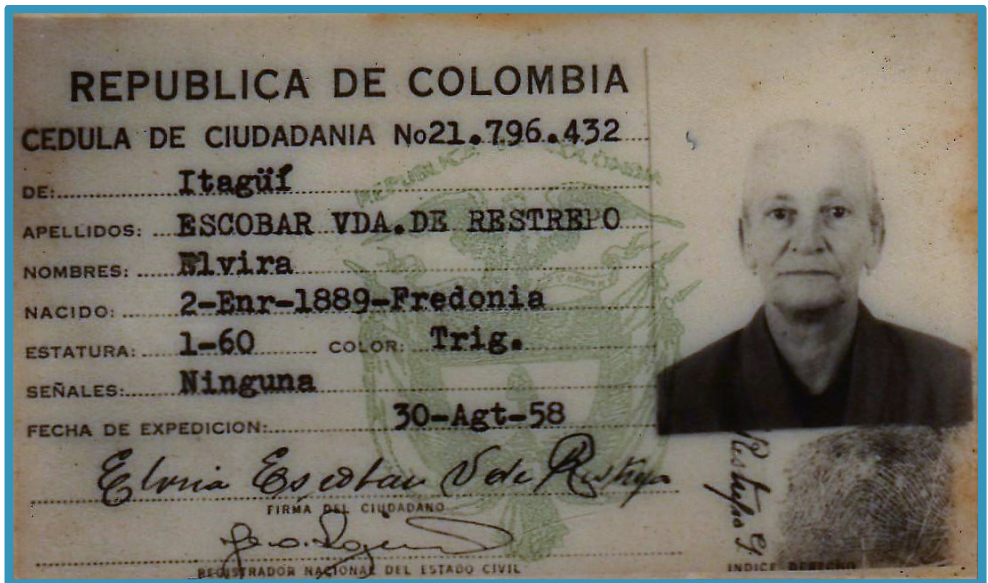


Magnífica pintura de la abuela, en versión fotográfica en blanco y negro

Tuvimos el placer de conocerla y de disfrutar de ella durante años. Fue una persona que dejó huella y ello se refleja en abundantes y preciosos testimonio de todos sus hijos y nietos, varios de los cuales los dejaron por escrito y por ello se los compartiremos a continuación.



Contamos con muy pocas fotografías de la abuela, lo cual no deja de sorprender, pues varios de sus hijos fueron bastante aficionados a tomar fotos, como es el caso de Ángela y Emilio. Esto nos indica que no le gustaba que la fotografiaran demasiado. Al preparar este libro hemos intentado recoger las fotos disponibles e incluirlas, aunque son fotografías que se han deteriorado con el tiempo.



Facsímil de la cédula de ciudadanía de nuestra abuela Elvira Escobar

LO QUE NOS CUENTA SOBRE MAMÁ ELVIRA SU HIJA ÁNGELA RESTREPO, EN SU LIBRO “LAS HISTORIAS DE MARÍA LOS ÁNGELES”

Mi madre fue en mi vida un personaje especial. Merece muchas páginas solo digo ahora que me ayudó con tus consejos, con su comprensión. De ella y de su filosofía me quedaron tantas cosas: Hizo que yo me sintiera importante. Cuando todavía no se usaban los terapistas y consejeros matrimoniales, ella me dijo: “Mija, la mujer vale mucho, por ella se daña o se arregla una vida. Es usted, usted puede, esté enferma, cansada, haga por usted, usted siempre”. Cómo me sirvió esto, como sorteé toda clase de obstáculos, porque yo podía. Para mí, ella se adelantó a la época. Era ecuaníme, generosa, humana, todo lo perdonaba. Tenía fama de ser oportuna y entretenida. Dio siempre. Qué lindo dar sonrisas, consejos, alegría, caridad con el caído. Cuando se quedó viuda, prometió ayudar sobre todas las señoras de parto y a los enfermos graves. Cuando recuerdo sus cosas, sonrío, era casamentera por naturaleza, pero decía con su tranquilidad: ¡Qué lindo fue casarme, qué dicha fue enviudar!

Mi madre, bendita sea, era recursiva y emprendedora. Aprendió a coser con el método de la imaginación, y usaba la magia de sus manos, que tomaban medidas a los cuartazos. No usaba metro. Aprendió con una parienta más versada a embolsillar y a hacer braguetas, pero éstas le quedaban torcidas o al lado contrario; lo mismo le quedaban los cuellos, haciendo gestos. Tenía su maquinita pequeña, que colocaba en una mesita. Cosía sin parar y bordaba muy lindo, con una rapidez asombrosa. Nos bordaba las combinaciones, que eran prendas obligadas. Una mujer sin combinación ni imaginarlo.



RECUERDOS DE SU HIJO BERNARDO RESTREPO

Cómo surgen los recuerdos, cuando la vida va desembocando en la riada final. Emergen nítidos, unos agradables, otros agridulces y nada gratos. Pero creo que todos serán compañeros hasta el final de la jornada. Aparecen nombres de calles y veredas, caminos pantanosos y empedrados, que lastimaron nuestros pies descalzos y que nos llevaron por horizontes de sueños que casi no se realizaron.

Formaron parte de esa juventud, esa vitalidad que nos empujó hacia adelante para llegar con ánimo a la pubertad con ánimo y valor. Aparecen los recuerdos del pueblo viejo que nos vio nacer, Fredonia, y sus calles empedradas y algunas en cascajo, pantanosas como caminos de campo.

Dos personajes inolvidables que dieron origen a este clan de Marachos, Félix y Elvira. Félix de cara rosada y alegre, su cabello rapado y blanco como la nieve, de porte señorial y campesino, aseado y bien vestido con su atuendo campesino sencillo. Honrado hasta la saciedad, sin estudios, pero lector incansable asimilador de lo que leía. Pasión esta que lo llevó a ser gran conocedor de historia en general, geografía, poesía y literatura; lector castizo y conversador ameno, trabajador, arraigado a la tierra y querendón de su familia.

Mamá Elvira. De esta bella mujer y madre única, no tengo palabras para hacer su panegírico, para ensalzarla y elevarla hasta dónde se merece. Madre la mejor, esposa y mujer de hogar como pocas. Inteligente y lectora cuando sus oficios se lo permitían.

Siempre permanece como una llama encendida. En los corazones de sus hijos permanecerá su recuerdo y el hálito de su amor para nosotros, como llama inapagable, para seguir guiándonos por este duro trajinar.

Dios te tiene a su lado Mamá Elvira. Si la perfección cabe dentro de lo humano, nosotros te vemos así, perfecta, Mamá Elvira.

De estos hacedores de familia vinimos al mundo diez Marachos repartidos entre hombres y mujeres. Marachos y a mucho honor como lo dijo algún amigo. De esta generación, ya se han ido algunos a la tierra de donde no se regresa. Ala donde nos llama el Gran Hacedor.

Otros estamos desperdigados por estos caminos que comienzan en las cuatro esquinas de los pueblos y se pierden en el horizonte de lo infinito,

cansados tal vez de este desigual trajín, pero viviendo satisfechos o resignados con la hermana naturaleza.

Aquí desde la tierra que me acogió generosa regreso al pasado y me detengo en Venecia donde pasé parte de mi juventud. Época alegre en la que en amores felices vinieron al mundo Jorge y Catalina, que hoy viven su vida tranquila en su Colombia. Ellos también, aunque distantes, forman parte de esta familia formada por los que me dio mi Gilma, la mujer mía. Esta me la entregó el curita allá en la Estrella en el año 1958. Luego en Urrao nació Edgar, Laura Victoria y Lida Cecilia en la Estrella, el último fruto nacido en New York, Patricia, pero con arraigos muy profundos de Colombia.

CARTA ENVIADA POR BERNARDO RESTREPO LUEGO DE LA MUERTE DE MAMÁ ELVIRA

Gracias Dios bendito. Gracias Dios omnipotente. Gracias Dios bendito, porque le diste los años suficientes para dejar diez hijos en su completa madurez. ¡Qué tal nosotros haberla perdido cuando aún éramos niños! Niños sin saber lo que fue Mamá Elvira. Mamá Elvira. Mi mamá como la llamábamos todos. Madre, como la llamaba Susana. Gracias Dios mío, porque sé que nos vas a dar a todos la certeza y el valor suficiente para tragar este cáliz tan amargo, aquí al pie de la imagen del Niño Jesús de Praga, la misma que teníamos en El Zarzal. Repito, al pie de esa imagen estoy escribiendo esta carta, hoy 17 de enero de 1964.

Este niño de Praga es testigo de mi dolor y sabe de la amargura de mis lágrimas y de lo profundo que ellas valen.

Trece huérfanos, entre los primeros contando a Inés y Anita, Jorge el menor, porque éramos trece. ¿Verdad? Diez hijos, Inés Anita y Jorge. ¿Creen que yo no sé del dolor de ustedes pensando en los hijos pródigos, pensando en nosotros despatriados? Sí lo sé y sé también que al menos tuvieron la dicha de estar con ella los últimos días y los últimos instantes, esos últimos instantes, los más dolorosos, los del cementerio, los de la morada final aquí en la tierra; ustedes tuvieron esa dicha de estar los últimos días con ella. También tuvieron ese dolor, el de la despedida final, para nosotros los ausentes sé que su pensamiento nos acompañó hasta el último suspiro y que su mano se alzó infinidad de veces para darnos esa bendición de despedida que dan las madres a los hijos todos para que sirva de guía en este Valle de Lágrimas

Mamá Elvira, el Ángel de Bondad, la que tuvo para propios y extraños el consejo, la ayuda espiritual y material que no supo negar, el consejo a tiempo, porque la dotó Dios de inteligencia superior para ser mujer de bien y madre en toda la extensión de la palabra. Que su recuerdo nos sirva a todos y a cada uno de nosotros como guía en el resto de la vida que Dios nos tiene señalado, que ese recuerdo viva en nosotros, que sea imperecedero y llene el vacío tan grande que dejó en cada uno de nosotros; llenemos ese vacío haciendo inmaculado ese recuerdo. Recuerdos como los de mamá Elvira no se borran.

A Rafael el niño de la casa, el saca-leche, el que hasta hace pocos días durmió a los pies de ella, a Lucio, el huérfano total, que ese recuerdo de madre lo guíe y dé nuevo curso a su vida. A Inés y Anita, esas otras dos huérfanas, esas otras dos madres que nos quedan allá, a todos, en fin, que Dios nos dé valor y resignación para acatar sus designios

Hoy 18 de enero vuelvo a empezar, anoche despaché a Susana para la casa, la pobrecita, digo la despaché, porque todos estábamos acá en la mía, aquí aguardando el nacimiento del bisnieto, el bisnieto que no llegó a tiempo para avisarle a mi mamá que ya era bisabuela, Dios no le quiso conceder esa última dicha.

Dolor supremo el de todos, Esperanza su nieta muy querida y que no tuvo la dicha de llevarle a conocer su tan esperado hijo. Dolor el de Alfredo, reflejado en su cara sin lágrimas, pero dolor profundo e intenso; dolor el de Gilma la esposa buena, tratando de ser consuelo de todos; dolor el de Susana y el mío. Ustedes sí saben de ese dolor. Todos, hermanos y tías sí saben de ese dolor porque perdimos a ese ser querido

¿Creen que yo no sé del dolor de ustedes? Sí yo sé de ese dolor, yo sé de ese desconsuelo, de ese derrumbarse todo, que se siente al regreso de todos los cementerios. Pobrecitos todos, yo sí me los imagino regresando a esa casa donde ya no se ve más a Mamá Elvira Yo sí sé de ese vacío que queda en las casas, de ese vacío que dejan las madres, los seres queridos.

Lucía, José Vicente Álvaro, Ángela, Mario; cuál más, cuál menos. Que Dios nos dé valor. Quiero y creo que todos estemos de acuerdo, que la casa siga allá lo mismo, que el hogar de madre no se desintegre, que seamos todos el consuelo de esas dos viejas que quedan allá, más huérfanas que nosotros; que esa casa siga siendo el hogar de todos, casados y solteros, nueras y yernos, nietos, todos en fin, aun cuando sea

haciéndonos la ilusión de que al regreso, encontramos el afecto y el calor de la madre

Como una última súplica les pido que cuando tengan tiempo y pase un poco el desconcierto, me manden una carta larga y detallada con todos sus últimos días, su enfermedad, su agonía y muerte. Todos los detalles, todo, háganme ese favor.

Con un estrecho abrazo, que Dios nos ayude. Mamá ¡La bendición! Sé que desde el cielo ella nos la está dando. El cielo, la morada final dónde van las almas buenas. Allí está ella, desde allí no sigue guiando.



CARTA DE RAFAEL RESTREPO, A LA FAMILIA EN ESTADOS UNIDOS. LUEGO DE LA MUERTE DE LA MAMÁ ELVIRA

Amagá, Antioquia enero 29 de 1964

Señores Familia Restrepo-Mejía-Gallego

Nueva York

Solamente hoy 28 de este primer mes de 1964, en principio fatídico año para nuestra numerosa familia, me siento con un poco de aliento para escribiros, todavía con el alma destrozada por este demoledor golpe que a todos nos agobia, en forma tal, que de no ser por un imperativo cristiano de resignación y conformidad con los designios del Altísimo, nos veríamos en la obligación de variar el curso de los acontecimientos o sumirnos en depresión, de tal alcance, que difícil sería de prever sus consecuencias.

Quiero con esta, llevaros un poco de consuelo y a la vez actualizar, si bien es doloroso, los últimos días de nuestra querida vieja, Mamá Elvira. Empiezo por comunicaros que ella, en nuestro caso, madre única e insustituible, no pudo nunca soportar la ausencia de ustedes, parte de sus queridos hijos. Aceptó vuestro viaje como una cuestión de hecho, como una circunstancia que no se pudo remediar. El bienestar de los suyos era su meta, y ante la ilusión de un mejor estar, se conformó cristianamente con ello. Subjetivamente fue incapaz; ya cuando vio la realidad de las cosas, de soportar transe tan amargo, pudimos ver a menudo sus lágrimas cada vez que de allá se recibían noticias. De todas formas, abrigaba la esperanza de volver a verlos.

Su Bernardo tan querido, en palabras tuyas, quién, ante la inminencia del viaje, no se despegó de sus faldas; renovó ahincadamente sus visitas; cargó comida para ella como él sabe hacerlo y le dispensó el cariño de que ella era merecedora, todo dentro de su particular modo de ser.

Su “Pista” querida, apegada como ninguna, mirando al frente de su rancho y pensando que era imposible desprenderse de él y del cariño de su madre, con el presentimiento de no volverle a ver, no salió un solo momento de su lado. Aquí todos pensamos en ella y valoramos esa situación tan difícil, creada con la desaparición de Madre, en especial para ella.

Esperanza, la nieta preferida, si es que ella tuvo preferencias. El anhelo de un bisnieto fue para ella motivo de continua preocupación y de apego suficiente a la vida, para poder realizar un viaje en marzo a visitarlos.

Alfredo con su manejo, acatamiento y respeto por ella, amén de un sinnúmero de cualidades, fue uno de los acreedores de su cariño. Misiá Elvira, como él le decía, llenaba, dentro de su grado en la familia, todas sus aspiraciones.

Gilma ni se diga. Ha demostrado ser una mujer de temple, cariñosa, buena esposa y madre y una nuera cuyas cualidades fueron para mamá Elvira y aún para todos nosotros, motivo de admiración y respeto.

De Alberto tuvo ella el mejor concepto, se ganó su admiración con sus hechos dignos de figurar como integrante de una familia, que, si bien ostenta sus defectos, se caracterizó siempre por el respeto y el cariño que le prodigó a la vieja, como centro y eje de ese engranaje complicado que es el hogar. Sirva de ejemplo para que él, cosa que no dudamos, cimente un hogar cristiano y que haga méritos a ella que todo se lo mereció.

El 13 del mes en curso, obedeciendo a un programa elaborado de antemano, partimos de Medellín hacia esta población (Amagá). Me correspondió en turno su visita al modesto hogar que hace poco formé. Llegamos a las 9 de la mañana y de inmediato se dirigió a la cocina a fabricar el café caliente y a disponer el almuerzo. A Cira y a Martha Libia las mandó arreglar la casa, pues no permitió, según su costumbre, que se metieran en sus quehaceres culinarios. En un “volión” ya tenía todo, a pesar de su mamo impedida, pues ella quería, o mejor pensaba, que al otro día ya le sanaba y si Roldán no le quita eso yeso, ella se lo corta con el cuchillo cocinero. Como les decía, puso a funcionar la casa de lo lindo. Así transcurrió su estadía acá en Amagá. Con el precedente de su enfermedad y el atacón que le dio 15 días antes de su muerte y que le tocó en poder de Lucía y de Luciano, para el cual sólo pidió que le dieran un poco de bicarbonato, la visité: Hablé con Inés, me dijo que estaba muy desmejorada. A vista de ello, le mencione médico y me dijo que ella no iba a ir donde ningún pendejo de esos, a que le sacaran plata. En fin, ustedes la conocieron y saben muy bien lo que respondía en estos casos. Como les decía, con ese temor, hablé con el cuñado, que es médico en este Amagá y gustosamente la examinó; esto fue la víspera de su muerte. Me dijo que no se le veía nada grave, qué podía hacer sus trabajos de cocina, que antes

la entretenían. Eso sí que, que no hiciera esfuerzos mayores; que su edad era el problema, pues las arterias se iban estrechando que era fácil un derrame o el desprendimiento de un aneurisma; no le mandó remedios. Ese día miércoles me dijo que se regresaba, pero yo la convencí para que se quedará hasta el jueves. Conversamos ampliamente en la cocina con Emilio, Cira, Martha Libia y el suscrito. Nos reímos de Mario y sus peleas con los de la casa de Esther. Lo remedó borracho, con sus gritos desahogados y sus espectáculos. También remedó a Sofía la coja. A las 11 llegó el carro expreso y se dispuso todo para el viaje. Antes de continuar les cuento que hubo problemas por el expreso, ya que lo que quería era regresarse en “línea”, pues el automóvil costaba mucha plata. Le dije que no la dejaba, ya que yo lo pagaba, que mi Dios daba para todo, y que no pensara en pendejadas. Accedió y arrancó para Medellín en compañía de Martha Libia. Como todo llega junto, ese día, a las 2 de la tarde, supe de mi injusto traslado para El Jardín. Digo injusto, porque yo estaba muy instalado acá y una movida no es lo mismo casado que soltero. Así pues, le conté a la mujer y le dije que viajaría Medellín a ver qué arreglaba, pero que lo haría el viernes, al otro día, porque ya no había tiempo de hacer nada. Sin embargo, Dios es muy bueno y me picó la gana, sin saber por qué, de irme ese mismo día jueves. Cuando fui a comprar el tiquete, ya no había y pagué un carro hasta Camilocé. Allí cogí uno de carga. Llegué a la Villa y hablé mi problema. A las 6 de la tarde, me encontré con Álvaro y nos pusimos a charlar con el Ñato y Darío y nos tomamos unos aguardientes en el Café Medellín. Siguen las coincidencias: la conversación giró sobre lo que era el amor a la madre y a la esposa. Amigablemente expusimos nuestros puntos de vista en medio de unos aguardientes. A las siete pasadas salimos del Medellín y nos disponíamos a marchar, ya fuera del café, cuando Blanca, la mesera llamó a Álvaro para que pasara al teléfono. Yo no puse bolas, pero él salió agachado y como raro. Me dijo, “cojamos un taxi”, yo le contesté que no, porque me iba con el Ñato y Darío. Él me contestó bajito que lo tenía que acompañar. No pasó por mi mente nada grave, nos montamos los tres y ya en el taxi nos dijo: “Mi mamá está enferma”. Subimos a la casa de él, allí estaba Socorro emperrada y yo me enojé exigiendo la verdad de lo que ocurría. Arrancamos y llegamos a la casa. Alguien me dijo que estaba donde Sofía. Corrimos y entramos a la antesala. Allí, imagínense, tendida en la cama, parecía dormida. Me resistí a creer lo más grave y pregunté: “¿Ella está muerta?”. Luciano que la tenía de los brazos me respondió que sí con la cabeza. Álvaro se le tiró encima. A mí me dio algo que es imposible

describir y no fui capaz de arrimar. Salí como loco y me choqué contra un andamio en la calle. Me rompí la frente, la sangre me refrescó un poco y reaccioné. En ese momento Ángela, que salía de la casa, nos gritó “cójnla”, se refería a Inés que corría como loca. Se nos colgó a Darío y a mí y me imploraba que no las abandonara. La llevé a la casa y luego la doparon con una pastilla y luego la llevaron donde María. Seguidamente me puse a pensar que, locos todos, nos llevaba el diablo y me organicé, con Darío, a hacer vueltas. Carros a Amagá, Titiribí, Tarazá, aviso a Caucasia a Hernán, funeraria, etc., etc., etc. En estas vueltas, Darío y yo contamos con el invaluable servicio del Nato y de Humberto García. Imposible encontrar cómo pagarles. La noche transcurrió triste. A las doce y media llegaron Emilio y Cira, pues Luciano había viajado por ellos. No dormimos; nos tomamos unos tragos con medida. A las seis de la mañana, salió Darío para Titiribí por Mario. Llegaron a la una, pues este ya había oído el aviso por Clarín y no dando crédito, llamó a la esposa desde el pueblo, para recibir de ella la triste confirmación. Su entrada, ya se la pueden imaginar, tristeza y más tristeza; llanto y más llanto. Las coronas llenaban la casita, la gente llegaba por montones. José Vicente no aparecía. El Nato había salido desde las 12 de la noche por él, a las 3 de la tarde hacía su entrada. Emilio le dijo: “Lobo, ¿qué encontraste?”. Más llanto, más tristeza. Los de Nueva York no se apartaban de nuestra mente. Para colmo, el médico que la vio, no quiso dar el certificado de su muerte, dizque porque a él no le tocó verla sino después del fallecimiento. Salí nuevamente con Alfonso, el de Sótero, para ver qué hacíamos. El médico Fernández no estaba en la ciudad. Los demás hijueputas no lo dieron ¿Pensarían acaso que teníamos algún interés en su muerte? ¿Nos estarían esperando sus millones? El entierro se acercaba y había que resolver el problema ya que, si no se conseguía, al anfiteatro. Nosotros dijimos que primero tenían que matarnos a todos. Por fin una amiguita de Hernán nos iluminó a su vez un amigo, que lo era también de Alvaro y todo se solucionó. Como se ve, en estos casos sirven más los extraños. A las cuatro, esto era un manicomio. Toda la colonia de Fredonia, los amigos, deudos, los familiares, etc., etc. Mandé por 20 carros, fuera de los particulares, y casi no acomodamos al gentío. A todos Dios, les pague. La vida de Mamá Elvira, su bondad, los cánceres que lavó, los que ayudó a bien morir, los partos que atendió, la comida que prodigó sin medida a los necesitados. Todo esto y mucho más, tenían por fuerza que tener alguna recompensa, ya que ella, de índole material, jamás exigió o recibió alguna. Seguidamente a las exequias en Belén y el entierro en Medellín,

San Pedro. Despedida, llanto, desesperación y como conclusión, soledad y abandono. A la casa temprano, a evocar su recuerdo con lágrimas. Ahora como todo en la vida es así, no faltó la nota, la chispa que nos distrajera un poco. Luciano había llevado un gallo a la casa, al que Anita bautizó con el nombre de Caruso. Mi mamá lo iba a mandar para la mierda, pues ya no lo aguantaba ensuciándole el baño. El “Burro” (Luciano), le decía que era de raza y que cuidado con ir a botarlo por cualquier cosa. La noche del velorio, el verraco gallo cantó desde las 2 de la mañana. Se lo íbamos a mandar a Esther, pero desistimos, pues la coja Sofía de pronto lo hacía en sopa. Además, esa noche llegó Manuel Gueso con otro viejo, borrachos todos dos. Se acostaron en una cama y yo les tiré agua para que desocuparan a las mujeres, que se encontraban cansadas. Las Morenos y Maruja, como siempre, están en todo. Estas mujeres desveladas y buenas, no tendremos nunca manera de pagarles su manejo. Pasado este envión, nos reunimos con Álvaro, que de paso les digo, se enfermó de un todo y por todo con la muerte de mi mamá. Personalmente, lo digo, lo que hace que todos los problemas cesaron, no la desamparó, no faltó con su ayuda, sus visitas y su cariño para con la vieja. Se desvivió por atenderla y quererla. Hernán, su hijo, no hay palabras para valorarlo. Cuando me casé, que ella se sintió sola y se quejó, él le dijo: “Tranquila Mamá Elvira que yo traigo la cama y el escaparate para acá”. Conste que no eran sólo palabras, cada vez que venía de la finca, su casa era la de mi mamá. Allí comía, allí dormía y era ella a quién primero visitaba. Para él la vida es Álvaro y lo fue mi mamá. En iguales condiciones, Socorro. Querida con ella, no faltó con las visitas a la vieja, etc. De los de los de Lucía y los demás ni hablar, porque ustedes conocen y saben cómo fueron para con ella, en especial Darío. Él y Hernán eran huéspedes permanentes de Mamá Elvira. En resumen, no hubo queja en cuanto al comportamiento de la humanidad para con ella. Se lo mereció, y no fue sino un reconocimiento a sus méritos y cualidades. Como les decía, en esa reunión se acordó sacar únicamente los gastos de entierro, ceder José Vicente y yo unos centavos y que la cosa siguiera tal como venía. Quedan las viejas en la casa con Jorge, al que, de paso, Bernardo puede estar seguro de que no se desamparará. Además, les entran trescientos cincuenta pesos mensuales y la ayuda de todos, que a no dudarle será efectiva, para que ellas terminen sus días tranquilas hasta dónde se puede, y sin trabajos.

Por hoy, no es más, aun cuando es mucho lo que en realidad se tiene para comunicarnos a este respecto, ya que es claro lo extenso que se haría una narración interminable, pues su vida fue la de todos nosotros. Soporte espiritual y material de una familia tan numerosa, sería pretensión inútil en tan pocas líneas, hacer de lo que fue su obra siquiera un pequeño bosquejo. Esta, en nombre de todos, que cual más anonadado y triste, es cosa que no se puede decir.



Rafael Restrepo Escobar

RECUERDOS DE UNA LINDA ABUELA
HOMENAJE DE SU NIETA MAYOR ESPERANZA ANGEL
RESTREPO

Estos son mis recuerdos...los recuerdos de mi niñez y de mi juventud, recuerdos que siempre están iluminados por la figura y la sonrisa amable de la mujer con la cual compartí los ratos más agradables de mi vida, la que con su amabilidad, dulzura y diplomacia supo guiar y aliviar las heridas de mi joven corazón.

Mis recuerdos son hermosos y los guardo como un tesoro que ahora quiero compartir con ustedes.

Fue una hermosa amistad, sus palabras y sonrisa fueron bálsamo que suavizó las asperezas de mi adolescencia, las dudas de mi juventud.

Tuvimos nuestras pequeñas aventuras: idas al cine... La Novicia Rebelde, Drácula, las películas de Joselito entre otras y los alquitos en El Astor.

Nuestros viajes, pues para la época fue viajera incansable, de Fredonia al Zarzal, en mula o a caballo con su recua de hijos; De Fredonia a Venecia a visitar a sus nietos, en tren y en buses de escalera; viajes a la Ceja y a Medellín, a visitar a sus parientes. Y tantos otros viajes imaginarios que todo el tiempo estábamos arreglando, siempre con su bolsita, su pelo

*recogido y su austera vestimenta de colores neutros y estilos modestos...
¡qué recuerdos!*

*Teníamos un mundo aparte, ella y yo, una amistad inquebrantable, nunca
escuché de sus labios una palabra dura, siempre amable y comprensiva,
entendió siempre mis sentimientos.*



*Son muy
escasas las
fotografías de
la abuela con
sus hijos o
nietos.*

*Acá aparece
con Lucía, la
hija mayor y
sus nietos
Darío y
Esperanza
Ángel*

*Amante de la lectura, nunca le faltaron las Selecciones que adquiría con
religiosidad cada mes. También le gustaban mucho las flores y siempre
tenía un hermoso florero en la sala.*

Cocinaba delicioso y quienes tuvimos la fortuna de probar sus comidas, nunca las olvidaremos. Los buñuelos que cuidaba con esmero, guardándolos en el escaparte en un tarro de galletas, para que todos pudieran saborearlos, nunca los he comido más deliciosos. Y qué decir de su queso de carne, el más exquisito. Encantador al desayuno con una arepita caliente y su delicioso chocolate.

Tenía un sentido del humor increíble y sus historias eran fascinantes. Sin salmearías fue cariñosa y atenta con sus nietos.

Practicó la modistería, sin metros ni patrones, y fuimos sus modelos. Los respectivos overoles de colores oscuros confeccionados con la famosa “Coleta Margarita de Coltejer la más bonita” como decía el comercial y las camisas de dormir. Esto era espectacular porque estas camisolas eran usadas también por los muchachos y como todos nos orinábamos en la cama, ya se podrán imaginar el espectáculo mañanero, envueltos en esas camisolas, miados de pies a cabeza ¡Qué tiempos aquellos!

Las chicas modelábamos los pantaloncitos interiores que fabricaba con esmero y con aquel resorte redondo, que, si lo estirábamos mucho, se reventaba y todo dentro de la mayor modestia, nada de tangas ni sedas dentales... ¡Qué maravilla!

De sus obras de arte que recuerdo con especial cariño, eran unos tapeticos con bolsillos con florecitas, que ponían en el baño para guardar los cepillos y demás utensilios. Siempre me fascinaron, y como era muy recursiva los hacía de los pantalones de paño viejos que los mayores ya no usaban. Bordó muy lindo y con ella aprendí todas aquellas puntadas simples y sencillas, que ahora todo el mundo quiere hacer: cadeneta, filete, cordón, pata de gallina etc. etc.

Fue una mujer luchadora, habiendo quedado viuda muy joven, tomó las riendas de su hogar con gran valor y sacó adelante su recua de MARACHOS “que se propagaron como hormigas” a los cuales con reverencia y sentimiento recordamos.

Siento que fui una persona muy afortunada, pues tuve la oportunidad de vivir, compartir y disfrutar de esta bella mujer. MADRE como siempre la llamo Susana. Mi personaje inolvidable LA MAMÁ ELVIRA.

LA MAMÁ ELVIRA. ENRIQUE POSADA

Recuerdo a mi abuela Elvira. Llegaba a nuestra casa con cierta frecuencia, pues repartía su tiempo en las casas de sus hijos. Traía paz y tranquilidad a los hogares, con su activa y serena presencia que aliviaba las duras tareas de las madres, sus hijas y sus nueras. Cocinaba platos especiales que traían novedad y se cuidaba de dar un cariño a cada nieto, en forma equilibrada. Escuchaba a cada uno y había una total confianza y un sentimiento de que cada problema se podía resolver. No se quejaba de nada, estaba por encima del bien y del mal. No daba sermones ni regañaba. Simplemente observaba inteligente y amorosa. Ahora caigo en cuenta de que me enseñó a observar sin juicios, calladamente, sin importar que tomara años en madurar en mí esta semilla.

Era una mujer iluminada. La conocí de blancos cabellos, venía a nuestra casa y se sentaba en una silla mecedora a charlar y nos hacía deliciosas empanadas y dulces. Recuerdo que su mirada era dulce y tranquilizadora y que sus palabras siempre eran acertadas y escuchadas. Yo sentía que era su nieto preferido, el hijo de su hija preferida, pero ahora que miro con retrospectiva, me atrevo a pensar que lo mismo pensaban todos sus nietos y todos sus 10 hijos.

Fue una mujer que pasó por muchas dificultades, una viuda temprana que debió enfrentarse a la realidad de levantar una familia numerosa en medio de conflictos, de limitaciones, de incomprensiones. Cuando la conocí ya se había liberado, pues vivió a tope, era una mujer esencial, iluminada y sabia, estaba más allá de las limitaciones y no juzgaba. Por eso su presencia iluminó mi existencia con una luz que todavía brilla potente.

MAMÁ ELVIRA. ALBERTO LEÓN POSADA

La conocí y viví con ella, creo que no nací con mucho amor hacia el estudio, pero con las palabras de Mamá Elvira, al menos aprendí a cogerle amor al trabajo. Gran mujer.

CAPITULO 6

SOBRE LOS BISABUELOS ESCOBAR GUTIERREZ Y LOS HERMANOS DE MAMÁ EVIRA Y SUS FAMILIAS

Es sin duda la nuestra, ejemplo de las tradicionales familias antioqueñas, en las cuales se establecían profundos lazos entre sobrinos y tíos y entre primos. Desde pequeños muchos de los primos Restrepo fuimos testigos de las amistades de nuestros padres con los primos del lado Escobar y con los primos del lado Restrepo. Quizás nos extrañábamos con esa abundancia de primas segundas, que se aparecían por nuestras casas o que visitábamos en compañía de nuestros padres, especialmente de las tres madres del lado Restrepo (Lucía, Ángela, Susana). Seguramente sentíamos algunas confusiones, pues no era fácil para nosotros desenmarañar esas relaciones y entender tanta cercanía y tanto cariño. De todas formas, esos impulsos amistosos se transmitieron a nosotros con nuestros propios primos, tíos y sus hijos. Es un orgullo poder ofrecer en nuestro libro unas semblanzas de esas líneas familiares, contribuyendo a que no se olviden totalmente a medida que el paso del tiempo los vaya haciendo más lejanos. El trabajo de este capítulo es en buena parte basado en esfuerzos, recuerdos y escritos de Marta Libia, comentados con Jorge Luis Restrepo Molina y con algunos complementos de Enrique.

LOS BISABUELOS ESCOBAR GUTIÉRREZ

José Escobar e Isabel Gutiérrez fueron los padres de Luis Alfonso, Ana, Elvira e Inés Escobar Gutiérrez.

José Escobar fue un político influyente, dirigente del partido liberal en Fredonia, alcalde en Amagá y en Concordia, amigo personal del general Rafael Uribe Uribe.

Hace años, con su amigo Joaquín Pérez Villa, el bisabuelo José Escobar se fue a recorrer el mundo, a la gran América del Sur. Llegaron hasta la Patagonia, aventura que duro más de ocho años, durante los cuales no hubo ningún reporte del Señor José Escobar para su familia.

Por este motivo, la Mamá Isabel se dedicó a hacer flores de papel, hermosas flores decían nuestras madres, a envolver tabaco, actividad

prohibida en ese tiempo. Estas manualidades eran una ayuda para sostener a su familia.

Medellín, 15 de Julio de 1932

CEDULA N° 6793

Correspondiente al Sr. José Escobar Moreno

que dice ser de Fredonia Departamento de Antioquia

vecino de Concordia hijo de Ramiro

y de María del Rosario Moreno empleo Alcalde Municipal

estado casado edad 62 años

talla 168 cms. color blanco frente amplia

ojos claros nariz concha

Señales particulares Usa bigote y su cabellera es cano.

Fotografía tomada en de Firma

de 1932.

José Escobar M.

PULGAR DERECHO

F. D.

COLOMBIA - ANTIOQUIA

DEPTO. DE IDENTIFICACION

MEDELLIN



Precioso documento, la cédula de ciudadanía del bisabuelo José. Nuestros tatarabuelos, sus padres, fueron María del Rosario Moreno y Ramón Escobar. José, a la fecha (1932) era alcalde municipal de Concordia y tenía 62 años o sea que nació en 1870. Como su hija Elvira, nuestra abuela, nació en 1889, según ello, la tuvo a los 19 años, lo cual no deja de sorprender.

Después de su largo viaje retornaron al pueblo los dos amigos muy complacidos y tranquilos, llenos de conocimientos en plantas medicinales, muy versados en las culturas indígenas.

Decía Inés, profunda admiradora de su padre, que había inventado una pomada milagrosa que cerraba todas las heridas, y que él era casi un químico en farmacia, un boticario de muchos conocimientos. Su hijo Luis Alfonso heredó la mágica fórmula, no se supo quién quedó con el secreto de la poderosa pomada curativa.

Nuestra querida tía Inés que adoro a su padre se ofendía cuando se referían a él como: “José Malo”

INÉS Y ANITA, LAS TÍAS ABUELAS – MARTHA LIBIA POSADA



Anita



Esperanza Ángel e Inés

Anita e Inés Escobar Gutiérrez, las tías abuelas, encantadoras mujeres, sencillas, buenasmozas, honestas, apreciadas en la sociedad de su pueblo, tías querendonas que nos dejaron un bello legado.

Anita, alta y elegante; Inés más pequeña. Anita prudente y buena cocinera; Inés, conversadora, graciosa, de poco sabor en las comidas, aunque las preparaba con humilde ilusión. Anita era piadosa y rezandera, Inés escasamente rezaba el padrenuestro, más bien fumaba y recorría los caminos, Anita todos los días madrugaba para asistir a la misa, siempre que podía sugería a los sobrinos las maravillas de la piedad. Inés de mañana se arreglaba, lista a pedir el taxi con el fin de visitar amigas y parientas, Anita no perdía el tiempo pues en medio de máximas sabias repetía: “el tiempo perdido lo cobra Dios”, sentadita en su pequeño taburete cortaba cartoncitos redondos, con retazos los forraba para hacer los escuditos, adornados en el medio con un corazón rojo, era el regalo que nos daba, los guardaba en un tarrito pues con ellos también se ganaban los centavos. Inés era friolenta, enredada en los abrigos, elegantemente calzada con las medias de seda. Nos decía que planchaba docenas de piezas de ropa en una media hora, pero yo creo que más bien se sentaba en ella. Anita de mantilla negra, recogía sus blancos cabellos con peineta. De ella supimos con sorpresa que estuvo casada con un señor de edad y viudo. Al poco tiempo él murió y la dejó también viuda. Como para nosotros Anita era como una virgen santa, nunca entendimos eso de su matrimonio. Inés era bien distinta, nunca se casó, pero en su juventud, según contaba, tuvo varias historias de novios, como aquel que, estando en Santa Bárbara, le llevó una serenata con piano y todo. La verdad es que nunca se casó y quizás sembró entre varias de las bellas primas Restrepo esa vocación por la soltería.

Anita nos endulzó la niñez con los más lindos caramelos de colores, de diversas figuras, flores, animales, corazones y formas. Nos decía que nos alejáramos del fogón cuando los preparaba, porque era peligroso; lo cual, a pesar de su experiencia y su prudencia, no impidió que en un día ominoso sufriera un accidente y quemaduras. La recordamos hermosa vestida con el limpio delantal, cuando estiraba las exquisitas gelatinas blancas de pata; o preparando potajes, rezando a las tres de la tarde un largo rosario llamado el trisagio, con una camándula tan larga, tan larga que nunca volvimos a ver.

Inés iba de casa en casa, cuidando los pequeños resobrinos, a unos los quería y mimaba, a otros los regañaba más. Inés conocía mucha gente importante, desde curas, ricos benefactores, personas con influencias para colocar a sus sobrinos o conseguir puesto en los colegios. De ella muchos heredaron esas habilidades para el contacto humano y para ayudar a que la gente consiguiera trabajo o estudio.

Anita, maestra incansable de tantas lecciones de vida, reglas de urbanidad y sentimientos de devoción y piedad. Siendo de esas épocas, era natural que todo ello combinara con una mezcla de temor de Dios y temor al diablo, a quienes veíamos en cualquier parte. Con ella, muchos rezamos en familia el Santo Rosario a las seis en punto de la tarde. Era imposible no hacer el tres de mayo, con extremo recogimiento, los mil Jesuses y atestiguar la tormenta de la Santa Cruz y el poder de los ramos benditos de Semana Santa para protegerse de ella y de sus truenos.

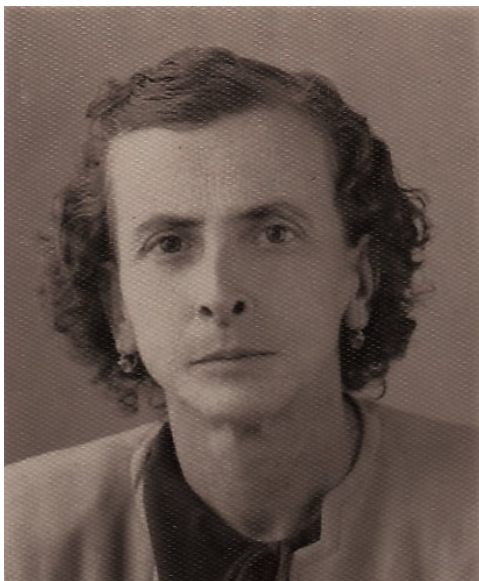


*Anita, probablemente con
Clemencia Restrepo, hija del tío
Mario*

Anita y Ángela



Inés con historias encantadoras muchas veces inventadas, otras verdaderas, de cigarrillo en mano, saboreando una tacita de café nos embelesaba esperando el final de tantos relatos, Anita, al final de sus días, quejándose de unos dolores que ella llamaba neuralgias, pidiendo la muerte, con anhelos de llegar a la vida eterna, confesando no sé qué pecados. En cambio, Inés exagerada y hechicera, decía que no le temía a la muerte pero que le daba mucha pereza morir y además decía que hasta se había confesado por teléfono. A Anita poco le importaron los adelantos de la vida moderna y de la ciencia, era más bien de vida contemplativa; Inés fue la telefonista de su pueblo, oficio que recordaba emocionada, todos los que la conocimos sabíamos que amaba los teléfonos, incluyendo los públicos de diez centavos, los fijos bien pesados, hasta los inalámbricos que fue los últimos que conoció. Anita hermosa y respetuosa dama que a bien morir nos enseñó. Inés graciosa e inteligente mujer que la vida mundana muy bien disfrutó.



Dos momentos en la vida de Inés

Con Anita e Inés nos quedan recuerdos de un tipo de familia que quizás no volverá a darse con frecuencia: la de las mujeres solteras o viudas que permanecen en el hogar de los abuelos haciendo parte de una familia extendida, cuidando de los sobrinos, conversando con todos, manteniendo

unas tradiciones, avivando recuerdos, dando la sensación de la unidad y del amor familiar, ayudando a limar las asperezas e inspirando tradiciones, valores y buen gusto en medio de una sociedad que se va transformando inevitablemente, para bien o para mal.

TRES MUJERES DE EXTRAORDINARIOS VALORES - JORGE LUIS RESTREPO MOLINA

Como diría alguna vez el gran poeta y dramaturgo español Lope de Vega, “Un soneto me manda hacer Violante” ...También a mí me piden ahora hacer una breve reseña de lo que fue aquella vida familiar de mi infancia y adolescencia bajo la tutela de mi inolvidable abuela paterna Mamá Elvira en compañía de sus también entrañables hermanas Inés y Anita.

Para este servidor fue una fortuna que me deparó el destino haber sido criado y educado “bajo las faldas” de tres mujeres de extraordinarios valores y principios éticos y religiosos, pero sobre todo prácticos, pues a pesar de sus diferencias debidas a sus distintas personalidades, de alguna manera marcaron mi futuro y señalaron el camino en buena parte de lo que hoy soy.

Es por esto que es necesario que en este corto relato se mezclen las vivencias de lo que fue ese período de mi vida con la también muy breve descripción de algunos de los rasgos de la forma de ser y de obrar tanto de Mamá Elvira como de Inés y Anita.

Mis recuerdos se remiten a mis cuatro o cinco años de edad, de ahí hacia atrás, no hay nada visible en mi memoria.

Nos vinimos de Fredonia a vivir a Itagüí, si mal no recuerdo en 1958 o 1957, al barrio Los Naranjos en una calle llamada Villa Paula. Lo de Los Naranjos se debía a que allí, a media cuadra de nuestra nueva vivienda había una inmensa finca de ese nombre, donde más tarde se establecería la fábrica textil Polímeros Colombianos.

Sería pues esta residencia la casa materna donde con la frecuencia que lo ameritaba, iban todos los hijos casados de Mamá Elvira con su respectiva prole, hecho que se daba particularmente los domingos; y digo casados

porque aún quedaban algunos en estado de soltería como Rafael, Mario, Luciano, Emilio.

Pocos años más tarde, tal vez en 1963 o 1964 nos trasladamos a Medellín, al barrio Belén donde pernoctaríamos ya por siempre hasta la muerte de Mamá Elvira, quedando este hogar conformado únicamente por Luciano, Inés, Anita y este chico aún adolescente y que apenas terminaba la primaria.

Poco tiempo después del fallecimiento de Mamá Elvira, y luego de una penosa y larga enfermedad, mi tío Luciano, El Burro como le decía todos cariñosamente, también encuentra la muerte. Así las cosas, solo quedamos en la casa de Belén, Inés, Anita y por supuesto yo, que por esas calendas cursaba mis estudios de bachillerato en el Liceo Antioqueño.

Los años pasan y con ellos llega esa etapa final de la vida para Inés y Anita: la ancianidad, situación que hace difícil el mantenimiento de este minado hogar, razón por la cual, los tíos mayores toman la decisión de hacer la vida más digna de las dos tías llevándoselas para la casa de Ángela a Anita y para donde Bernardo a Inés. Poco tiempo después las dos partirían hacia la eternidad.

Retomando un poco la dinámica de la vida familiar y su acontecer rutinario, recuerdo que los domingos como refería anteriormente era un día especial en el cual se reunía toda la familia en casa de Mamá Elvira, recuerdo que lo primero que se hacía ese día era asistir a misa temprano, luego íbamos a la plaza de mercado a comprar algunas cosas y después a la carnicería a comprar el ingrediente principal para el desayuno y para atender a toda la parentela: callo, hígado, pajarilla, bofe, que eran los integrantes de la conocida asadura de res. Eran unos desayunos sencillamente inolvidables.

Y cómo no recordar su famosa torta casera, hecha a mano limpia, de una docilidad y un sabor exquisito, la delicia para todo el que la probaba; y sus muy riquísimas empanadas antioqueñas, con un guiso de un sabor sencillamente como para chuparse los dedos, con carne en polvo, papas, y huevo duro picado. Y lo mejor, su albondigón, conocido por muchos hoy como queso de carne. Obviamente de carne cruda molida en la famosa y casi desaparecida máquina de moler, infaltable en todas las casas, después de molida, desñervada a mano, luego, también a mano mezclada con sus aliños preferidos y finalmente asado al horno o cocinado “al baño de

María”. Quedaba de una presencia, un sabor, una exquisitez y una delicadeza al partir que difícilmente podemos hacerlo hoy igual los que creemos haber heredado su receta.

Era la casa de todos, pues allí aterrizaban hijos, nietos, sobrinos primos y demás parientes y familiares y aún paisanos y conocidos de Fredonia.

Mamá Elvira era una mujer práctica y sabia en su proceder y en sus decisiones para llevar las riendas del hogar. Religiosa sin extremos ni fanatismos, su misa, sino diaria, sí dominical, el Santo Rosario era una costumbre diaria e inevitable. Su rutina era la normal de un hogar, manejar con mucho talante los pocos denarios con que se contaba para procurar el alimento de todos, y a fe que siempre lo consiguió, pues nunca, gracias a Dios, se aguantó hambre. Supo siempre sortear las necesidades de la época y por eso siempre fue su casa el hogar de todos.

Su preocupación en algunos de esos años, tal vez se centraba en Lucía y su difícil situación económica del momento y por eso íbamos muy seguido a La América donde vivía ella, a llevarle siempre un mercado y cuando Mamá Elvira no iba, me enviaban a mí. Aun así, fue siempre una mujer tranquila; recuerdo un día que íbamos para misa y ya de regreso se resbaló y calló sentada, simplemente tomó su cartera, sacó sus cigarrillos Piel Roja y allí, sentada en el suelo, lo encendió y se lo fumó con toda la tranquilidad del caso.

Amante de la lectura y de las novelas que se transmitían en la radio, de vestir sencillo pero elegante y sobrio, siempre con su abrigo negro y sus zapatos bajitos tipo mocasín, nunca de tacón alto; su peinado fue la moña bien recogida y afinada con dos o tres ganchos de Carey y su peineta. Sin joyas, solo con su par de aretes sencillos, pero de oro. Usó la mantilla cuando la ocasión lo ameritaba. Visitas, las estrictamente necesarias.

Así era Mamá Elvira. Así fue. Prudente, sabia, inteligente, metódica, práctica, sencilla, humilde, de brazos abiertos, en fin, toda una verdadera “matrona” antioqueña, capaz de levantar diez hijos contra muchos imponderables y muchas dificultades de la época, principalmente económicas, pero lo logró con lujo de detalles, hasta el punto que uno podría decir que El Altísimo la premió con una muerte tranquila, rápida y sin sufrimientos.

Inés y Anita eran el complemento de aquel núcleo familiar.



Inés Escobar, Jorge Luis Restrepo y Anita Escobar

Anita era algo así como la encargada de señalar el camino espiritual, de misa diaria y de rezos rutinarios a diferentes horas del día. Alternaba sus rezos con la costura. Excelente con la aguja y el hilo, su costura siempre fue manual, hacía ruidos, zurcidos, remiendos, hilvanes, figuras decorativas para poner las agujas y los alfileres, pero su especialidad fueron los famosos corazones religiosos para vender a algunos párrocos conocidos; eran unos corazoncitos que constaban de una base redonda de tres círculos del tamaño de una moneda de doscientos pesos de las de hoy, con fondo claro o blanco por el frente y rojo o de otro color vivo por el revés, cosidos con hilos de dos o tres colores, finamente rematados en todo el borde externo con una muy fina costura, y un corazón tridimensional pequeño de color rojo encendido en toda la mitad, cosido al frente del

círculo de color claro, remataba toda esta bella obra manual una cinta roja delgada en forma de pequeña oreja y cosida en el borde del círculo para ensarta allí un gancho de ropa y poder lucir este corazón en la solapa u otra parte de la camisa. Vale pues decir que la puntada de Anita en sus costuras era perfecta. Estos corazones se los compraban en algunas iglesias para el párroco repartirlos entre sus feligreses.

Las facilidades manuales de Anita no solo eran para algunas artesanías como los corazones, también dibujaba y trazaba en hojas de cuadernos algunas figuras, tenía una excelente caligrafía, a más de uno de nosotros nos enseñó las primeras letras que ella misma dibujaba en cartulina,

Y qué decir de sus artes culinarias. Cocinaba excelente, sus comidas eran de una magnífica sazón, tenía creatividad e inventiva para sus comestibles, hacía dulce de maicena, de brevas y papaya, panelitas de leche y coco velitas dulces, gelatina de pata y sobre todo la gelatina negra le quedaba espectacular, pero su producto estrella fueron los caramelos dulces de diferentes colores y sabores y hechos en hormas metálicas de figuritas diversas, sobre todo de animales, estos se hacían para la venta en la casa y su producción se dio hasta que un fatal accidente casero haciendo dichos caramelos al voltearse la paila o vasija que contenía esa miel de azúcar hirviendo, cayó sobre la pierna de Anita ocasionándole una grave quemadura, razón por la cual le prohibieron seguir haciendo sus famosos caramelos.

Esa era Anita, así fue Anita. Maestra, religiosa, de misa diaria, la primera del día cinco o seis de la mañana, de rosario diario y de otros rezos que hacía a diferentes horas del día que solo ella sabía, con sus libros devocionarios y sus camándulas, pues tenía tres: una la del rosario diario a la Virgen de cinco casas, otra llamada La Corona de siete casas y una tercera llamada El Salterio de quince casas. También tenía ceñido al cuerpo El Cordón de San Francisco y La Correa de San Agustín. Mujer callada, taciturna, mesurada, prudente, bien vestida con su mantilla muy bien puesta, su abrigo negro y sus zapatos de tacón ancho y a media altura, fina al caminar, su moña bien elaborada y al igual que Mamá Elvira, cogida con su peineta y sus ganchos de carey, siempre bien acicalada con el polvo de cara que tampoco nunca le faltó. Como se dice popularmente, “murió de viejita”, sin dolores, sin sufrimientos, en una agonía muy corta, en la santa paz del Señor su vida se apagó lentamente.

Inés la de las relaciones sociales y las comunicaciones, pues su adicción principal era el teléfono, no en balde fue la primera telefonista de Fredonia. Ella era la encargada de comunicar todos los acontecimientos sociales que se presentaban en la familia: nacimientos, matrimonios, casamientos y hasta los fallecimientos, no solo de familiares, sino de conocidos, parientes y paisanos. Mujer inquieta, viajera y muy graciosa, con un fino humor que se manifestaba con sus oportunos y graciosos apuntes en cualquier momento de una conversación; con la necesidad de salir a visitar a sus innumerables amistades, pues se relacionó con numerosas personas, no solo del común, sino con persona como decimos de “alta alcurnia” y que tenían su residencia en Medellín. Fruto de dichas relaciones, se granjeó la muy buena estima de esas amigas que terminaron por darle de manera voluntaria una buena ayuda económica mensualmente, y que la misma Inés recogía en sus visitas que hacía a la casa de sus muy buenas y adineradas amigas.

Salía sola, ataviada con su inseparable abrigo y su variedad de anillos de fantasía, prácticamente se perdía de la casa por ocho o quince días y repartía su estadía donde las Moreno, Merceditas Morales y Eva Gutiérrez, las mellizas Mesa, en fin, tenía muchas amistades a donde ir. Ya cuando se llegó esa etapa final de la vejez en la cual ya la persona se imposibilita para salir por sí sola, entonces éramos Marta Libia y yo los que hacíamos el recorrido, previa indicación de Inés, y recoger aquellos denarios que buenamente le obsequiaban sus parientes y amigas.

En cuanto a los quehaceres de la casa, era más bien enemiga de los mismos, no lavaba, no planchaba y si lo hacía la ropa quedaba igual de arrugada, pues la plancha ni la calentaba, en ocasiones simplemente ponía la prenda debajo de un colchón. De coger una aguja y un hilo para coser, nula, nada de remiendos ni zurcidos, de pegar botones, fatal, ponía botones de varios colores en una misma camisa; de cocinar, pocón, ni para hervir agua. Sus oficios y ocupaciones eran de otra clase muy diferente, más afuera que en la casa. Creyente pero poco practicante, ni atea ni fanática, amante del aguacate en sus comidas, del buen tino y del cigarrillo. Esa fue y así era nuestra tía Tula como la puso no sé si Marta Libia o Alberto León, descomplicada, tranquila, sin afanes y de andar lento, pero a paso seguro, viajera, telefonista, jamás usó gafas para nada y cuando leía El Colombiano, se ponía las primeras gafas que encontraba en la casa no importando de quién eran y con ellas leía perfectamente. Querendona de

su familia, pero particularmente de sus sobrinos a quienes adoró: Luciano, Rafael, entre otros de la primera generación y Gonzalo, Esperanza, Ángela Rosa, Alberto León, Marta Libia...en fin, de la segunda generación. También encontró una muerte tranquila y sin sufrimientos.

Qué bueno para las tres que no sufrieron de ninguna enfermedad terminal que les ocasionara sufrimientos y una larga agonía, que ningunos de nosotros, su inmediata semejanza, tuvo que trasnochar y permanecer en clínicas cuidando y velando su enfermedad, que vivieron dignamente hasta el momento de su partida final, que recibieron todo de todos, pero que, lo más importante, nos lo dieron todo a todos.

Puedo decir que he vivido la gran aventura de mi vida al permitirme El Divino Hacedor y el destino ser criado, levantado, formado y educado bajo la tutela de estas tres grandes y maravillosas mujeres que de alguna manera marcaron mi vida y me trazaron el camino a recorrer en esos primeros años de mi existir y que serviría esa base de principios religiosos, familiares, sociales, éticos y morales inculcada por ellas para ser lo que hoy soy como persona y ser humano, con una linda familia conformada por la mía esposa Luz Helena y mis dos hijos Alejandro y Natalia.

LA FAMILIA DEL TÍO ABUELO LUIS ALFONSO ESCOBAR GUTIÉRREZ.

Luis Alfonso se casó con Inés García. Ellos fueron los padres de Regina, Olga, Consuelo, Berenice, Graciela, Rodrigo, Arturo y Soledad (Solita), la hija menor.

Pequeños vivieron en Venecia. Luis Alfonso siempre tuvo farmacia, de ahí se trasladaron a Bogotá, y él siguió de boticario. Cuentan sus hijas que tenía mucho conocimiento en este oficio, que era muy acertado en sus fórmulas. Este conocimiento, que alguna raíz tiene en el de su padre José, lo heredaron sus hijas Consuelo, que trabajó mucho tiempo de secretaria de un médico, y Berenice que trabajó en la farmacia del Mercado Cafetero en ese entonces en la avenida 33 de Medellín.

Siempre se supo que Luis Alfonso fue un buen padre, querendón y contemplador de sus hijos que lo veneraron como decía su hija Berenice,

le decían “papá pocho”, y un excelente esposo, enamorado de su querida Inés. Cuando él murió en Bogotá, ellos se trasladaron a vivir a Medellín.

Los conocimos como una familia siempre unida, muy lectores, inteligentes, de buena chispa, sencillos, que estuvieron siempre al cuidado de su madre y abuela hasta el final.

Graciela no se casó, de gran parecido a nuestra tía abuela Anita, siempre dedicada al hogar, gran cocinera, sencilla, atendiendo con tanta amabilidad a los visitantes.

Todas las tertulias se hacían alrededor de la mamá Inés, una gran matrona, contando historias familiares de aquellos tiempos, le daban un toque de gracia a todos sus relatos.

Soledad, a quien cariñosamente le decían Solita, hoy 1 de julio de 2018 en este mismo momento que yo, Martha Libia, hago este relato, muere de un infarto. Me quede sin palabras, cuando Catalina Restrepo hermana de Jorge Luis nos da esta noticia.

Soledad que estaba viuda, tuvo tres hijos, un varón y dos mujeres.

LAS MORENO - FAMILIA MORENO ESCOBAR.

Con mucha frecuencia oíamos hablar en nuestros hogares de las Moreno, por lo cual hemos incluido una semblanza de estos parientes-amigos.

Lucrecia, Elvira, Carmen (las Morenos) y su hermano Eduardo Moreno Escobar eran parientes muy allegados a Ana, Elvira, e Inés Escobar. Cuando su padre, Manuel Moreno enviudó, el sacerdote de Fredonia le sugirió a la abuela Elvira, que se casara con él, para que ayudara a criar a esos pequeños hijos. Elvira que ya estaba viuda le dijo al cura que no podía casarse pues tenía que salir adelante con sus propios 10 hijos, que le preguntara a su hermana Ana a ver si estaba disponible. El sacerdote así lo hizo. La tía Anita, quién sabe por qué, quizás en medio de su bondad, aceptó la propuesta de contribuir con la crianza de estos infantes. Pero su vocación no era la de una mujer casada, ni de esposa, ni de mujer que se enfrentara a los demás compromisos maritales. La verdad es que casi no pudo asumir ese rol, que además duró poco, ante la pronta muerte de Manuel.

Hablemos de las Morenos y cómo las recordamos. Lucrecia Moreno muy amiga de Inés, elegante dama, excelente conversadora, muy culta, fina y refinada. Dedicada a la enseñanza, toda su vida fue maestra.

Elvira Moreno linda mujer, elegantemente vestida de estilo sastre, gran conversadora, trabajó siempre en la prestigiosa firma Distribuidora Antioquia, en la calle Carabobo de Medellín.

Carmen Moreno, mujer sencilla dedicada a las labores del hogar, siempre con su delantal blanco, en la cocina, haciendo deliciosos potajes, tortas de fama mundial, sus manos daban un toque de amor y sabor a todo lo que cocinaba.



Ángela, muy joven a la izquierda, arriba, con Lucrecia Moreno, en el centro. A la derecha, descalzo, Darío Ángel. Están en uno de los monumentos del Cerro Combia, en Fredonia.

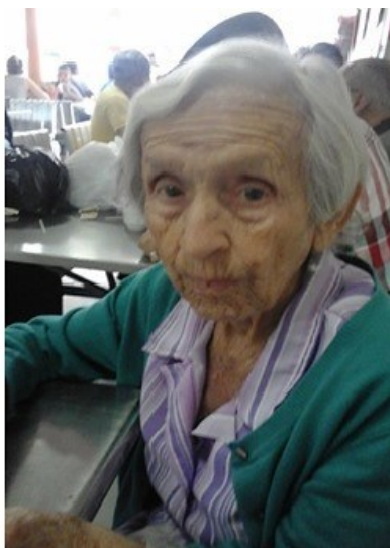
Las tres conformaron un lindo hogar, sencillo, acogedor, con calor familiar. Nos acogían cuando, pequeños, las visitábamos. Era una casa inmensa; nos encantaban los dos loros que tenían, uno se llamaba Lorenzo, muy graciosos rezaban el ave María.

Cuando Carmen falleció se los regalaron a Jorge Luis y a mi madre Ángela, los llamaron Inés y Anita, en honor a los famosos alegatos que sostenían con frecuencia las dos tías abuelas.

A todos nosotros, niños, nos causaba mucha curiosidad una señora mayor de nombre Encarnación Escobar, tía de los Moreno siempre acostadita en su habitación, nos miraba y nos hacía gestos, nosotros nos escondíamos y mucho nos carcajeábamos, nos parecía muy graciosa, pero nuestras madres y tías abuelas nos enseñaron que era una tía que estaba enferma de su cabeza (como diría nuestra tía Susana, Encarnación Escobar estaba desmentisada).

Eduardo Moreno fue el único hermano que ya en edad bien avanzada contrajo matrimonio.

En la actualidad Jorge Restrepo se ha encontrado en el parque de Belén con la señora Libia Moreno, prima de los Moreno, que tiene 96 años, muy parecida a nuestra tía abuela Inés Escobar. Les compartimos su retrato.



CAPITULO 7

SOBRE LOS BISABUELOS RESTREPO ESCOBAR Y LOS HERMANOS DEL ABUELO FÉLIX Y SUS FAMILIAS

Para el efecto de lo narrado en este libro, es importante anotar que los abuelos paternos de los Marachos fueron Marco Antonio Restrepo Restrepo-“papá Marquitos”- y Adelaida Escobar Velásquez y fueron sus hijos Isabel, Ricardo, German, Juancho, Rosa y obviamente Félix, y por lo tanto, el número de personas (tíos) de apellido Restrepo que nos ocupa, los Marachos, contaba con una parentela bastante amplia y numerosa, constituida como era lo normal de las familias tradicionales de esta Antioquia Grande, por primos hermanos, sobrinos, tíos abuelos, primos segundos y más. No conocemos información sobre Marquitos. Sobre Adelaida sabemos que fue una abuela muy estimada por sus nietos.

FAMILIA RESTREPO ANGEL: RELATOS DE VIDA CON ADELAIDA ANGEL RESTREPO

Marta Libia, en compañía del primo Jorge Luis Restrepo y pensando en preservar las ricas memorias de la amistad entre las familias Restrepo Escobar y los primos hermanos Restrepo Ángel, tuvieron una agradable entrevista y encuentro con Adelaida Ángel Restrepo, en su casa de Medellín, acompañado de un excelente almuerzo preparado la anfitriona. Bien recordamos, cuando íbamos a Fredonia, la casa de las hermanas Ángel en el parque del pueblo, y la forma tan acogedora en que nos recibían y nos conversaban. Podemos decir que el arte de conversar y de describir que tenemos los Restrepo Escobar tiene mucho ver con tales relatos y conversaciones.

Como muestra de lo anterior y en boca de Adelaida Ángel Restrepo, única sobreviviente, a la fecha, del matrimonio de Emilio Ángel y Lucrecia Restrepo (hija de Ricardo, hermana de Félix, nuestro abuelo), he aquí una breve reseña de esta familia Ángel Restrepo, con la cual todos tuvimos una muy estrecha relación familiar.

Martha Libia y Jorge tuvieron entonces el placer de escucharla en una muy amena charla para conocer un poco más las vivencias de esta querida

familia tan íntimamente ligada a la nuestra. Vamos a narrar la totalidad de la conversación, a pesar de que ya hay temas que hemos tratado, para transmitir enteramente esos sentimientos y recuerdos.

Comenzó relatándonos el origen mismo de nuestros mayores, para continuar con algunas anécdotas y que a continuación describimos.



Adelaida Ángel encanta con sus historias a Ángela Rosa Posada, Bertha Luz Mejía, Ángela Restrepo y a su hermana Eugenia, en su casa de Fredonia, durante un paseo familiar al pueblo

La familia Restrepo Escobar, oriunda de Fredonia y conocida como los Marachos, estuvo conformada de la siguiente manera, sus padres Félix Restrepo Escobar y Elvira Escobar Gutiérrez y su más inmediata descendencia en número de diez: Lucía, José Vicente, Álvaro, Bernardo, Mario, Luciano, Ángela, Emilio, Rafael y Susana.

Cuenta Adelaida que sus abuelos fueron Ricardo Restrepo, hermano de Félix Restrepo, casado con Matilde Escobar. Sus hijos fueron Lucrecia, María y Marco. Su madre Lucrecia Restrepo se casó con Emilio Ángel Uribe y tuvieron 8 hijos: Blanca Emilia, María Matilde, María Eugenia,

Adelaida, Luis Emilio y Ricardo que murió muy pequeño, otro que también se murió, fue Alejandro.

Emilio Ángel Uribe, su padre, nació en Caldas. Un hermano del que es el bisabuelo del futbolista Juan Pablo Angel, llegó a Fredonia, abrió una tiendita y allí puso a trabajar a Emilio que había llegado descalzo al pueblo.

Cualquier día la señora Clara Correa estaba conversando con él en la tiendita, en esas pasó mi mamá, Lucrecia. Ella pensó y se dijo “este va ser mi marido”. ¿Quién es ella?, pregunto Emilio; Clara, le contestó, es prima mía. Y así fue, su madre con él se casó.

Desde el Zarzal, finca ubicada en la zona rural, venían los distintos Restrepos a estudiar a Fredonia. Allí llegaban donde la abuela mamá Adelaida que fue la adoración de los Restrepo (los Marachos). Por eso de generación en generación se repite el nombre Adelaida en la familia.

Emilio y Lucrecia se casaron muy jóvenes y muy pobres, él a los 25 años y ella de 24 años. Trabajaron en el Zarzal, en la fonda La Sabana, se pasaban entre Fredonia y Venecia. Él empezó con el negocio de cuero, y los llevaba a Copacabana a la fábrica de Curtimbres. También en Venecia montó una agencia de café, y compró una finca en Arabia. Murió de 38 años, dejó buena fortuna.

Se cuenta que un día muy borracho el abuelo Ricardo, estaba apostando carreras a caballo con un amigo Acosta. Su caballo lo tiró contra una piedra, estaba muy grave, Lucrecia, su esposa, desesperada le ofreció a Dios todos los hijos varones que tuviera de ahí en adelante, para que él se confesara. Luis Emilio nuestro hermano, y único hombre vivo, de 2 años, tres veces estuvo grave y la última vez fue arrancado a la muerte.

La abuela Matilde guardaba todo bajo llave en el bufet, los dulces, la mantequilla, las galletas, los chocolates; por esta razón, siempre llevaba las llaves amarradas al cinto. Esto hizo que un día no nos aguantáramos las ganas de quitarle las llaves. Dijimos: yo le piso la chancla, ella se cae y usted coge la llave; la bromita no fue del agrado de Marco nuestro tío y casi nos mata, qué regaño nos pegó, pero logramos nuestro cometido de asaltar el bufet.

Este tío era Marco Restrepo, hermano de mi mamá Lucrecia, mi tía María y primo de Félix Restrepo, fue un tío muy querido, coqueto con todas las

primas. Buen lector, muy inteligente, autodidacta, un gran hombre, apreciado en el pueblo, sus últimos años los vivió con María Eugenia y Adelaida sus sobrinas. siempre en su pueblo natal, murió a los 79 años.

Hasta acá la narración de Adelaida.

Estas primas Ángel Restrepo, personas muy queridas en Fredonia, su pueblo natal, aristocráticas, cultas, bonitas, elegantes, siempre bien vestidas, dotadas de un finísimo humor, excelentes anfitrionas, acogedoras en su hogar, una linda casa en el marco de la plaza.

María Eugenia fue reina del café, elegante y muy bonita, junto con su hermana Adelaida, nunca casaron. Todas expertas en dramas, tabladitos, comedias y sainetes, muy graciosas, bien disfrazadas para ello, de un buen humor y finas conversaciones.

Recuerda Martha Libia que, con Adelaida, Blanca Emilia, nuestra madre Ángela y tanta gente linda de Fredonia, salían como representantes de nuestro pueblo en el desfile de Medellín Trecientos Años. Blanca Emilia disfrazada de cura, Ángela y otras señoras, de damas antiguas, bello desfile, inolvidable comparsa de la tierra de nuestros mayores, la capital del mundo como le decía nuestro tío Luciano cada vez que regresaba a Fredonia.

María Eugenia y Adelaida se mudaron a Medellín, donde murió María Eugenia. Adelaida cumplió 83 años muy bien vividos y muy celebrados por sus sobrinos y allegados. Blanca Emilia, María Matilde y María Eugenia ya se nos adelantaron en el inevitable viaje a la eternidad.

De Marco Restrepo hermano de Lucrecia ya hemos comentado, aunque muy brevemente, quién fue, sobre todo para los hijos de Lucrecia Restrepo y Emilio Ángel: Las Ánimas como cariñosamente las conocemos.

Contándonos estos relatos tan agradables a Martha Libia y nuestro primo Jorge Luis, terminó este maravilloso encuentro, recordando estas historias de vida con un entusiasmo y una amabilidad que nos dejó encantados.

OTROS HERMANOS DEL ABUELO FELIX RESTREPO Y SUS DESCENDENCIAS

Habíamos comentado ya que los hijos de “papá Marquitos” y Adelaida Escobar fueron Isabel, Ricardo, Félix, Germán, Juancho y Rosa. Sabemos muy poco de ellos, sin embargo, he aquí unos muy cortos datos históricos, recogidos especialmente por Jorge Luis Restrepo Molina:

De Germán Restrepo lo único que sabemos es que permaneció soltero.

Rosa Restrepo encontró su media naranja en Alberto Díez y de esta unión fueron Alberto, Alfonso, Belisa y uno más que nos dicen murió a los pocos años de nacido. Se cuenta que Alberto Díez padre fue muy aguardientero por lo cual Rosa prescindió de sus servicios y lo despidió de casa y cuenta la leyenda que después de muchos años, el hombre resolvió por su propia voluntad y sin nadie pedírselo, regresar al hogar abandonado involuntariamente y que Rosa “desde la ventana de un casucho viejo, abierta en verano y cerrada en invierno” como diría la poesía, logró distinguirlo en la lejanía e inmediatamente se armó de su escopeta de dos cañones, subió al entejado y desde allí apuntándole le gritó “nos vemos en los profundos infiernos”. Asumimos que el señor Alberto, ante semejante recibimiento, puso pies en polvorosa y cogió las de Villa Diego.

De nuestro tío abuelo Juancho, es conocido que enlazó con prestante dama de la sociedad, Amelia Vélez y su progeñe estuvo integrada por Aurelio apodado “La Zarca”, Francisco Luis conocido como “El Pájaro”, casado con mujer de apellido Maldonado y habitante de La Mina, Margarita, Adela, Teresa y Matilde. Cuenta Jorge que el más relacionado con nuestros tíos fue Aurelio Restrepo, La Zarca, hombre alto y bien parecido, de buen humor y buen conversador, con mucha familiaridad y al cual tuvo la oportunidad de conocer durante la penosa enfermedad y muerte de nuestro tío Luciano. Recuerda también que fue víctima de aquellas pesadas bromas que solían hacer mis tíos, sobre todo Emilio y Rafael. Una vez saliendo del Hospital San Vicente de Paúl donde estaba ingresado Luciano, abordaron el bus de regreso al centro de Medellín y por cualquier motivo Aurelio metió su mano al bolsillo de su pantalón para sacar algo y cuál sorpresa se llevó al ver que lo extraído era una prenda interior de mujer, ¡oh ira santa de aquel hombre! Y que reír “a mandíbula batiente” de los que le acompañaban, sus primos hermanos Rafael, Emilio, José Vicente, Alvaro y no se sabe quiénes más. Cuenta la historia luego, que el autor intelectual

de semejante bromita fue Rafael. También Francisco Luis, El Pájaro, parece que tuvo una buena relación familiar con ellos, pero no se ha encontrado quien ilustre más al respecto.

Con respecto a María Restrepo, hermana de Lucrecia y Marco, sabemos que contrajo nupcias con Antonio Salazar, conocido en el medio como “Toñito Salazar”, y de este enlace matrimonial son Eduardo, Alfredo, Jorge, Bernarda conocida como La Tata y Cecilia también conocida como Chila y la única sobreviviente de este núcleo familiar.



Isabel Restrepo Escobar

Sobre Isabel Restrepo tenemos al menos que mencionar algo sobre su descendencia, pues de aquí se derivan unos primos muy queridos y muy relacionado en el orden familia, pues tuvieron mucho que ver con los Marachos y muy especialmente con nuestra abuela Mamá Elvira. Isabel tuvo la fortuna de encontrar su alma gemela en una muy conocida e importante figura de la sociedad, el abogado Cástor Correa, matrimonio que dio a luz a los siguientes hijos: Eliodora y Maruja que vistieron

los hábitos y se fueron de religiosas, Adelaida que casó con Gabriel Vásquez, Enrique contrajo con Gabriela Uribe, Clara lo hizo con Eleazar Duque, nos quedan Isabel Correa Restrepo y Margarita Correa Restrepo y su relevancia está en que de estas dos distinguidas matronas descienden otros familiares muy ligados con nuestros progenitores como ya lo habíamos evidenciado: Isabel contrae matrimonio con Alberto Ángel y de

aquí se derivan los hermanos Francisco (Pacho), Manolo, Bernardo, Alberto, Luz e Isabel; de esta descendencia solo sobrevive Luz Ángel; y ¿por qué la relevancia de este tronco familiar?, pues porque este caballero Alberto Ángel enviuda y casa en segundas nupcias con Lucía Restrepo Escobar nuestra tía para, traer a este mundo a nuestro muy queridos y allegados primos, diez en total, Los Ángel Restrepo: Rodrigo, Alicia, María Eugenia, Enrique, Gonzalo, Esperanza, Guillermo, Gabriel, Rosa Elvira-la Mona- y Darío

Finalmente, Margarita Correa Restrepo celebra su boda con Rafael Isaza, de donde nacen estos también familiares nuestros y muy allegados, ya lo decíamos con Mamá Elvira y sus hijos: Los Isaza, que en buen número ayudaron a poblar este mundo terrenal y que aquí con mucho cariño damos paso a sus nombres: Margarita, Luz Elena, Eugenia, Rafael y Jorge fallecidos, Bernardo, Alberto y Arturo mellizos, Luis Emilio, Enrique y Hernán. Todos ellos conocidos para la mayoría de nosotros y con quienes hemos tenido una estrecha relación familiar, gente trabajadora, algunos dotados con una excelente voz musical, de buen humor, cultos y bien ilustrados y por gracia de Dios, aunque adultos mayores, todos vivos. Los recordamos gratamente pues en más de una ocasión vacacionamos en la finca que poseen en Barbosa y donde pasamos gratos y recordables momentos.

Como podemos apreciar, realmente la descendencia del tronco Restrepo Escobar fue bastante prolífica y numerosa y de muchos desconocemos sus vivencias y el devenir histórico que pudieron tener.

Quisiéramos realmente conocer todas estas historias, vivencias y demás aconteceres de aquellas épocas y aquella vida familiar llena de buenos principios y magníficas enseñanzas y poder relatarlas para deleite y conocimiento de nuestros descendientes y así fincar en ellos un sentimiento de orgullo y de gratitud, por lo que fueron sus antepasados, con el fin primordial de no olvidar nunca nuestras raíces y nuestra más inmediata semejanza, pues cuando olvidamos nuestras tradiciones y costumbres estamos abocados a perder la conciencia de nuestro destino.

LOS ISAZA - FAMILIA ISAZA CORREA – RELATO DE EMILIO ISAZA CORREA.

Fredonia querido pueblo de mis ancestros y donde nací en 1942. Todos mis abuelos nacieron allá.

Mis padres Rafael Isaza Pérez y Margarita Correa Restrepo.

Mis abuelos paternos Cristóbal Isaza Fernández y Dolores Pérez Barrientos.

Mis abuelos maternos Castor Correa Correa e Isabel Restrepo Escobar. De esta viene nuestro parentesco con la querida familia Restrepo Escobar que tan gentilmente nos invita a compartir estos recuerdos, ya que Isabel era hermana de Félix Restrepo Escobar, o sea que mi madre Margarita era prima hermana de los Restrepo Escobar.

Los hermanos Isaza son Margarita, casada, fallecida; Rafael soltero, fallecido; Luz Elena casada; Jorge, soltero murió muy joven; Bernardo casado; Eugenia, casada; Arturo y Alberto mellizos, solteros; Emilio, casado; Enrique, casado y Hernán, casado.

Mi abuelo paterno Cristóbal fue un gran ciudadano, varias veces alcalde de Fredonia. Con sus caudales benefició a viudas y a pobres, a fundaciones de caridad como las Casas de San Vicente, el Hospital etc.

El abuelo Castor se preocupó por darles educación a sus hijos. Su hijo Castor Correa Trujillo ingeniero importante, trazó la carretera Puente Iglesias - Jericó. Enrique Correa Restrepo médico graduado en París ejerció en Fredonia y Venecia. Su temprana muerte fue muy lamentada.

Eran familias muy apreciadas en la sociedad. Mi abuela paterna Dolores Pérez Barrientos era prima hermana de Alberto Angel Barrientos.

Estos primos Isaza Correa han sido muy afines con los primos Restrepo Escobar, compartiendo historias, vivencias, andanzas, han sido todos parte de un buen clan familiar, amables, de un humor fino, muy graciosos, amantes de la buena música, muy acompañados con lindas voces.

Siempre recuerdo a mis primos quintos Emilio y Alberto (que así los reconozco), Martha libia) cantando y llorando como dice la canción, a Emilio con la canción Añoranza de Valente y Cáceres, a Alberto con la

canción Triste Destino de Agustín Magaldi. Y cantando La Barcarola, hermosa.

Emilio casado con Marta Lucia Velásquez y su hermano Alberto vivieron en Buenaventura, Emilio trabajo en Roldan y compañía, Alberto en la C.V.C



José Vicente y amigos, entre ellos varios Isazas Correa

Grandes amigos, mis queridos primos quintos. Cuando mi madre viajaba al Puerto era una reunión y cantata fija, sí que nos deleitamos con sus lindos cantos y sus lindas voces, evocando canciones, cantantes, noches inolvidables al calor de unos buenos aguardientes, como recuerdo esas épocas. Nuestra prima María Eugenia Angel también tuvo la dicha de vivir y compartir un año con nosotros en el bello puerto del mar, mi Buenaventura.

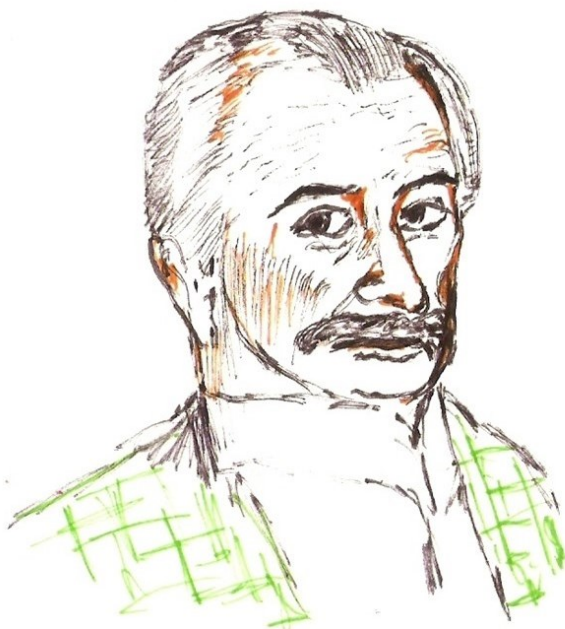
CAPITULO 8

EL TÍO EMILIO Y LA FAMILIA RESTREPO BAENA



Hemos destinado este primer capítulo sobre los tíos, como un homenaje especial, al tío Emilio. Al momento de escribir nuestro libro, Emilio es el único tío sobreviviente. Es entonces un símbolo vivo de nuestra familia. Sus aportes y sus recuerdos han sido fundamentales en la construcción de los materiales de este libro. Hace algún tiempo, en agosto de 2009, nos reunimos los primos y su familia y le hicimos un sentido homenaje con motivo de sus 80 años de vida. Acá rescatamos las cosas que le dijimos, incluyendo los poemas que le escribió Enrique, a la vez que agradecemos la entrevista que nos concedió para este libro, en la cual rescata preciosos recuerdos que le dan sabor especial al libro. Agradecemos también a su esposa Gilma, siempre tan familiar y cercana, tan atenta y presente en las visitas y conversaciones; y a sus hijos. Olga Isabel, que nos ha compartido sus fotografías y ha apoyado este proyecto; Emilio Alberto y Oscar Jaime, que nos han colaborado con sus escritos sobre su familia y su padre.

HOMENAJE A UN TÍO –EMILIO Y SUS 80 AÑOS. ENRIQUE POSADA



Para nosotros los sobrinos, el nombre Emilio representa en verdad lo que es Emilio, nuestro tío. Emilio, del gentilicio latino "Aemilius", de probable origen etrusco, significa "Aquel que es afable y tranquilo" o "Cortés, amable y gracioso"

Emilio y la chispa de la vida

*Emilio es un hombre feliz
de inteligente chispa encendida,
de buen humor, oportuno,
que alegra y refresca la vida.*

*De modo amable y gracioso,
encuentra en cada suceso
ocasión para reír y gozar,
aunque ponga cara de serio.*

Hemos aprendimos mucho de Emilio, que siempre se destacó por ser un buen hijo, como la atestigua en la entrevista que estamos a punto de leer. Sentimos que él ha contribuido con su ejemplo a que fuéramos hijos buenos y respetuosos. Fuimos testigos admirados de la generosidad y el respeto que siempre mostró por la abuela Elvira, por sus tías Anita e Inés. A Emilio lo identificamos como un hombre de hogar, a pesar de que estuviera de viaje con tanta frecuencia.

El buen hijo

*Dice la Biblia que el que cuida a sus padres
y les rinde homenaje y devoción
trae a su vida gozo incomparable
y encuentra en sus hijos aún más amor.*

*Se establece así una fuerte cadena
de amores eternos y familias felices,
y las semillas que así se siembran
volverán fértil y dulce la tierra triste.*

Emilio ha sido un modelo del buen hermano, amigo de todos los tíos, siempre disponible y servicial, equilibrado, confiable. Hoy, en su persona, rendimos homenaje a la querida familia de tíos que Dios nos ha regalado,

todos, menos él, viajeros del más allá. Familia de la cual nos sentimos orgullosos y cercanos.

Para los sobrinos, a muchos de los cuales nos tocó conocerle desde que estaba recién casado, Emilio representó la posibilidad real de constituir hogares estables, alegres, con hijos inteligentes, honrados, disciplinados. Su familia ha sido modelo para todos. Sus hijos, han sido los mejores amigos y su huella está reflejada en nosotros.

El buen tío

*Es un buen tío este tío
que charlaba con sus hijos
como si fueran sus amigos.*

*Es un buen tío este tío
que se volvió hombre de hogar
dejándose enamorar.*

*Es un buen tío este tío
buen maestro de sobrinos,
seña amable en el camino.*



El buen tío Emilio, Gilma, sus hijos y muchos de sus sobrinos

Es Emilio el tío amigo, que orgulloso gusta de posar en las fotos con nosotros y aunque tu cara sale seria, todos se sienten cómodos y sonrientes a tu alrededor. Le vemos como una persona sociable y amistosa, dispuesto a ser amigo de cuñadas y cuñados, presente en nuestras reuniones y celebraciones.



Emilio con Guillermo y Gonzalo Ángel, Jorge Restrepo y Rodrigo Ángel



Emilio con Enrique Posada y Jorge Luis Restrepo

Le recordaremos siempre como el hombre visionario que se atrevió a romper esquemas. Recordamos el día en que regresó de Estados Unidos, cargado de historias, con un regalo para cada uno, increíblemente detallista y generoso. Abrió así, quizás sin saberlo, las rutas para que la familia se volviera viajera y se extendiera más y más.

Lo recordamos como el hombre estable en su trabajo, próspero, capacitado, capaz de superar las viejas cadenas alcohólicas, de tradición en la familia, para consagrarse al hogar, a su esposa y a sus hijos.

Bien recuerdo cuando me regaló, cuando era niño, El Tesoro de la Juventud, de Selecciones, un libro que me hizo soñar con una vida comprometida y que me ayudó a ser estudioso, lector y responsable. Son siembras que tienen un significado poderoso y que se agradecen. Todos los sobrinos agradecemos esos significados profundos que se han convertido en señas importantes en el camino de nuestras vidas.

A Emilio Restrepo

*Hay seres que pasan por la vida y dejan huella
pues sus pasos son visionarios y profundos
y transitan confiados por las rutas y las sendas
seguros de que todos los caminos son fecundos.*

*Hay seres familiares, amables y tranquilos
que construyen poco a poco, sin afanes,
convencidos de los designios del destino
que ha sido trazado cuando somos inmortales.*

*Hay seres sencillos, amistosos, generosos,
que regalan su tiempo y sus espacios
con su presencia atenta y su actitud de gozo.*

*Esos seres hacen que seamos más humanos,
que la vida sea más plena y que vivamos
más unidos, más amigos, más hermanos.*

SEMBLANZA DEL TÍO EMILIO – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle Cuba del municipio de Fredonia y en casa propia, nació Luis Emilio el 25 de agosto de 1.929 a las 4 de la mañana. Fue bautizado por el Pbro. Ernesto Betancur en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Ricardo Restrepo y Matilde Escobar.

Se casó con Gilma Baena en Donmatías el 19 de febrero de 1964. Tuvieron 3 hijos: Emilio Alberto, Oscar Jaime y Olga Isabel.

Emilio tuvo la fortuna de vivir entre dos siglos, el XX ya pasado y el XXI que es actual y también de vivir su vida con dos nombres. Su niñez y juventud la vivió como “Luis Emilio” pues salió de su casa para ser bautizado con este nombre y llegó de la iglesia, sin que nadie lo supiera, como “Jesús Emilio”, nombre que debió adoptar cuando empezó su etapa laboral, pues era el que aparecía en todos los registros oficiales.

Emilio es de estatura regular, de figura muy delgada, con bigote delineado, cabello con hilos plateados, de paso largo y esbelto al caminar, aunque ahora ya de edad va más lento. No piensa mucho sobre lo que es la moda, ni le importan los colores, o las rayas y las bolas en sus combinados.

Fue el primero de los diez hermanos en viajar al exterior, conoció, trabajó y se radicó un año en la ciudad de Nueva York.

Regresó a Belén a la casa materna, se casó y vivió en Amagá, fue empleado importante de la Cooperativa de Caficultores, después se convirtió en Avaluador del Banco Cafetero.

Le encantan las tertulias, saber de todos, preguntar, averiguar, es un buen amigo, muy querido como tío, esposo al pie de su mujer, buen padre, nada romántico, pero eso sí muy sentimental, llora con gran facilidad, hombre muy honesto y servicial, siempre nos decía: “no le debo un peso a nadie”, “estoy atascado en los billetes” y “bolsillo que no tenga plata, lo rompo”.

No le falta el espejito compañero en el bolsillo, le encantan las gorras y sombreros, adora los bastones, colecciona relojes, le encanta escuchar música, llora con el tiple y la guitarra bien tocados, vende y compra escaparates hasta de trece cuerpos, cuando yo vivía en Buenaventura, mi

puerto, me encargaba que le trajera un pez, pero bien grande y un frasco de aceite de tiburón.

Ya no se toma ni un guaro, pero es feliz repartiendo trago, no le mienten enfermedad alguna porque de inmediato se contagia.

Ya ahora, a sus bastantes años, sigue rodeado del cariño y cuidados de su esposa Gilma, abnegada y generosa mujer, igual que sus hijos y nietos que lo visitan con todo su amor y bondad.

Ha sido un tío amable y charlatán con todos sus sobrinos, ayer, hoy y siempre.

EMILIO RESTREPO ESCOBAR: UNA HISTORIA LLENA DE PERSONAJES, LUGARES Y ANÉCDOTAS – ENTREVISTA Y NARRACIÓN REALIZADA POR OSCAR JAIME RESTREPO BAENA

Hacer un recorrido por la vida de Emilio es todo un reto para la memoria y tal vez para la imaginación, pues en cada momento de su vida hay un recuerdo y una anécdota, un lugar y un personaje que los años no han podido borrar, aunque por momentos no sea fácil determinar cuáles aspectos son totalmente reales y cuáles hacen parte del imaginario y anecdotario personal, aunque que a fin de cuentas eso no importa mucho. Es un mundo fascinante y propio de una película de Hollywood.

Y para hacer este recorrido, nada mejor que sentarse con el mismo Emilio para tratar de reconstruir, a vuelo de pájaro, muchos de sus momentos personales y traer a la memoria personajes que fueron importantes para él y su familia. Que sean sus palabras, entonces, las que nos permitan viajar en el tiempo.

Nací el 25 de agosto de 1929 en El Zarzal, la finca de la familia Restrepo Escobar en Venecia, Antioquia y fui el séptimo de nueve hermanos. El Zarzal era todo nuestro mundo, pues allí nos criamos todos y en mi caso particular también aprendí las primeras letras, pues con nosotros vivía la tía Anita Escobar, hermana de mi mamá Elvira, quien era maestra en la Escuela Piedras Blancas, ubicada en la misma vereda. Anita había enviudado de Manuel Moreno y desde entonces se quedó con nosotros, ayudando a mi mamá en las actividades de la casa y con los hijos y en el

caso mío, siendo la primera maestra que tuve, pues con ella aprendí a leer antes de cumplir los cinco años.

En 1935 y a punto de cumplir los seis años, murió mi papá José Félix y la situación económica se puso muy difícil para todos, así que nos fuimos a vivir a Fredonia a una casa alquilada, mientras mis hermanos mayores ayudaban con la crianza de los más pequeños. En el pueblo mi mamá me matriculó en el primer grado de la Escuela Pública de Fredonia, pero como yo ya sabía leer, la maestra decidió que yo debía estar en segundo año y me pasaron de grado.

Los años trascurrieron y mientras yo seguía en la escuela, mis hermanos mayores volvieron a trabajar a la finca de El Zarzal, sobre todo Vicente y Álvaro quienes vendían café y aportaban a los gastos de la casa. Cuando acabé la primaria en la escuela, pasé al bachillerato en el colegio Efe Gómez y fue a mi grupo a quienes nos tocó inaugurarlos, así que éramos los primeros y seríamos los primeros bachilleres. Sin embargo, tenía más ganas de buscar trabajo y conseguir mi propia plata que de ser bachiller, así que cuando terminé cuarto de bachillerato me retiré del colegio y me fui para El Zarzal a manejar bestias, a hacer mandados y conseguir mercados para otros. Y no me fue mal, pues me conseguía mi plata y le daba a mi mamá para ayudarla a pagar todas las deudas, lo cual a veces era muy complicado con mis hermanos mayores. Lo mejor de todo es que mi mamá quedó libre de obligaciones en muy poco tiempo.

A los veinte años, don Manuel Gallón, un vecino del pueblo, me ofreció manejarle una de sus fincas ubicada en el Puente de Jericó, a orillas del río Piedras. Esa era toda una hacienda, pues tenía casi 600 novillos y me tocaba manejarla a mí solo, así que me convertí en el mayordomo y tenía a cargo un vaquero. Esa fue una gran experiencia y estuve allí algo más de un año. Me quedaba toda la semana en la finca y los domingos subía a Fredonia a visitar la mamá, los amigos, hacer las compras que se necesitaran y tomarme unos aguardientes.

Pero había algo que a mí siempre me había gustado y no había tenido oportunidad de hacerlo. Yo quería pagar el Servicio Militar e irme para el ejército. Un domingo cualquiera subí al pueblo y allí estaban haciendo el reclutamiento voluntario, así que me presenté y salí apto y como tenía 21 años, cumplía con todos los requisitos. Al día siguiente busqué a don Manuel y le entregué la finca, le di las gracias y me fui para el ejército.

Eso fue una decisión así, de una. Lo que pasa es que tenía muchas ganas de hacerlo y me fue muy bien.



En el ejército estuve dieciocho meses y me tocó inicialmente en Paipa, Boyacá. Los primeros dos meses fueron de entrenamiento y preparación y de ahí nos movieron para Sogamoso. Hacíamos mucho ejercicio, nos tocaba guardia en la noche, acompañábamos a los superiores a las actividades en las calles, pero nunca nos llevaron a realizar acciones de guerra ni nos tocaron enfrentamientos con delincuentes. La vida era tranquila, aunque físicamente exigente.

Estando en Sogamoso llegó la noticia de que se iba a hacer el reclutamiento de hombres para ir a la guerra de Corea. Era lo máximo a lo que podía aspirar, así que otra vez, sin pensarlo mucho, me presenté de voluntario. Como salí apto en la primera escogencia, me trasladaron para la Escuela de Infantería en Usaquén, en donde haríamos la preparación específica mientras se realizaba la escogencia definitiva del personal. Hasta ese momento era miembro del Batallón Colombia que participaría en la guerra de Corea. Sin embargo, cuando se realizó el segundo examen

y la escogencia definitiva, resulté con un soplo en el corazón y quedé descartado del grupo. Aunque me dio duro no poder viajar a Corea, no hay mal que por bien no venga y terminé asignado en el casino de oficiales de la Escuela de Infantería, donde me quedé hasta el final del Servicio. Allí conocí los principales políticos de la época y hasta me tocó atender a mi General Rojas Pinilla, el presidente del país.

La vida de soldado en el casino era muy cómoda, pues me encargaba del aseo, fui mesero y terminé atendiendo en el bar, todo gracias al Teniente Rueda quien me llevaba en la buena. Nunca me tocó salir a comisión, ni enfrentar problemas de orden público, pues en aquellos días las cosas no estaban fáciles con los enfrentamientos en el campo con los guerrilleros y la violencia de los grupos que se enfrentaban contra el gobierno. Además de eso me dieron salida a la casa por diez días y me pagaron el vuelo en avión desde Bogotá a Medellín (aunque fue solamente una vez). Terminé de pagar el Servicio Militar el 16 de noviembre de 1953 y regresé al pueblo.

Por aquellos días mis hermanos Vicente y Luciano se fueron para el Valle a buscar trabajo, Mario se fue para Aruba y Álvaro para el Zulia, así que solamente nos quedamos en el pueblo mi mamá con mis hermanas Lucía, Ángela y Susana y Rafael, el hermano menor, quien seguía estudiando. Así que yo me fui para El Zarzal a trabajar en la finca y a sacar adelante el patrimonio familiar. Como ya las hermanas se estaban organizando y los hermanos iban haciendo su propio rumbo, llegó la hora de repartir a cada uno el derecho que les correspondía de la finca, pues cada quien lo necesitaba.

Habiendo vendido El Zarzal, me resultó trabajo manejando una finca ganadera en Ayapel. Canaima era una hacienda de 6000 hectáreas y 4000 reses en potreros y pastos, propiedad de una señora Mariela Hernández, viuda de Villa, su esposo había sido el fundador del hipódromo San Fernando en Medellín. Yo iba a ser el mayordomo y estaría a cargo de todo y al mando de tres vaqueros.

La finca vecina era la hacienda Corinto que manejaba mi hermano Vicente y era de propiedad de Pedro Nel Ospina, hermano de don Mariano Ospina, quien había sido presidente de Colombia. Esa era una finca muy grande, pues tenía más de 7000 reses. Vicente y yo nos veíamos con mucha frecuencia, pero la experiencia apenas duró algo más de un año, pues me

tocó enfrentarme con un carpintero muy experimentado y allegado a los dueños, así que me volví para Fredonia, aunque por aquellos años la familia se había ido a vivir primero a Itagüí y luego al barrio Belén en Medellín.

Mi regreso al pueblo coincidió con las fiestas del café y allí me encontré con Alberto Restrepo, un viejo conocido que trabajaba en la Caja Agraria. En medio de un montón de aguardientes me ofreció trabajo en la Caja y al lunes siguiente la cosa resultó en serio y me dieron el puesto de visitador y evaluador. Inicialmente era para trabajar en Ituango, Antioquia, pero cuando estaba haciendo las vueltas de vinculación me encontré con don Francisco Rodríguez quien era el gerente de la oficina de Fredonia y me dijo que me quedara ahí mismo, pues había resultado una vacante y que el único requisito era saber escribir a máquina. Y como yo había aprendido en el colegio Efe Gómez me quedé con el puesto. Eso fue en 1958 y allí estuve por cuatro años visitando Venecia, Titiribí, Angelópolis, Amagá y Armenia Mantequilla.

El trabajo en la Caja Agraria era muy bien remunerado y muy estable, no me faltaba nada, pero otra vez pudo la aventura y las decisiones tomadas en medio de los guaros. Resulta que Carlos Velásquez, profesor y secretario del Colegio Efe Gómez, se ganó \$80.000 en la lotería y en medio de la rasca de la celebración le dio por proponer que nos fuéramos para Estados Unidos y yo le paré las cañas. Así que, al miércoles siguiente, que no teníamos trabajo en el pueblo, nos fuimos para Medellín a pedir la visa, la cual nos dieron de una. Así que, en cuestión de un mes, renunciamos a los trabajos, empacamos, nos despedimos y nos fuimos.

Nuestro destino era Nueva York y aunque no conocíamos a nadie, teníamos la referencia de un paisano del pueblo que vivía allí. El problema era que no sabíamos dónde. Gilma, mi novia en ese momento, me dio el dato de un primo lejano que había viajado también. Así que tomamos el avión de Medellín a Miami y de allí a la capital del mundo y llamamos al primo. Ese hombre no sabía ni quiénes éramos, pero como le llevamos aguardientico, nos atendió como reyes y nos dio posada por una noche mientras definía que hacer. El hombre estaba también muy recién llegado y vivía en un garaje de arrimado, así que al día siguiente no fue a trabajar para poder ayudarnos. Finalmente encontramos a alguien que nos dio posada y nos permitió acomodarnos, lo cual celebramos con más Antioqueño, pues habíamos llevado de sobra.



*Emilio, Alfredo,
Esperanza y Bernardo en
Nueva York*



Alberto Gallego, Alfredo Mejía y Bernardo Restrepo, en Nueva York

Carlos, mi compañero de aventura, duró solamente quince días, pues no se aguantó ni el frío ni la nostalgia por el pueblo, así que se regresó a Colombia. Yo si me acomodé muy bien y me vinculé a una hilandería. Allí estuve durante once meses, pero también me dio la nostalgia y regresé a Colombia, esta vez para asentarme definitivamente.

Al regresar a la tierra, Alberto Vélez, un excompañero de la Caja Agraria y quien también había estado en Estados Unidos, me ayudó a vincularme a la Cooperativa de Caficultores de Fredonia y de allí me destinaron a Amagá, donde me casé en 1964 y nacieron mis dos hijos mayores. Allí estuve por doce años y de allí me fui para el Banco Cafetero donde terminé mi vida laboral, haciendo algo muy parecido a lo que hacía en la Caja Agraria.

Hoy estoy jubilado y ya todas aquellas historias van quedando en el pasado, pero no se olvidan y las recuerdo para que mis hijos y mis nietos las guarden como tesoro familiar.

**UNAS PINCELADAS AFECTUOSAS Y MEMORIOSAS DE
EMILIO PARA EMILIO EL OTRO, EL GRANDE – EMILIO
ALBERTO RESTREPO BAENA**



Oscar Jaime, Olga Isabel y Emilio Alberto en extrema elegancia



Emilio y Gilma con sus hijos Oscar Jaime, Olga Isabel y Emilio Alberto



Emilio Alberto, Olga Isabel y Oscar Jaime Restrepo Baena

Hemos contado con la fortuna de tener un papá completo y para rato, y lo digo con la autoridad que me da el saber que sus tres hijos llegamos y cruzamos la línea de los 50 años con él vivo y, por lo menos, al día de hoy, en buenas condiciones. Y ojalá así sea por muchos más y felices años.

Es un personaje muy especial, siempre atento, siempre solidario, siempre pendiente de su entorno y de su familia.

De pequeños, lo veíamos llegar cada 8 o 15 días cuando venía de Amagá, el pueblo en donde trabajaba en la Cooperativa de Caficultores (y donde nacimos Oscar y yo) como comprador de café, o donde nosotros íbamos a visitarlo para mantener activo el concepto de hogar que mi mamá siempre se empeñó en mantener. Me explico: cuando se casaron, por motivos del trabajo de él, mis padres se fueron a vivir a ese pueblo del suroeste antioqueño; allí nacimos los 2 hijos mayores, pero cuando cruzábamos el umbral de los 4 años, decidieron que lo más sano desde el punto de vista de influencias y educación era que mi mamá se trasteara con sus hijos para Medellín y que mi papá siguiera trabajando en la población, pues era un empleo bien pagado y en el cual se sentía cómodo y ejercía un pequeño reinado al que se le hacía difícil renunciar. Entendámoslo, era el que compraba el producto principal en un pueblo cafetero, era el que movía el billete y eso le imprimía una especie de autoridad y liderazgo que lo hacía sentir confortable y respetado y tenía un séquito de patos y áulicos que lo sobaban y le secundaban todas sus travesuras y pilatunas, a las cuales era tan aficionado. Además, el pueblo ya nos estaba formando para el malevaje, yo ya me había escapado para la gallera en lugar de comprar la leche como me mandaron, hablaba de “El cabezón”, un matón de la época como el ídolo a imitar y ya había echado a rodar a un muchachito por unas escalas por pura bronca. Mi mamá entendió que, si no emigrábamos rápido de ese pueblo chico, infierno grande, con esa escuela de vida, nos esperaba con más probabilidad la cárcel que la universidad.

Le encantaba molestar bobos, poner apodos lapidarios, mandar razones mortificantes, ordenar encomiendas inútiles con intenciones imposibles, y ellos lo apoyaban y él se moría de la risa y se sentía feliz. Es algo simple pero eficaz: mandar un mensajero con una cajada de piedras al hombro hasta Medellín (pues le advertía que por su contenido no se podía separar ni un segundo de ella) para tratar de imaginarse la cara de sorpresa del destinatario y del encomendero mientras el pagaba por hacerlo y daba propina para amainar el enojo. O mandar un veterinario empírico,

desdentado, maloliente y de genio endemoniado a Puente Iglesias a capar 300 marranos inexistentes que tenía en la hacienda tal (como efecto colateral, casi que el capado es él) o encargar 150 hojaldras de harina a una pobre vieja, vendedora ambulante que con dificultad apenas tenía capital para pagar el material de 20, como mucha gracia. Expresiones de un particular sentido del humor, políticamente incorrecto, que en estos tiempos le hubiera generado con seguridad problemas más serios que los simples, pero merecidos madrazos que se ganó en la época. Mientras tanto, se chupaban una o dos botellas de aguardiente de cuenta de mi papá y ellos lo llevaban en hombros en severa algarabía hasta la casa para entregar el despojo, gritándole vivas al partido conservador y prometiendo matar a escupitazos al primer liberal que se encontraran en el camino.

Y le oíamos sus evocaciones de cuando prestó el servicio militar, o de cuando había conocido a Belisario Betancur y estrechado su mano (cosa que contaba entre lagrimones y otro trago de guaro doble brindado con Mario, su hermano) o de cuando se había ido para Estados Unidos de manera legal, para abrirle el camino del sueño americano al resto de la familia que le siguió y al cual renunció para asumir la promesa de matrimonio que tenía con mi mamá, quien no quiso seguirlo en su periplo y le puso el ultimátum (comiéndose las uñas por no saber qué era lo que él realmente quería hacer) de que, o volvía o terminaban, decisión que estas carnitas agradecen, porque de lo contrario no estaría contándoles el cuento. Muchas veces me tocó cuando les mostraba a sus interlocutores la Green Card con su nombre que guarda celosamente hasta hoy como testimonio de una gesta gloriosa como emigrante, en una época en que de verdad era una novedad. Y la conserva, hasta hoy, junto a un pistolón de 6 tiros, con salvoconducto, un brillante revolver colt caballo 38, que hasta donde sepamos nunca tuvo que utilizar para salvaguardar el honor y la seguridad de su hogar, de su mujer y sus hijos, como era el lema con que justificaba su posesión.

Y todo eso mientras sonaban las rancheras como una banda sonora del mero macho que se envanecía de la victoria del día a día con una familia que henchía su pecho de un orgullo que lo colmaba de satisfacciones. Jorge Negrete y las Hermanas Padilla le recordaban a grito herido que “no le debía un peso a nadie” y que “estaba atascado en los billetes”, por ver la abundancia que bendecía a su hogar con un trabajo que nunca le faltó, con el carro lleno de costalados de frutas y revuelto, de gallinas y de quesitos

envueltos en hoja de plátano que le regalaban por montones sus clientes cuando regresaba de sus correrías por fincas de todo el departamento, luego de practicar avalúos para autorizar préstamos hipotecarios, cuando trabajó en el Banco Cafetero hasta la jubilación. Era una fiesta verlo bajar del carro y organizar paquetes para compartir con los vecinos, haciendo gala de una generosidad que se hizo legendaria en el barrio. “Ese cucho don Emilio está solo para repartir mercado y embutirle a uno guaro”, decían los vecinos al otro día, consumidos por unas resacas feroces que amenazaban con hacer estallar sus cabezas por el exceso de la noche anterior. Por gotereros y pegajosos.

Y teníamos que padecer sus flatulencias pestilentes o sus guerras de ventosidades con el tío Vicente, pistola de plástico en mano jugando a los pistoleros en el almacén Ley sin importarle la presencia de algunas recatadas vecinas que no podían creer lo que estaban viendo (y oliendo y oyendo), mientras sus sobrinas se escondían de la vergüenza y los sobrinos nos tirábamos al suelo asfixiados de la risa. Sigo sin entender cómo hacían para dominar el esfínter y expulsar un pedo a voluntad en diferentes tesituras y coloraturas o cómo eran capaces de tirarse una seguidilla de tres decenas de ellos para hacer “una treinta y una” o cómo no se les reventó una tripa ante ese maremágnum apestoso, o cómo diablos hacían sus esposas para compartir la cama con semejantes alcantarillas ambulantes y no morir en el intento o de una rabia maligna (¡qué cruz!, como repetían con frecuencia). Estamos considerando seriamente donar el cuerpo a la ciencia para que lo estudien y a así tratar de dilucidar semejante prodigio.

Y siempre, sobre todo cuando empezó a envejecer, con un delirio hipocondríaco que se le expresaba como un terror a la muerte que lo hacía consultar por cualquier cosa, una gripa que se podía convertir en neumonía, unos calambres en los pies que podían terminar en amputación, una peca que con seguridad era un melanoma. Y se antojaba de las enfermedades del otro, del vecino, del contemporáneo que se enfermaba para morirse, hasta un dolor en la matriz se le iba enquistando cuando una compañera de mi mamá se enfermó de dicha presa y hubo que explicarle que a los hombres no les daba de eso, simplemente porque carecían de dicho órgano, para desilusión suya, pues era una enfermedad menos que podía invocar y sufrir.

Ya en los últimos años, un poco más estabilizado y algo curado del prurito de estar consultando médicos y de empastillarse con hasta 30 grageas al

día, logramos que un médico sensato lo desmedicara un poco y hoy goza del privilegio de una vejez tranquila, con menos achaques de los múltiples que lo llegaron a aquejar cuando parecía que necesitaba estar enfermo para sentirse vivo. Hoy, ha superado la edad de supervivencia de todos sus hermanos, los ha enterrado a todos, ha visto enfermar y morir a muchos sobrinos estimados, ha visto partir a casi todos sus contemporáneos con una actitud resignada, ha sabido llevar con aplomo desaires y traiciones de parientes cercanos que han golpeado la confianza de sus hijos, porque ha sabido entender que la vida es así, que la muerte es inevitable, que la enfermedad y la decadencia no perdonan, que desde el paraíso ya la mitad de la humanidad estaba jugándole sucio a la otra mitad, pero él ahí, como un roble, atento a su familia, pendiente de las cuitas de sus hijos y nietos, viéndose a punta de caer por no perderse un chismecito, degustando con morbo risueño las peleas abrumadoras de Laura en América, El Palenque y ¿Quién tiene la razón? y todo el resto de shows de miseria peruanos y mexicanos que pasan por los canales latinos, gozándose las visitas de sus nietos y sobrinos y esperando las elecciones para votar por su admirado Uribe, lamentándose de no poder hacerlo 5 ó 6 veces, porque eso sí, uribista hasta el final. Algún defecto tenía que tener.

En resumen, un hombre bueno y sencillo que nos entregó todo lo que tenía, que nos dio la vida y nos ha acompañado por ella con todo el amor y el compromiso, todo el ejemplo y la solidaridad de alguien que se merece el rótulo, con mayúsculas, de PADRE EJEMPLAR.

Coda: Emilio se casó con Gilma Baena, maestra licenciada en educación, con maestría en la materia; de su hogar nacieron tres hijos. Emilio Alberto, médico especializado en gineco-obstetricia y laparoscopia, casado con Martha Alcaraz, con 2 hijos, Camilo y Juanita, escritor de cerca de una docena de libros, entre cuentos, crónicas y novelas. Oscar Jaime, Ingeniero de Minas con Doctorado en materiales en España y Maestría en evaluación de impactos ambientales, profesor, autor e investigador, casado con Susana Maya, con 2 hijos, Pablo y Sara. Olga Isabel, alma justa, Ingeniera Civil con especialización en combustibles gaseosos y maestría en materiales y procesos. Esta última es considerada la alegría del hogar.

LOS RECUERDOS DEL TÍO EMILIO – APUNTES DE UNA ENTREVISTA

Ya tengo 86 años, cumplidos en agosto. ¿Qué si todavía tengo ánimos? Los ánimos se van perdiendo, los ánimos no son los mismos. Yo, en un pasado no fui un santo, pero tampoco fui un hombre malo y no me pesa pues, la conciencia con nada, yo no maté a nadie. ¿Qué si me sacaron la piedra y tuve la intención? Si tuve la intención. ¡No! Mentira, es por molestar. Lo que pasa es que yo estuve en el cuartel 24 meses y siempre fue un tiempo muy duro. Yo presté servicio en el 53. Ahora estoy como un soldado ya viejo y acabado. Y ¿Yo qué le digo? Estuve en ese orden público, pero... no se tiñeron de sangre mis manos. Es que lo que pasa es que son épocas muy difíciles. A mí me tocó toda esa violencia política. Yo me fui y regresé en el 53 después de 16 meses. Entonces fue que... le tocó a uno... mi Dios lo libra a uno de muchas cosas, pero es que, no por voluntad, sino hasta por obligación tenían los soldados que matar. Una política que hubo, que no la heredó nadie, fue el orden público entre liberales y conservadores. A mi directamente o en el contingente mío. Le ponían a uno una rayita aquí. Conservador. Pero me fue bien. Le digo: Hubo una buena crianza en el hogar.

¿Cómo eran mis papás? Muy bonitos. No mentiras. Mi papá no estudió, pues estudió ¿Qué le digo yo? por ahí un primero de escuela. Pero en ese tiempo leyó mucho. Él era un gran lector y un gran conversador. Pero no tuvo educación. Muchas veces la cuestión monetaria le impedía a uno estudiar. Pues porque yo estudié hasta cuarto de bachillerato, casi lo completé, pero como no había con qué pagar unos libros, entonces me salí a hacer mandados y no volví a estudiar. Cuestión monetaria, diez hijos pidiendo. Nosotros fuimos diez.

Anteriormente las familias eran muy grandes. ¿Qué le digo? Estudiaba uno en la escuela y siempre se aprendía. y se leía. Yo estudié, pero cuando no hubo con qué comprar los libros (es que primero le dictaban a uno y escribía uno en el cuadernito viejo), pero cuando ya hubo que comprar libros, yo me había enseñado a trabajar y a ponerme la camisa. Vea lo que pasa es que fuimos diez, entonces hubo muchas limitaciones. Entonces se tenía que hacer mandados, en la época mía. Claro que yo he vivido rico y con más comodidad. Pero ¿Que cree usted, con la mamá de uno, sin casa propia, y con diez hijos y viuda?

Emilio muestra retratos de la familia en un collage, colgado en el muro de su casa.

Mi mamá se llamaba Elvira escobar. Mire este retrato. Ahí le ve el tipo. Ahora mire este, que es el papá. Vea, de 56 años murió.

Este es el del hermano Luciano. Murió de 40 años. Este es Bernardo. Esta es Lucia, que era la mayor. Ella también tuvo diez hijos. Esta es Ángela, que tuvo cuatro y murió en un accidente de tránsito en Miami, estaba viendo los hijos por allá, el carro en que iba se chocó y la botó. Este es otro de los hermanos, Vicente. Tuvo cinco hijos. Y este otro es Álvaro, que también tuvo diez hijos. ¿Qué todos tuvieron familias muy numerosas? Ajá, es que ¡Haceos y multiplicaos! Esta es Susana la otra hermana, que tuvo cinco hijos también y murió en Miami. Rafael, él fue el último que murió, ahora en diciembre y tuvo dos hijas. Y me falta Mario, que tuvo dos hijos. En esta foto están mis papás y mis hermanos con sus hijos, todos en primer grado, y los tres hijos de nosotros. Claro que este cuadro ya es muy viaje, esta foto tiene como 15 años. En esa época no había las facilidades de ahora del internet y de hacer los montajes. Entonces fueron tomadas de fotos reales y recortadas. Mire, ahí se ve todavía que fueron recortadas.

Acá estoy de bozo y de sombrero, cuando se usaba el sombrero. Me han gustado mucho los sombreros. Esas épocas de la vida que uno tiene. Vea, muy cachaco vea, cuando estaba prestando servicio.

Pregunta la entrevistadora a Gilma, la señora de Emilio ¿Y ahí fue cuando usted le echó el ojo? Ella le muestra otra foto. Cuando estábamos de novios fue esta, por ahí del 60. ¿Y lo vio muy querido? ¡Ah! dio mucha brega la conquista, para que sepa. Eso no fue así no más. Dice Emilio, *es que ella no tenía vocación de casarse sino de irse para el convento*, Dice Gilma: O sea, eso no fue fácil. pero las cosas que convienen se dan ya llevamos 51 años de casados.

Volviendo a los recuerdos, sigue Emilio:

Lo que pasa es que uno en esta posición conquista a cualquiera. No, yo es por molestar. Yo pagué servicio con mucho gusto. Lo pagué. No mate a nadie en el orden público. Vea en el 52 se tomó esta foto. Esa es pagando servicio en Paipa. Tenía ocho días de haber caído a Paipa. Después de Paipa lo pasaban a Bogotá y ahí terminé. ¿Qué me gusta salir en fotos como una figura pública? Lo que pasa es que uno lo primero que hace es

tomarse las fotos. Queda el recuerdo. Entonces yo, como fui avaluador del banco y de la caja agraria, entonces me gustaba mucho mi sombrero. ¿Qué me gusta mucho recordar esa época? Pues sí, sí. Para eso se hicieron las fotos. Muestra con orgullo las fotos tuyas. Estas fotos fueron muy bien tomadas. Uno va cambiando. Entonces uno tiene que tener algún recuerdo, a mí me gusta mucho tener esos recuerdos.

Me acuerdo de mi papá. Veá, no se calzó nunca. Iban a pie limpio. en ese tiempo hace muchos años. Mi mamá se vino de Fredonia a Itagüí. Eso fue a los muchos años de muerto mi papá. El papá murió estando los hermanos chiquiticos. Tenía yo seis años. El murió en 1935.

¿Dónde vivíamos? Lo que recuerdo es fueron casas alquiladas, porque la pobreza de la vida es no tener casa propia. Después se fue componiendo el tiempo y se adquirió la casa, ya fuimos creciendo, pero ninguno pues, estudió. No hubo comodidad. Como he dicho, todos fueron grandes lectores, pero el único que se graduó fue el hermano menor que fue abogado, pero era una pobreza llevadera.

Vivíamos en el pueblo en casa alquilada, pero teníamos una finca. Entonces vivíamos como ricos, pero ricos pobres, porque si uno tiene alguna posesión, alguna propiedad y debe plata en ella, se es una riqueza de pobre. Era muy duro, porque es que deber es muy duro, y uno que vivió esa situación de la pobreza, porque es que desde que uno no tenga con qué comprar el mercado, que tenga que estar en una tienda fiando, es muy duro.

¿Cómo nos manteníamos? Había una finca muy buena, una finca de mil millones en estos tiempos, póngale eso. en Venecia. Fuimos ricos con una finca, pero debiendo plata y el que tenga que estar fiando, no tiene plata para defenderse. Así pasaron esos tiempos, sin haber estudiado mucho, porque no hubo comodidades de estudiar.

La finca estaba en una vereda muy rica en Venecia, que se llama el Zarzal, tierra muy buena, tierra muy fértil. Era una finca de mil arrobas de café. En esa época estaban los tenderos del pueblo y se tenía una tienda de confianza donde entregaban todos los víveres del año, apuntados en un cuaderno y cuando había cosecha, se llevaba y de vendía el café y con eso se pagaba. Era toda una vida de deudas, a pesar de tener una finca muy buena, una finca de mil millones de pesos.

¿Qué si aprendí a coger café desde muy niño? Uno aprendió todo el oficio, después uno va superándose. Cuando yo iba en cuarto de bachillerato, iba bien, pero ya pasamos de escribir en cuadernos a usar unos libros, entonces ¿con qué se iban a comprar los libros? Valían diez pesos y ¿Quién los tenía? No, es que la pobreza es muy llevadera con plata.

¿Qué si a mí también me tocó andar descalzo? Hasta los quince años, que logré ponerme los zapatos del hermano. Uno usaba los calzoncillos del hermano, eran épocas duras. Mi mamá cosía con unos cigarrillos en la boca todo el día. Hacía las camisas corticas. ¡Vaya compre una camisa! ¿Cuánto valía la tela? 30 centavos, pero ¿quién conseguía 30 centavos en esa época, 50 años atrás? Para acabar de ajustar, las hacía torcida. Entonces quedaba uno con el culo volteado. Vea, que yo le digo que se tuvo, la casa propia, pero ¿qué le digo? En ese tiempo un viejo por ahí que nos prestaba plata en la finca, nos quitó la casa; o se la quitó a mi mamá, es que la vida es dura.

Ella le debía 130 pesos, o 200, o cualquier cosa. Se la quitó porque no pago un señor Uribe y mi papá era muy honrado, y uno no puede ser tan honrado en la vida porque, uno no puede ser como Belisario, tampoco puede ser en exceso honrado, porque peca por la honradez. Entonces mi mamá camino como un gitano, porque mi papá murió hace muchos años. Él murió en el 35, entonces quedó una familia chiquita, de diez años los mayores, no se sabía hacer nada, Se tenía una finca, pero desde que no haya comodidad para sostenerla, uno es un rico pobre. Cuando mi papá murió, tenía yo seis o siete años. Murió de neumonía, como hemos sufrido todos, hemos sufrido mucho de los bronquios, pero ahora hay más facilidad para eso. Hay remedios y la droga se la fian a uno. En ese tiempo lo que había eran las pastillas de Mejoral y lavados. Hemos progresado mucho.

Cuando nos venimos de Fredonia a Itagüí, llegamos al barrio Doral, cerquita al barrio obrero, en casa alquilada. Después se fue adquiriendo la casita en Villa Paula. Sin haber preferencias, pero en toda parte el papá o la mamá tienen sus preferencias. Entonces se logró conseguir la casa propia. Mi mamá nos reunió a los hermanos y nos dijo: Le voy a dar esa casa a Emilio. No se le quitó a nadie. Por propia voluntad, dijo delante de los hijos: esa casa es para Emilio y no se la dejo a ninguno de ustedes porque me dejan a mis hermanas (Inés y Anita) en la calle. Se dice que

somos los mismos, que somos iguales. Pero no, hay muchas diferencias en los hermanos, por ejemplo.

Cuando vine del cuartel estuve manejando, administrando la finca. esa finca la administraban antes otros hermanos, pero siempre seguían las deudas. Cuando me le puse al frente, con la primera cosecha que se logró se pagaron las deudas. Pues como fuimos tantos hijos y se iban turnando, pero nunca se salió de una deuda, porque, porque se gastaban la plata bebiendo, dándosela a las mujeres, cualquier circunstancia. entonces uno sigue pagando deudas, y aunque a mí me ha torturado beber, yo no le debo un peso a nadie, nunca en la vida. Después fui empleado, toda una vida y nunca empañé mi sueldo.

No. Pues la finca se libró, se pagaron pues deudas. Entonces ya se pudo vender y cada cual se gastó lo que había, dos pesos que tocaban en ese tiempo, porque todos eran unos borrachos. Yo chupé mucho aguardiente, pero no me bebí mi parte. Y trabajé y ayudé en la casa y sabía llevar. Con lo que quedó, se compró una casita en Itagüí, que se compró con plata de la finca de la mamá Elvira. Es que vea. Que somos iguales, y no somos iguales. Unos gastan más que otros. Entonces esas herencias las van reclamando. Muchos de los hermanos míos vendieron el derecho. Usted no sabe. Que está la comunidad aquí, que dieran diez derechos. Entonces ya no hay producción igual. Se la bebieron, otros se las metieron a las putas, o lo que sea. Perdón. Pero se logró conservar la casa y ya fuimos creciendo y así la situación mejoró.

La mamá murió hace 52 años. Murió en enero del 64. Estaba de novio y al mes nos casamos, nosotros nos casamos en febrero. Y quedaron las tías. Nosotros vivíamos con las tías toda la vida, o ellas vivieron con nosotros. Porque también hubo épocas en que ellas nos recogieron, porque la pobreza era en todas partes. Después uno va saliendo y mi Dios lo va a ayudando. Las tías se llamaban Inés y Anita.

Cuenta Gilma, la esposa, que ella terminó el magisterio y se puso a trabajar en la normal de Fredonia. Emilio vivía en Fredonia, donde era evaluador de la Caja Agraria.

Me crie en esa finca, pero me crie ayudando por ahí con vaquería, vacas y ordeñé. Lo que no se pudo fue estudiar. Después va uno y vuelve a todos sus contactos y va sobresaliendo. pero siempre fue una vida de trabajo. No me pesa.

Dice Gilma: él trabajaba en la caja en Fredonia; entonces, allá nos conocimos. Fuimos novios cuatro años y de esos cuatro años, él estuvo dos en New York, donde se fue a vivir y cuando vino, ya por cansados, nos casamos. Fuimos novios desde el 59 hasta el 64, y él estuvo en Estados Unidos en el 61 y el 62, entonces cuando vino en el 62 ya el noviazgo estuvo como muy en firme y en el 64 nos casamos.

¿Por qué me fui para Nueva York? Mire lo que pasa es que es goma de uno. ¿Por qué? Porque la gente se iba para New York, muy bueno, yo llegué a New York y a los dos días estaba arrepentido. Trabajo se consigue allá. pero yo era evaluador de la Caja, esa fue la pendejada mía, yo fui un administrador de esas tierras y después llegué a Fredonia y presenté una solicitud en la Caja y al lunes, en 15 días, estaba yo de evaluador de la caja. Roscas o cualquier circunstancia. No se estudiaba mucho, pero con lo que tenía, yo tenía un cuarto de bachillerato, ya me desempeñaba. Pues cuando yo le dije a fulano de tal, necesito trabajar, él me dijo: Vea. coja una vulgar hoja de aquí. Anotó, Pacho, allí te mando a Emilio para que le acomodes en el trabajo que hay como evaluador de la Caja Agraria. Entonces yo llegué donde el gerente y me le mostré una tarjeta así, una boleto, y le dije vea don Francisco, aquí le manda don Alberto que era un visitador, amigo mío que había estudiado conmigo, y aquí le manda don Alberto una cualquier boleto. donde le recomiendo a Emilio para el puesto. ¿Y sabe qué me pregunto el señor, el gerente? Me dijo, bueno, listo, ¿usted es conservador? y le dije: si don Francisco, me dijo: ¿usted qué sabe...? y le dije, yo estudié y como estoy recién salido del colegio allá nos enseñaban mecanografía. Y entonces que me dijo, venga el lunes para que haga las vueltas.

Uno voltea y como está joven y sin mucho plan. Yo estaba soltero y ayudaba, pero estaba de moda la ida, cualquiera decía vámonos para New York, para Estados Unidos. Entonces una noche con tragos, un compañero, que era hasta secretario del Efe Gómez el liceo de Fredonia, me dijo nos vamos para New York. Y yo, ni corto ni perezoso, le dije nos vamos para New York, y al miércoles siguiente estábamos haciendo vueltas. En ese tiempo era muy fácil, fuimos a la embajada y a los quince días salimos con el pasaporte y con la visa de residencia. Ahí la tengo, se la puedo mostrar, que ahí la tengo. Fue de una, y el consulado era aquí en Medellín.

Explica Gilma:

¿Y sí la encuentra fácil? es que él repite y repite y repite. A veces, es una idea fija. Él se acuerda, de cosas, de las cosas viejas se acuerda. no sé si la encuentre, no tengo idea de dónde la tiene guardada. Era una tarjetica muy simple, pero esa era la visa de residencia en esa época, y era aquí en Medellín que la daban lo mas de fácil. Muy fácil, y estando él allá, varios de sus hermanos se antojaron de irse y hoy todavía viven en Estados Unidos. Cuando él estaba en New York. uno de los hermanos quiso organizar su viaje y se fue con toda la familia, y se fue también una sobrina, que después vivió toda la vida en Estados Unidos. Allá se casó y allá murió; un cuñado con toda la familia, o sea con la señora que era la hermana de él y los niños que estaban chiquitos y otro hermano también con toda su familia, con la señora y con los niños. Y los hijos de él todavía viven allá, en Los Ángeles. Allá echaron raíces, allá tuvieron hijos y allá vivieron, desde el 62 y todavía muchos descendientes de ellos todavía están allá.

Ángela, la mamá de Enrique no vivió del todo allá, pero sí iba por temporadas, a visitar a dos hijos que viven allá, una hija y un hijo, y entonces ella iba por temporadas. Ella también consiguió su visa y pasaba mucha parte del tiempo allá, donde murió en un accidente.

Yo soy de Don Matías, y estudié el magisterio y me nombraron como maestra de Fredonia, por eso yo fui a parar a Fredonia. Yo estudié interna en lo que hoy es el Cefa. En esa época se llamaba Isabel La Católica, vivíamos en el mismo colegio, con beca del gobierno que se conseguía fácil. No era sino enviar una solicitud. En el colegio donde yo estudié había bachillerato para las que querían seguir o tenían la posibilidad de hacer carrera; magisterio para los que teníamos necesidad de salir a trabajar y ayudar también a la familia y comercio. para los que querían salir a trabajar en las finanzas o en el mundo del comercio. Pero entonces, viviendo en Don Matías y por las condiciones de la familia y demás, yo estudié magisterio, pues, mi papá me entró a estudiar magisterio y allá le nació a uno la vocación porque teníamos unas profesoras encantadoras y a uno le inculcaban la vocación, y ya. Trabajé en el magisterio y cuando me casé, nos fuimos a vivir a Amagá. Entonces yo renuncie. Trabaje primero en Fredonia y después me pasaron a trabajar al mismo colegio donde había estudiado, que ya era el Cefa. Bueno y cuando ya vinieron los hijos, estuve desvinculada diez años, mientras los hijos nacieron y crecieron, porque yo no quise nunca delegar esa tarea de cuidar los chiquitos, los hijos, y vivo

muy satisfecha, porque dio resultado cuidar los hijos, se formaron como yo quise que se formaran. Exitosos y triunfadores.

Emilio trabajó cuando se vino de New York, estuvo aquí, allá y allá. No se acomodaba casi en ningún trabajo. Ya después le resultó un puesto en la Cooperativa de Caficultores y allá era comprador de café, estando él estaba comprando café en Amaga fue cuando nos casamos. Él trabajó muchos años allá, pero sin prestaciones de ninguna clase. Trabajaba a comisión, le preocupaba mucho eso, porque en esa época no tenía prestaciones sociales de ninguna clase, ni tenía un puesto estable. Entonces empecé pues como a venderle la idea de que tratara de conseguir un puesto como empleado y se dio la posibilidad, lo vincularon al Banco Cafetero, también como evaluador, y ya eso le dio estabilidad en el trabajo y ya con un trabajo estable.

Claro que le tocaba viajar por todo Antioquia porque los evaluadores tenían que viajar por todas las tierras del café, pero gracias a eso los hijos pudieron estudiar y ya cuando los hijos estudiaron, yo me pude vincular de nuevo al magisterio. Volví a trabajar hasta con ganas y me jubilé como maestra en el 92. Con 23 años de trabajo. Y por la misma época se jubiló Emilio, con el Banco Cafetero.

Vuelve Emilio a contar de su vida en Nueva York.

Se vivió bien, no hice cosas mal hechas, yo hablaba, pues como de la ansiedad y el gusto de ir a New York, teniendo un buen trabajo aquí, pero estaba joven y Estados Unidos es Estados Unidos, estábamos bien, pero uno sabe que tiene que hacer cambios, yo sabía que allá iba a coger una escoba, que no tenía tierras ni propiedades, y al otro día cogí una escoba y una trapeadora. Entonces con mucho gusto trapié hasta que ya trabajé un año en una fábrica de telas. Es que había mucha fabriquita y entonces le tocaba manejar como una plancha, meter telas ahí, había mucho que hacer, y hace uno lo que sea. Después vienen los tiempos y aprende uno el idioma. mis hermanos se fueron y ya tienen 45 años o cincuenta de estar allá. Para el primer trabajo que ahí tuve, me llevó un compañero y me dijo, yo lo puedo colocar allí y me llevó, trapeando y trabajando con la escoba en un edificio, era el muchacho del edificio. Había ventajas porque había donde vivir, le daban a uno el apartamento, que era muy valioso y trabajaba uno en el mismo apartamento. Ya después pasé a una fabriquita de telas, cuando ya aprendí a defenderme en New York y a conocer algo,

entonces ya, el viernes, como siempre hacia en Fredonia o en Medellín, me emborrachaba. Yo bebía aguardiente cada que pude. No fumé ni tiré vicio, el aguardiente. pa que voy a negar si me gustaba.

Tenía buen trabajo, tenía un apartamento bueno, más grande que esta casa, para mí solo. Es que yo venía de estar en una finca muy grande en el Bajo Cauca., una hacienda más grande que esta casa y este edificio para mí solo. Allí era el administrador, con tres vaqueros, cuatro mil reses. Entonces ya tenía mi posición, y en Fredonia era el evaluador. Entonces ya me di el estrato que merecía, porque una vez me puse a marcar un ganado y alguien me dijo, ese no es el oficio suyo, usted es el evaluador, le van a enseñar el trato, pero como uno llega como cualquier vaquero allá a desempeñar todos los oficios, entonces tiene uno que tomar la posición, y ya me enseñé fue a mandar. Entonces, ya en New York, ¿qué iba a hacer? Hay trabajos en que hay que volear escoba y trapeadora, claro que estuve como un mes en esas, después estuve mejor y ya lo van amarrando a uno la moneda y las comodidades. Los hermanos míos están allá hace cincuenta años, y mucha gente se va y no vuelve, porque los van amarrando las comodidades. Se gana con que vivir bien, pero los que los cogen esa vida, allá se quedan, porque entonces el viernes llega y se ahorra, yo llegaba ahí el viernes a entregar y no había trabajo el sábado, entonces me emborrachaba el viernes o el sábado por la noche.

Preguntados sobre si se mandaban cartas, dice Emilio, jocoso, que eran cartas de amor ya desteñidas, anotando Gilma que más se escribían las personas en esa época, porque las llamadas por teléfono eran muy difíciles.

Para que sepa pues, no. Era un amor, pero no muy platónico. Un amor muy realista y muy consagrado, porque llevamos 53 años. sin muchos picos y sin muchos mimos y sin mucho abrazo. Pero había cartas que se demoraban ocho días.

No se tenían esas comodidades porque, ¿a qué iba usted a New York? A ahorrar, ahorrar porque se trabajaba toda la semana seguida, Y si podía buscaba trabajo los sábados, bueno, o si no me emborrachaba el viernes, me sacaba el tiempo para mí, estaba soltero, estaba bien lejos en New York, entonces he tomado la vida como es, bebiendo aguardiente, pero muy cumplidor. Ahí están tres muchachos bien formados, hay tres hijos bien educados.

Sobre las cartas, pues yo no soy muy amoroso. Dice Gilma: pero, semanalmente nos escribíamos.

Dice jocosamente Emilio: Llevo ya 53 años en esa lucha, y ¿quién me abandona ya?, ¿quién va a vivir conmigo? yo le pregunto, y la casa ya no le cuadra a nadie porque no es mía, y yo para poderme conseguir otra mujer tengo que darle plata y no hay.

Lo que pasa es que, si uno escribía una carta, se demoraba ocho días en llegar. Pero siempre llamaba uno por teléfono, pero tampoco da para uno ahorrar. Dice Gilma: estos teléfonos sonaban muy de vez en cuando, porque era difícil.

Entonces era misión mía cuando yo estuve allá con los compañeros, yo no voy a hacer comida hoy, hare tinto por la mañana. Es que vivían cinco en un apartamentico. ¿como? Había una cama. Uno dormía en la cama, los otros en el suelo. No ahora, porque ya hay muchas comodidades y se vive muy bien. En ese tiempo, pues buscaba uno una platica. Pero entonces yo en New York no me fui a ahorrar los bienes como le digo, yo porque uno veía a los compañeros y a todo el mundo para los bancos, después de las cinco para llevar los ahorritos de la semana, porque allá pagan semanal o quincenal. Yo no vine aquí a hacer almuerzo para nadie, uno se iba turnando, buscando con quién vivir, uno se va turnando y no voy a hacer más comida para nadie. Hago el tinto en la mañana, después allá en el trabajo le venden a uno el almuerzo. Ya la comida se la rebusca uno por otro lado, porque eso es ahorro y usted va a ahorrar, muchos con muchas ganas de beber aguardiente y no lo beben. Y tienen razón porque allá se va a ahorrar, para comprar aquí la casita o pisar la casita.

Dice Gilma: Apenas pudo, él se independizó y consiguió su apartamentico, y no mandaba plata ni ahorra, pero sí trajo chécheres.

Yo tenía una misión, que no me iba a quedar allá, entonces yo los viernes salía si no había trabajo al otro día, que se lo pagaban a uno doble, entonces, me iba a emborrachar, y sabía defenderme en New York, que es muy difícil, pero conocía las vías. Uno aprende a conocer y a defenderse de la 42. Usted ve en la 42, latinos y en el Bronx todo lo que usted quiera. Usted en New York ve otro mundo, no sé ahora. Eso es otra ciudad de otro mundo, pero uno se descresta, porque usted se va y al otro día está trabajando. No sé ahora. Y hay plata, usted migra ¿Por qué migra? Por el billete, con su trabajo y por una mejor paga, y ese dólar, en cualquier

época ha valido mucho. ¿Quién se viene de allá? Nadie se viene de allá porque lo cogen los dos años. Yo porque no me dejé coger los dos años, el hermano mío que yo me lo llevé, le ayudé a sacar la visa, porque uno estando allá ayuda, se estuvo ocho años. A los ocho años vino aquí y puso una carnicería y se quebró, entonces tuvo que irse otra vez, por Tijuana, a encontrarse con la muerte y allá murió el hermano, a la edad de cincuenta años. Todos los niños que ya estaban jovencitos los pasaron por Tijuana. Tenían visa, pero una visa de niños chiquiticos, pero está la visa. Ya lo que sigue era mostrarla. Yo conservo la mía, pero no la pude encontrar para mostrarla, pero la conservo. A mí, después de que llegué, cualquiera, me dijo hombre véndame esa visa, y le dije, a mí no me va a enredar con eso.

Sobre lo que pensaba de ir a Nueva York, Gilma dice: No, lo que pasa es que en esa época no estaba esa cultura de la droga tan marcada, la gente se iba bien y la gente jornaleaba y... Cuando él se vino aquí, le estaba dando mucha brega ubicarse en el trabajo, entonces él quería volverse para allá y la idea de él, era que nos casáramos, pero que nos fuéramos para New York. Pero por las condiciones de mi familia, no salió el viaje. En algún momento yo tuve que decidir entre casarme e irme a Estados Unidos o quedarme aquí con la familia y preferí quedarme aquí con la familia. Entonces ya Emilio también decidió quedarse, pero la idea de él era volverse. Al año de estar casados, fuimos a New York. Yo tuve la oportunidad de ver cómo vivían allá, los hermanos de él, que ya estaban casados y varios colombianos, y me pareció muy triste la vida de los colombianos allá, porque se vivía con un estilo totalmente diferente a como se vivía aquí en esa época. Hoy en día no, hoy en día aquí se vive lo mismo que se vive allá, pero en esa época uno tenía unos conceptos, unos principios, unos valores muy diferentes a los de allá. Allá el ideal de la gente no era sino dólar, dólar, dólar, conseguir dólar, costara lo que costara, entonces a mí me partía el alma, por ejemplo, ver un domingo en la tarde todos los muchachitos llorando y aferrados de la mamá, ya que ella, para poder trabajar, dejaba los niños con otra persona, toda la semana y los recogía los viernes por la tarde y entonces los muchachitos estaban con los papás el viernes en la noche, sábado y domingo y el domingo en la noche volvían a llevarlos. A mí eso me parecía horrible, hablaba con colombianos que estaban viviendo allá, y pensando pues en que no podían tener hijos; no querían tener hijos, porque primero había que comprar el televisor, el carro, las cosas... y eso a mí me pareció aterrador, entonces en

ese momento yo le daba gracias a mi Dios que no me hubiera ido yo a vivir allá y lo deseché de por vida, porque Emilio en muchas oportunidades quiso volver. Todavía tenía la visa vigente en esa época. Yo me ranché, si se va, se va se usted, yo no me voy.

Aquí se consiguió la casa, se ha tenido, trabajo no falta. Y plata en el bolsillo, no mucha, pero no falta

Cuenta Gilma: Nosotros nos casamos y nos fuimos a vivir a Amagá, donde vivimos cuatro años, cuando yo tuve la oportunidad de vivir en Medellín. Ya el hijo mayor iba a empezar a estudiar, ya tenía que entrar al kínder. Cuando estuve viviendo en Amagá, siempre me consideré de paso, yo no me amañé en Amagá, porque me parecía muy duro, era un pueblo minero, de mucho vicio, muy complicado.



Emilio y su hija Olga Isabel

Pero yo tenía un trabajo que lo tenían muy poquitos.

Continúa Gilma: A mí me pareció muy horrible. Había independencia económica en esa época, pero se presentó una circunstancia, no pudimos conseguir fácil una casa que se ajustara a ese presupuesto y las casas estaban costosas, y yo dije no, pues cómo, si vamos a pagar

eso aquí, por esa misma plata pagamos en Medellín y metí la cabeza y nos vinimos y nunca me arrepentí.

Lo que pasa es que uno va cogiendo impulso, va cogiendo créditos, va cogiendo mando, sin tener mucho y se va organizando. Lo van conociendo en su trabajo o en su punto donde esté.

Sigue Gilma: Yo me vine con los hijos, a los cuatro años, el siguió trabajando allá como comprador de café. Ya estaba trabajando con la Cooperativa de Caficultores, pero venía a la casa una vez por semana. Yo me quedé aquí con los hijos y ya los hijos comenzaron a estudiar. Al tiempo, habían pasado ya por lo menos diez años, cuando tuvo la oportunidad de pasarse ya como empleado al Banco Cafetero. Lo ubicaron aquí en Medellín, pero como era evaluador le tocaba estar viajando por todos los pueblos de Antioquia.

Yo compraba ese café, sí que era bueno, manejando la plata, tuya o ajena. Procuero que no se pierda. Yo manejaba plata ajena, pero la manejé bien manejada.

Termina Gilma: Él viajaba. Entonces muchas veces le tocaban comisiones de semana entera. Después le dotaron de carro, le dieron su carro y fueron muy buenas condiciones en el Banco Cafetero, que fue muy buen patrón, daba auxilio para el estudio de los hijos.

RECUERDOS FOTOGRÁFICOS DE LOS RESTREPO BAENA



Los hermanos Emilio Alberto y Oscar Jaime



Los tres hermanos



Un momento de alegría entre sus amadas mujeres.



Emilio muy colombiano

MIS PRIMOS JÓVENES AMIGOS – ENRIQUE POSADA

Cuando pienso en Emilio Alberto, Olga Isabel y Oscar Jaime, siento bullir la amistad familiar, con todos esos ricos valores; solidaridad, compañía, buena voluntad, colaboración desinteresada, interés, disponibilidad. Escritor y médico familiar, conversador lleno de historias, Emilio; colega, padre y hombre de familia, compañero de trabajo, viajero universal, hombre de ciencia y soñador, Oscar; ingeniera, amiga, fotógrafa, prima entre primas, viajera, centrada y amante hija, Olga.

Ya he dicho mucho sobre su padre, pero ¡qué tesoro es Gilma!, su inteligente esposa, madre inspiradora, paciente, conversadora excelsa, amiga, siempre atenta, al pie de la jugada. Siempre he sentido un estimulante calor humano con todos ellos y una admiración por sus logros.

CAPITULO 9
LA TÍA LUCÍA Y LA FAMILIA ÁNGEL RESTREPO



Mucho han dicho los personajes de este libro sobre la tía Lucía, la mayor de los diez hermanos. Tuvimos la fortuna de contar con una preciosa entrevista con sus hijas, las primas María Eugenia y Rosa Elvira, que nos ha aportado material muy valioso sobre su familia y sobre todo el clan de los Restrepos y de eso trata esencialmente este capítulo. Pero tenemos recuerdos muy cercanos de esta familia, con la cual convivimos durante muchos años, tanto en la mítica finca Providencia, como en su casa de Belén y de La América en el Barrio San Javier (cerca al primer Danubio), en Medellín. Casada con Alberto Ángel, la tía tuvo 10 hijos: Darío y Esperanza (ya muertos), Rosa Elvira (la mona), Guillermo, Gabriel, Gonzalo, María Eugenia, Enrique, Alicia y Rodrigo el menor (también presente en el más allá).



La tía Lucía con Alicia, Piedad, María Eugenia, Luz Alba, Esperanza y Rodrigo y Alberto, hijos de Enrique y Luz Alba

SEMBLANZA DE LA TÍA LUCÍA – MARTHA LIBIA POSADA

En la Calle Arriba del municipio de Fredonia el 4 de diciembre de 1.918 nació Lucía a las 3 de la tarde. Fue bautizada por el Pbro. Martiniano Sánchez en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos los abuelos maternos: Antonio José Escobar M. e Isabel Gutiérrez R.

Se casó el 20 de septiembre de 1.937 con Alberto Ángel Barrientos en la iglesia parroquial Santa Ana de Fredonia. Tuvieron 10 hijos, 6 varones y 4 mujeres.

Era una dama bonita y elegante con piernas bien formadas, que se casó de 19 años con un hombre muy mayor, dicen los antepasados que él tenía la edad de la mamá de la niña, o sea su suegra (La Mamá Elvira). Lucía recorría las calles del pueblo jineteando las mejores bestias, se desenvolvió en lo que se podría llamar la sociedad aristocrática del pueblo en aquellos tiempos.



Lucía y Esperanza

Quedo viuda muy joven, a la edad de 35 Años, con una prole de 10 infantes. Con muchas dificultades y la ayuda de la familia materna, sacó sus hijos adelante, un ramillete de 10 excelentes y cultos ciudadanos.

Excelente hija, adoradora madre, solidaria hermana y encantadora tía que entre hilo, puntada y enredo entretuvo sus días. Cuando sus hijos mayores tomaron su rumbo y la familia se redujo, no aprendió que la cocina ya no tenía que funcionar como en el cuartel que atendía cuando estaban sus diez hijos y por tanto nadie llegaba a su casa y se iba sin probar sus comistrajés de excelente cocinera.



*Lucía y su
hijo
Guillermo*

Al tono de la buena música, un pocillo frío de café, empezó, desbarató y tejió su mantelito blanco de croché. Esto lo recuerdo mientras escuchamos la introducción de esa canción, el Mantelito Blanco.

Manifiestan sus hijas que, a pesar de haber sido una vida difícil para la crianza de tantos hijos, con la ayuda de la Mamá Elvira que se empeñó en que los trajera a Medellín, de primera mano al barrio Belén, fueron saliendo adelante, las hijas mayores, Esperanza y Rosa Elvira, quienes empezaron muy jóvenes a trabajar, y con la influencia de la tía abuela Inés Escobar, dama muy bien relacionada y amiga de gente influyente y buena, pudieron conseguir buenos empleos.

De esta manera colaboraron con el estudio de los hermanos menores. Poco a poco fueron saliendo adelante en buenos trabajos, con la satisfacción del deber cumplido.

Al casarse tan joven con un hombre muy mayor que le dio siempre todo lo mejor, las mejores bestias, bienestar económico, buen trato, no dejó a veces de comportarse como lo que era, casi una niña, y seguro lo enloquecía y él se mortificaba, pero no pasaba a mayores. Siempre se les notó respeto y amor en el trato.

Fue también viajera. Su primer viaje al exterior a USA, donde Esperanza su hija mayor, desde muy joven, emprendió vuelo al país de las maravillas. Viajera fue también por nuestra linda Colombia.

Le encantaba cocinar, tenía una sazón exquisita, completamente abundante en su mesa, todo el que la visitaba era invitado de honor, nadie salía sin que ella le brindara las mejores comidas.

Siempre se la vio entretenida, envolviendo y desenvolviendo hilos, tejiendo sus manteles, muy lindos y laboriosos. Fue una madre encantadora, amó a todos sus hijos, decente, generosa, amistosa y a veces muy graciosa y triscona.

Su hija María Eugenia tiene de ella lindos recuerdos, siempre piensa y tiene el sentimiento de que a ella no le hubiera tocado la solvencia que tienen la tres hermanas y que hoy por hoy le hubieran podido dar. Pero hicieron todo por ella con mucho amor.

Murió de infarto en la Clínica Cardiovascular el 23 de febrero de 1.987 a la edad de 69 años.

LA TÍA LUCÍA – ENRIQUE POSADA

Al recordarla pienso en ese batallón de hijos y en las comidas en el amplio comedor de la casa de la América, donde todos querían comerse la carne que, en mis caprichos, quería dejar de lado porque me parecía gorda. A mí me encantaba que me ayudaran a despacharla, temeroso de que la tía me regañara, aunque en realidad ella nunca lo hizo. Vienen a mi memoria esas sensaciones de abundancia en la finca Providencia, pero también en las casas de Medellín. Es que la tía Lucía disfrutaba atendiendo la gente, sirviendo bastante comida y recibiendo sobrinos, bastante alcahueta con todos nosotros, que salíamos a caminar y regresábamos despreocupados, seguros de que había una casa donde volver y reunirse.

Luego esas sensaciones de acogida, de generosidad y abundancia se transmitieron fielmente a todos esos diez hijos y persisten hasta el día de hoy y seguramente son eternas. Es que una madre deja huellas imborrables a base de actitudes y de ejemplo, huellas que se extienden a sobrinos y eventualmente a sus propios hijos y nietos.

Esta es la magia de la gran familia, de esa preciosa extensión humana que ha tejido los filamentos de nuestras vidas y que aquí agradecemos.

DIEZ ÁNGELES DE LA CORTE FAMILIAR

*Es impresionante la variedad humana,
reflejada en diez hijos, semillas de una joven madre.*

Darío, viajero de las obras nacionales, hombre de los campos abiertos.

Esperanza, madre aventurera, pintora, testigo de ensueños.

Rosa Elvira, la mona, jardinera, de aguda mirada y callada inteligencia.

Guillermo, patriarca, conquistador, campesino y hombre de mundo.

*Gabriel, hombre de proyectos y meditaciones, socio acogedor y
tolerante.*

Gonzalo, caminante soñador, conductor del rebusque

María Eugenia, tan parecida a mi madre, atenta testigo de la vida

Enrique, amigo de juventud, compañero de aventuras.

Alicia, puro sentido común, en lo físico la más parecida a su madre.

Rodrigo, otro amigo de juventud, un misterio siempre.

LOS RECUERDOS DE MARÍA EUGENIA (M) Y ROSA ELVIRA (R) ÁNGEL RESTREPO. APUNTES DE UNA ENTREVISTA

R- Los hijos de Mamá Elvira, la abuela, eran diez. Lucía era mi mamá. Eran todos muy divertidos, les gustaba la música y leer, y les gustaba el traguito. tuvimos mucho que ver con todos. Ellos no estudiaron mucho, los que más estudiaron fueron Rafael, Emilio y creo que Mario. Recuerdo por ejemplo a Luciano. Tomaba mucho trago, fue el primero que se murió, yo creo que de fumar. José Vicente que era el mayor, era un hombre trabajador, de sombrero, narizón, blanco, colorado, de carriel de poncho de ruana, era divertido, le gustaba el traguito y era burletero, se burlaba de todo el mundo.

M -Yo creo que con ellos se aprendió a escuchar música. Fíjese que estábamos chiquitos, esa música colombiana sonando, la música clásica, toda.

R - Aunque no estudiaron eran unas personas inteligentes, sabían conversar, sabían dirigirse a los demás. Ellos tuvieron una finca allá en Venecia, mi mamá Elvira trató de sostenerla, pero la tuvieron que vender. Jose Vicente yo creo que fue de los primeros que se casó, después siguió Álvaro que era un hombre muy buen mozo, también se casó ligero. Alvaro era muy buen conversador, muy boquisabroso, alegre, galante, era un hombre muy agradable. Después recuerdo a Mario, que se fue a andar y nosotros no sabíamos de Mario, hasta que un día dijeron: viene el tío Mario y todos a la expectativa de quien era el tío Mario. Porque él estaba en la costa, estaba andando el mundo, se demoró muchos años por allá y llegó, muy simpático el hombre, muy ffarachero. Fue inspector de policía, ayudó a colocar mucha gente y el que de pronto se dejaba, se lo podía llevar por los cachos, era ventajoso en algunas cosas, y ayudaba a la gente, pero también trataba de sacar ventaja. Si alguien le decía: Mario, necesito un puesto, estoy sin trabajo, él le conseguía el puesto. Pero después iba a decirle que le diera la cuota por haberlo colocado. Del primer sueldo le tenían que dar algo. Ese también se casó ya de edad y se murió más o menos joven, le dio un infarto. Después seguía Bernardo, con él poco tuvimos que ver porque se fue a vivir en Estados Unidos y allá se quedó muchos años. Allá murió y allá quedo su familia, en Los Ángeles. También era un señor muy inteligente, le gustaba mucho leer, le gustaba mucho la música. De Emilio decía mamá Elvira que era el hijo más noble y más querido que ella tuvo. Cuando vendieron la finca, él estuvo muy

pendiente de eso y siempre le ayudó mucho a mamá Elvira. Tuvo muy buenos empleos, trabajó duro, era un hombre muy juicioso, también le gustaba el traguito, pero dejó de tomar. Luciano que era de los menores, era un hombre muy divertido, muy querido, loquito, silbaba muy bonito, él le podía silbar una pieza de música clásica, un bolero, un tango, él estuvo mucho tiempo con nosotros cuando vivíamos en Providencia (la finca de la familia Ángel Restrepo en Venecia), él jugaba con nosotros, se iba con nosotros a andar las quebradas, pero tuvo un tiempo en que como que se enloqueció, entonces nos ponía a todos en la manga, cogidos de la mano, a rezar porque le dio locura muy chiquito, a él le dio locura mística y a él lo llevaron para Bogotá en Sibaté, parece que fue, donde había una clínica de un médico siquiatra muy famoso y él estuvo allá y cuando vino de Bogotá trajo el retrato del médico, porque él le ayudó mucho, lo ayudó a curar. Nunca se casó, siempre estuvo con mamá Elvira, era muy gracioso, se ponía unas pintas muy charras, unos sacos hasta por aquí, y era como un loquito pero muy gracioso era Luciano. Se murió joven, yo creo que no tenía cuarenta años cuando se murió. Recuerdo que cuando él vino tan enfermo estaba trabajando en Urabá, vino de Urabá muy enfermo, a él le dio algo, como con una bronconeumonía, y yo me acuerdo que él lo tuvieron en el hospital de san Vicente, y a allá se murió.

R- *Lo que más recuerdo de mis tíos y de mi abuela cuando estábamos pequeños en Venecia, era que salíamos a vacaciones y siempre se armaba el paseo. Mi papá lo armaba con los mayores, salíamos a vacaciones y todos para el Zarzal, a la finca de la abuela. Recuerdo, creo, dos vacaciones de esas. Íbamos con los hermanos nuestros, Dario, Guillermo, Esperanza y Gabriel. Como mi papá tenía bestias, entonces salíamos todos a caballo para el Zarzal, la casa era una casa campesina de chambranas, vieja, de corredores. No, no tenía balcón, tenía unos zarzos donde guardaban el café, y yo lo que más recuerdo era como nos llevaban en la temporada en que estaba acabando la cosecha de café, en diciembre. En las vacaciones de diciembre, uno veía tantos movimientos de gente. Ahora ya tienen que llamar a la gente para que vaya a coger el café, no eran así por ahí, Había mucha gente, y muchas señoras que ayudaban en la cocina. Recuerdo que se levantaban desde muy temprano, desde las tres de la mañana a hacer todo porque les llevaban al corte, ellos decían al corte, unas ollas grandes con el desayuno, chocolate, arepas, para los trabajadores, entonces yo veía que salían dos señores, los muchachos que ayudaban, con un palo y en el palo iban las ollas grandes con toda la*

comida, primero el desayuno, después al medio día el sancocho. Trabajaban hasta las cuatro de la tarde y se iban.

R - *Cuando ocurrieron esos dos paseos al Zarzal, yo estaba muy niña, tendría seis años me parece. Vivíamos en Venecia en la casa del estanco. A los paseos fuimos con mis tías Ángela y Susana. Mi mamá no fue. También fue Mamá Elvira, y Adelaida Ángel Restrepo, prima de los hijos de Mamá Elvira por los Restrepo. Nos fuimos todos a caballo y allá llegamos a esa finca. También había, enseguida, una finca que había sido de mi papá, que se llamaba El Banco, que se la vendió a un señor don Emilio Upegui.*

M y R – *Recuerdo que, en su casa, Mamá Elvira vivía con dos hermanas, que siempre estuvieron en esa casa, eran Anita e Inés. Anita era como una santica, a ella le gustaba hacer la comida, hacía caramelos, hacía chokolatinas, manzanitas, gelatina negra y blanca en una horqueta, mientras alegaba y estiraba la gelatina. La otra era Inés, Inés no hacía sino tomar tinto, fumar, andar la calle, era amiga de todo el mundo, fue la primera telefonista de Fredonia, con ella se estrenó el teléfono en Fredonia. Era muy orgullosa, de dedo parado. Era muy querida, muy amiga de toda la gente importante, ella conseguía puestos para todo el mundo, y colegios y becas para todo el mundo. A todo el mundo le ayudó porque sus amistades eran muy prestantes, y porque era una mujer muy inteligente, y una señora caritativa. Muy entregada a las personas, yo siempre me acuerdo de ella llegando a mi casa con Luciano. Ella fue la partera de todas las señoras del Zarzal, ella ayudo a traer al mundo muchos chicos y a nosotros, mi mamá nunca fue a la clínica.*

M y R – *Con relación a las tías, las hermanas de mi mamá, fuimos muy amigas de ellas, ellas fueron muy pendientes de nosotros, fueron unas tías encantadoras. Ángela, muy querida, era una mujer de avanzada. Cuando mi mamá se murió, ella, todos los fines de semana, estaba con nosotros, anqué ya éramos pues viejos, ya estábamos mayores, trabajando, después ella salía mucho con mi hermano menor, Rodrigo, eran compinches, de tomar el traguito, se iban juntos y llegaban un poco chiflones. Cantaba, cocinaba, era alegre, una mujer de mucha avanzada, no se veía vieja, ella siempre fue joven.*

M - *Por ejemplo, yo veía a mi abuelita, mamá Elvira, como una viejita. Y mentira, que ella no tenía sino setenta y pico de años, pero era como se*

vestía, con una mantilla, pero también de blusita y faldita. Se amarraba el pelo. No la veíamos con el pelo suelto. Ni riesgos. Nunca se motilaba, así como nosotros, sino que se lo amarraba con una moña. Inés era una señora con el pelito recortado.

***M**– Ángela también le sirvió mucho a la gente, ella cuidó mucho a su hermana Susana que era la menor. Susana se casó, se fue a vivir a Estados Unidos y era muy apegada a mi abuela, cuando la abuela se murió no hacía sino llorar, porque había dejado a mi abuela. Después de eso, Ángela le ayudó mucho con sus hijos, a varios los tuvo en su casa en Medellín, era una gran tía, a nosotras inclusive nos ayudó mucho; porque ella era el paño de lágrimas de nosotros, de todos y ella le colaboraba a todo el mundo, ella fue una excelente persona muy linda. Mi mamá, los sobrinos, la querían mucho, era muy servicial.*

***R** – Mi mamá se quedó viuda de treinta y tres años con diez hijos. Le tocó una vida difícil, pero tuvo una buena vida, a pesar de haber quedado viuda tan joven, pues salimos adelante, todos ayudamos.*

***M** - Pero a mí me parece que la vida para ella fue dura, porque se casó muy joven, con un señor bien mayor, que era viudo, tenía hijos, y mi mamá apenas tenía quince o dieciséis años y el señor tenía cuarenta y pico. Él la contempló y la quiso y le dio todo lo que tenía, entonces, como era tan joven, lo que hizo, en vez de educarla, fue que la maleducó.*

***R**- Porque cuando ella vivió con él, ¡Ave María! Era como una reina, lo que ella pidiera lo tenía. Entonces la maleducó. Mi papá se murió y quedó ahí, sin saber dónde estaba parada. Pasó de la opulencia a la pobreza, digamos. Porque entonces en mi casa yo diría que se llevaba todo por bultos, allá había mucha abundancia. Mientras mi papá estuvo vivo, yo creo que tuvimos una muy buena vida. Siempre lo recuerdo conmigo, fue una época muy linda. Mi hermana Esperanza y yo siempre nos sentábamos en la finca, en un lugar de donde se divisaba todo Venecia, nos sentábamos con él en una piedra.*

***M** – Lo que yo recuerdo de mi papá fue poquito, que me regañaba porque no quería rezar el Rosario, pero me ayudaba a hacer las tareas, armaba las vocales con alambre. Eso es como lo que más me acuerdo de él. Un señor como alto y grande.*

M - Entonces, ya después de su muerte, las cosas no podían ser igual porque algunos de los hijos bien jóvenes tuvieron que empezar a trabajar, a ayudarle a ella a suplir sus necesidades, y cuando en las épocas del señor don Alberto (el marido de la tía Lucía) se compraba un bulto de arroz, ahora llevábamos tres libras de arroz, en esas proporciones. Entonces ella si se sintió demasiado pobre. Para ella eso fue muy difícil, a mí me parece que eso fue un choque muy grande para ella. Le tocó a mi mamá estar sola en vez de estar con él. Cuando él se murió, yo tenía siete años y la mona (Rosa Elvira) once.



Una escalera de Ángeles: Enrique, Alicia, María Eugenia, Esperanza y Rosa Elvira. Con ellos Martha Libia

R – Recuerdo que, en la finca, arriba, había dos piedras, donde él se sentaba a ver a Cerro Tusa y a ver a Venecia y para mi esa época de mi niñez y parte de mi adolescencia fue muy bonita porque tuvimos un papá muy querido. La finca a mí me parecía un paraíso, era muy bonita. Mucho movimiento de trabajadores de la molienda de la caña de azúcar y de la

panela. Era cosa de ver cómo hacían la panela, nos íbamos para esas pailas y no hacíamos sino comer lo que salía del raspado de las pailas. Comernos todas las frutas que había, mangos, zapotes, todo lo que había nos lo comíamos, llegábamos y decíamos, nos vamos para la Sinifaná, descalzos, por esos caminos bajamos desde Providencia, todos, con mi hermano medio, con uno que vivió con nosotros, él nos llevaba a la quebrada y de allá subíamos con costalados de mamoncillos, tamarindos y mangos. Entonces fue una vida muy bonita, una niñez muy linda.

M y R -Era uno más libre andando el mundo, andando las mangas y las quebradas. Para nosotros no había peligros, ni violadores. Era mucho el movimiento de hombres y de mulas cargando la panela. Veíamos tanta gente, tanto movimiento de arrieros y tantos hombres y nunca un arriero de esos nos hizo dar miedo. Nosotros íbamos por todas partes y éramos niñas bonitas. Es que todos querían a mi papá, y toda la gente tiene muy buenos recuerdos de él y querían a mi mamá, entonces a nosotros nunca nos llegó a pasar nada. Él siempre tuvo dos señoras que le ayudaron y un muchacho que le hacía los mandados. Hasta tiempo después de que mi papá se murió, seguimos con el muchacho, hasta que ya nos tuvimos que venir a Medellín. porque ya la cosa era muy distinta. Fue mucho el pesar cuando salimos de allá con el trasteo.

M - Eran unas tierras tan lindas, las quebradas donde uno se bañaba, dejar todo aquello me duele. De eso si me acuerdo, de Providencia.

R – Las tías abuelas iban mucho allá. Anita iba y yo siempre la veía montada en una mula, de lado, de señora. Ella nos enseñaba, ella era maestra y ella nos enseñó “Aserrín, aserrán, las maderas de San Juan...”. Y todas las canciones de la ortografía y sus reglas. Todo cantado. Fue una época muy linda, mi niñez y parte de mi adolescencia. Fue muy triste al llegar a Medellín, tener que trabajar para ayudarle a la mamá.

R- Cuando los tíos Restrepo y la abuela vendieron su finca, recuerdo que mi papá les ayudó mucho, recuerdo que ahí en el trapiche, donde molían la caña y sacaban la panela, los tíos Bernardo y Emilio trabajaban con mi papá. Estaba contando el tío Emilio en estos días, que mi papá le regaló los zapatos y una muda para ir a llevar a la niña María Eugenia al bautizo. Emilio fue el padrino de ella y entonces Emilio no tenía zapatos, entonces mi papá le regalo los zapatos y la muda para que llevara a la niña al bautizo.

R - Algunos Posadas de Caldas fueron a Fredonia y pusieron unos almacenes, uno era de Carlos Posada y el otro era de Gustavo Posada, el papá de Enrique. Recuerdo que yo estaba muy niña cuando Ángela se casó con Gustavo y les voy a decir cómo llego a la finca en la luna miel, muy bonita. ¡Avemaría! estaba yo muy niña, yo tendría cuatro años, pero yo la recuerdo a ella. Se casó con Gustavo y no sé por qué, se fueron a Providencia en la luna de miel. Mi papá les prestó caballos y ella llegó con un vestido rojo, con unas botas para montar a caballo. Me acuerdo

que el vestido tenía como un chaleco. Yo la recuerdo a ella muy bonita, en la luna de miel y fueron a Providencia porque ellos iban a pasar la luna de miel en el Zarzal, en la finca de mi abuelo. Entonces mi papá les prestó los caballos para que se fueran, porque en esa época no había carreteras, eran en bestias que se viajaba. Antes de llegar al Zarzal, había una fonda donde siempre los hermanos llegaban y se emborrachaban, los domingos, todos llegaban a tomarse los aguardientes allá antes de llegar al Zarzal.

R- *Gustavo conoció a Ángela en Fredonia, ella vivía en la casita de la calle arriba, la calle que llegaba al tanque, donde vivió mamá Elvira. Yo recuerdo que yo estaba pasando allá vacaciones y Ángela estaba con sus primas las Ángel, Matilde y Blanca. Estaban bordando porque estaban haciendo el ajuar de Ángela, y ellas se sentaban a bordar y yo chiquita ahí, yo las veía que ellas bordaban y que estaban haciendo cosas, pero yo era una niña, una niñita. y recuerdo que decían que estaban arreglando el ajuar de Ángela, nunca la vi, luego de que se casó (yo no fui a la iglesia, porque seguramente vivíamos en Providencia, mi papá todavía no había hecho la casa nueva, en la casita vieja), allá llegó, en la luna de miel y mi papá les presto los caballos para que se fueran para el Zarzal. María Eugenia ya había nacido, pero estaba muy chiquita y porque a Ángela le toco el nacimiento suyo, y estaba soltera, yo creo, todavía.*

R – *Cuando nosotros estábamos en Medellín íbamos a Itagüí, siempre, en todas las vacaciones nos traían a Itagüí, donde mamá Elvira vivía. Nos encantaban los almuerzos de ellas porque cocinaban muy bueno. Anita cocinaba muy bueno y mamá Elvira también, era unan señoras muy queridas, una abuela muy querida.*

R- *Inés nos arañaba y Anita nos sacaba la lengua, pero era lo más de querida, conmigo era muy querida. Inés era la que peleaba conmigo*

M - *Yo era íntima amiga de Inés.*

R - *Es que Inés tenía las preferidas, a mí no, a mí me arañaba, peleadora. Pero no, aunque era peleadora, uno no guardaba los rencores por eso ni nada. Inés siempre trató de ayudarle a mi mamá, Inés era muy graciosa. Yo me acuerdo sobre mi mamá, ya cuando vivíamos en La América, estando yo ya trabajando y cuando Esperanza, mi hermana mayor, que ya vivía en Nueva York y se había casado, iba a tener la primera niña. Entonces mandaron por ella, por mi mamá. Entonces llego Inés y dijo que no; que cómo iban dejar ese mundo de muchachos solos sin nadie, que la*

Mona se iba a trabajar, que las otras iban a estudiar y quedaba ese mundo de locos solos, que tenía que haber alguien, y ella nos cuidó. Recuerdo las comidas que hacía, las sopas, y todos los días diciendo. Mona, ya planché. Y le decía ¿Inés que ya planchó? En menos de media hora, se sentó en la ropa y la planchó, eran mundos de ropa, de seis hombres y nosotras tres,

M- *Ella era muy querida también muy ejecutiva, rebuscadora, ella mantenía plata yo no sé de donde, la gente la quería mucho y ella tenía amigas muy pinchadas, que yo creo que cada mes le daban plática.*

R - *Ella por ejemplo cuando llegamos a Medellín, dijeron que la Mona y Esperanza tienen que trabajar; y yo decía trabajar, y entonces no puedo irme para el colegio, mi papá siempre decía que apenas terminábamos el tercero de bachillerato en Venecia, él nos iba a llevar al colegio de La Enseñanza. Entonces yo decía, ¿pero por qué no puedo estudiar? Entonces nos metieron a la Escuela de Comercio Remington, que quedaba ahí en Junín con la Playa a Esperanza y a mí, a estudiar mecanografía y taquigrafía y algo de contabilidad. Pues sí, aprendimos a escribir en máquina, yo no pude aprender taquigrafía, y entonces Inés muy ejecutiva nos consiguió puesto. Pero puestos buenos, no en cualquier almacén ni nada. Había un señor que era abogado, que se llamaba Gustavo Arango Escobar, que era de Venecia y era muy amigo de Inés, porque era casado con una prima de mi mamá y entonces ella fue y le dijo, Gustavo usted tiene que ayudarme a colocar las hijas de Alberto, y él le dijo. claro Inesita ¡Cómo no te voy a colocar las hijas de Alberto! Pues sí, en menos de quince días, primero llamo a Esperanza, y ahí mismo la recibieron en el Banco Ganadero (que estaba acabadito de fundado). Ella era secretaria de la tesorería de Venecia. A los días, Inés me llevó donde Gustavo y él me dio una tarjetica para el doctor Alberto Mesa Vallejo (Era el doctor Mesa, en esa época, secretario del Seguro Social y años después, fue gerente de Diagonal, la empresa del algodón). Todavía guardo la tarjetica y decía: Doctor Alberto Mesa Vallejo, la monita es la dama de quien le hablé. Entonces yo le llevé la tarjetica, allá en Cundinamarca con Colombia, donde quedaban las oficinas del Seguro Social. Yo veía eso tan grande y tan miedoso, y subía las escalas y la niña secretaria me pasó donde él y yo le entregué la tarjeta. Entonces él me preguntó: y ¿qué sabes hacer monita? Yo le dije: escribir a máquina, pero no tengo mucha velocidad. Entonces, bueno monita, ya voy a llamar a personal para que te den la lista de tus vueltas para que te coloques, para que las traigas. Y*

así fue, en menos de un mes yo ya estaba trabajando en el Seguro Social, entré el veinticuatro de abril de mil novecientos cincuenta y ocho. ¡Avemaría! Yo digo que la gente era buena porque la gente le enseñaba a uno a trabajar y la gente era buena y lo querían y a uno, muy joven, ni lo manoseaban, ni nada.

R - *Cuando mi mamá quedó viuda, vivimos como seis años solos en la finca. La molienda se acabó y el agua se la estaba quitando a la finca un viejo de arriba, estaba reteniendo el agua, que nos pertenecía, pues, a todas esas fincas, pero en la cogió toda para él. Un viejo rico, aprovechando que no había alguien en la finca de Providencia capaz de enfrentar la situación. Durante esos años, uno vivía como angustiado, esas noches a mí se me hacían tan largas que me daba miedo. Una vez salí al corredor y a mí me tiraron una naranja, ya no había luz, ya no teníamos luz de noche porque, había que apagarla ligero porque el agua se nos estaba acabando, el agua nos la quitaron, y entonces mamá Elvira estaba aterrada y en esa época había empezado mucho la violencia. Había un bandolero en Venecia que se llamaba el Mono Gorila, que atracaba las fincas y todo. Entonces dijo el bandido: yo tengo ganas de ir a hacerle la visita a la viuda de Providencia, Y alguien le dijo, hombre qué vas a hacer allá, si ella no tiene plata, no tiene plata, pero tiene muchachas. Entonces mamá Elvira nos empacó y en menos de un mes, yo creo, nos trajo para acá para Medellín. Sin darnos cuenta, ya estábamos aquí. Y aquí empezamos otra nueva vida. Entonces también le tocó a uno, en cierta forma, algo de violencia ¿cierto? Yo recuerdo que estaba muy niña por allá en los años cincuenta y pico, que vivíamos en la finca y mi papá se sentaba arriba en un llanito donde había unas piedras y se veía todo, se veía Venecia y Cerro Tusa muy lindos, porque el paisaje es muy lindo y en el parquecito viejo de Venecia todavía existen dos estatuas, creo que una era de Gaitán y la otra de Rafael Uribe Uribe, o algún otro viejo de esos liberales. Cuando un día yo vi, estábamos ahí sentados, las explosiones. Les pusieron dinamita a las estatuas y las volaron, ahí en el parquecito. Ahí empezó la violencia. Y decía mi papá, es que son muchos los muertos que llevan al Río Cauca en volquetas. Mi papá era conservador, pero era un conservador a quien todo el mundo quería. Lo querían los liberales, lo quería todo el mundo y Venecia decían que era más liberal que conservadora y Fredonia era conservadora. Entonces, había una pelea, entre los conservadores y los liberales y ahí fue cuando empezó la violencia, y mi papá: ¡Ay que ya vienen los conservadores por don*

Gustavo Cardona y don Roberto Cardona! Y mi papé los escondía, los escondía muchas veces, sería abajo en la tienda yo no sé, en todo caso, los protegía, porque mi papá fue un líder en el pueblo y era amigo de todos y él decía, yo no soy liberal ni conservador, viva el partido radical.

Impresionante el testimonio de estas primas. Apreciamos ese talento para contar y recordar historias, que seguramente continuará por siempre con nuestros herederos.

DARÍO ÁNGEL RESTREPO, EL SEÑOR DE LAS COMETAS – RELATO DE MARÍA EUGENIA ÁNGEL.



A Darío, nosotros y las personas que lo conocieron siempre lo recordaremos por su sonrisa a flor de piel (como diría Martha Libia Posada “como un reflejo”) y por ser simple y llanamente UN BUEN HOMBRE. Sus sobrinos, a su vez lo conocían por su amor por el viento y las cometas. Fue Darío el primer hijo de Alberto Ángel y Lucía Restrepo y el primer nieto de Feliz y Elvira. Nació en Venecia, estudio el bachillerato interno en la Bolivariana, empezó ingeniería civil en la U P B, pero se retiró para ayudar económicamente a su madre que ya estaba viuda. Trabajó en almacenes Sears, de ahí pasó a trabajar en el Ministerio de Obras Públicas, en el departamento de carreteras. Estaban en ese entonces haciendo la carretera a la Costa Atlántica, él estuvo mucho tiempo asentado en Yarumal, municipio donde conoció a Priscila Acevedo quien más adelante se convirtió en su esposa y madre de sus tres hijos.

Se casaron Darío y Priscila en la iglesia de Yarumal, un elegante y bonito matrimonio. Jocosamente Darío contaba que la decoración del templo con blancas azucenas le habían costado, \$900 un dineral en esa época.

Cuando se pensionó luego de una extensa carrera en los campos de la topografía y la construcción de vías, se dedicó hacer y elevar cometas, pasatiempo que le permitió acercarse a sus sobrinos, inventaba sus diseños que llenaba de colores, era todo un artista en este campo, elevando decoradas y grandes cometas que se mecían hacia el alto cielo en medio de los buenos vientos.

De ahí surgió el nombre de Las Cometas para la casita de Esperanza en la vereda el Calvario de Fredonia.

Elevaba sus cometas en Bello, en el Cerro Nutibara y en áreas verdes de la zona de la unidad Villa de Aburrá.

También tenía buen talento para la cocina, nos daba órdenes de como picar los aliños y la carne para los chorizos, era todo un misterio la composición de la masa para los buñuelos, se llevó su receta, la más exquisita, para el reino de los cielos.

Nos ayudaba a doblar la ropa en finquita que teníamos en el Uvital, entre risas, preguntas necias y uno que otro ameno relato. Sus manos calientes asentaban una a una las prendas para guardarlas bien planchadas.

En un encuentro en Venecia, estaba lanzada en sus vestimentas nuestra prima Martha Libia, luciendo una túnica blanca hindú. Le dijo Darío: Mija ¿dónde consiguió esa sotana tan bonita?, Ella le contestó: Y tengo otra negra. A partir de ahí, en cada encuentro le preguntaba por la sotana.

Darío fue operado de corazón abierto, se recuperó y tuvo la dicha de ver nacer a su tercer hijo “Mauricio el grande”, como siempre lo llamó.

Finalmente murió de un infarto.

RODRIGO ANGEL - ALEGRÍA EN EL SUFRIMIENTO SEMBLANZA DE MARÍA EUGENIA ÁNGEL Y MARTHA LIBIA POSADA

Rodrigo el hijo menor de Alberto Angel y Lucia Restrepo, tenía un año cuando murió su padre.

Fue un buen hombre, inteligente, estudioso, trabajador, meditador, lector, muy musical, coqueto enamorado de tantas primas, y lindas mujeres, muy indeciso en todo lo que quería emprender, por eso nunca se decidió a comprometerse seriamente con alguna de sus pretendidas y enamoradas mujeres.



Collage de imágenes y recuerdos de Rodrigo elaborado por Olga Isabel

Desempeñó muy buenos cargos, fue un gran ejecutivo y cumplidor de su deber. Fue el niño consentido de sus tres hermanas, antes y después de su penosa enfermedad, que asumió con valentía, sin enojos; al contrario, le resurgió el cariño y amor por sus hermanas que con tanta bondad y entrega se dedicaron a cuidarlo.



Su carácter fuerte se tornó dulce y cálido, tan sonriente, tan sereno, nos enseñó que la vida cambia en un segundo.

Aprendimos a entender su lenguaje escrito, sus llamados con un silbato de niño, sus gestos. Nos encantaban sus risas, permitió nuestros besos y abrazos.

No perdió su interés por el mundo actual, le encantaba ver las noticias, saber qué acontecía, se le desarrolló tanto el oído, que se enteraba de todos los chismes y cuentos, no se perdía visita, le encantaba ver a la gente.

Sus hermanas lo mantuvieron siempre hermoso, arreglado, limpio, perfumado, al día con sus medicinas, su alimentación y lo más importante su compañía día y noche, su bondad, amor y paciencia con su querido hermano. Mi niño como diría María Eugenia.

Todas las enfermeras que lo acompañaron hasta el final fueron sus ángeles custodios, se enamoraban de él y él de ellas, pues fue coqueto hasta el fin de sus días, le dieron un magnifico a acompañamiento.

Rodrigo amó tanto la música, hasta el día en que le pidió a su hermana Alicia que le pusiera la canción de Hernando y Yesid, Los Libros, apenas los oyó le dijo: “No quiero oír más música”

Sus últimos días los vivió en el municipio de la Ceja, nunca durante su enfermedad le faltó el acompañamiento espiritual de los sacerdotes que le llevaban la comunión a la casa. Fiel televidente del canal Televida, quería comprar todos los santos, todo lo que ofrecían, sus hermanas decían que era el mejor cliente de Televida.

Murió el 30 de octubre de 2014.

GALERÍA DE RECUERDOS DE LOS ÁNGEL RESTREPO



Esperanza y Darío en si primera comunión



Enrique y Rodrigo en dos poses juveniles



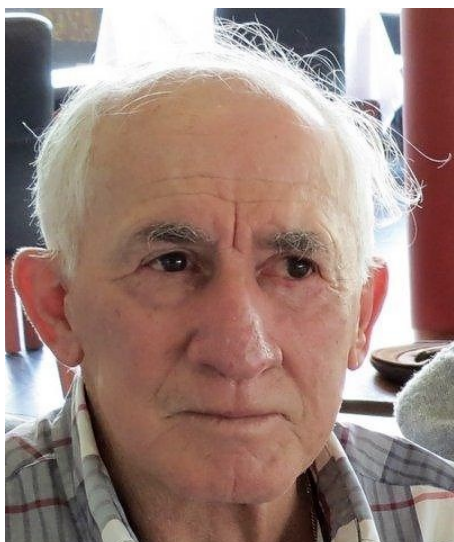
Las cuatro hermanas: Esperanza, Alicia, Rosa Elvira, María Eugenia



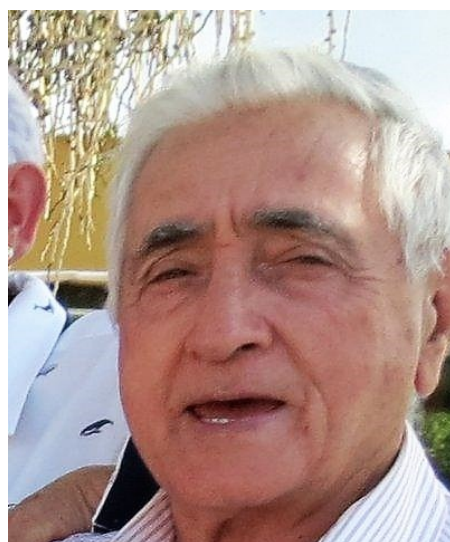
Alicia mirando hacia el espejo



María Eugenia modelando



Gabriel



Gonzalo



Guillermo



Esperanza y sus hijas Ana María y Mónica



Alicia como obra de arte



Esperanza fue una artista de muy buen gusto, con temas llenos de naturaleza, color y delicadeza.

Acá compartimos dos de sus creaciones, adquiridas por Enrique Posada en una exposición de sus obras realizada en el Café Literario El taller



CAPITULO 10

EL TÍO JOSÉ VICENTE Y LA FAMILIA RESTREPO BOTERO



El tío José Vicente, padrino de Enrique, ha aparecido muchas veces en nuestras vidas. Desde la época en que su esposa Carolina (a quien llamaremos con frecuencia Carola) vivía con todos los muchachos en su casa de Belén Granada (junto con sus hermanos Alfonso, el sastre, y Virginia) hasta los muchos años en que fueron vecinos de Enrique en el barrio Alcalá de Envigado, siempre ha existido mucha cercanía entre los Posada Restrepo y los Restrepo Botero. Fue José Vicente todo un personaje, con una vida que transcurrió en buena parte en distintas fincas

del bajo Cauca antioqueño y Córdoba, signada por altibajos económicos y de comportamiento sin que nada disminuyera su gran sentido del humor, su capacidad para gozar con las cosas y su amistosa presencia. Su hija Piedad, que es poeta y escritora, siguiendo una tradición familiar de las dos ramas de sus ancestros, nos ha compartido unas notas sobre la familia, que completamos con nuestros propios recuerdos y semblanzas.

SEMBLANZA DEL TÍO JOSÉ VICENTE – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle larga, del municipio de Fredonia el 10 de mayo de 1.920 nació José Vicente a las 10 de la mañana. Fue bautizado por el Pbro. Valencia en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Rosa Restrepo E. y Alfonso Díaz.

Se casó con Carola Botero Echeverri. Tuvieron 5 hijos, 3 varones y 2 mujeres.



José Vicente con Ángela Rosa Posada

Recorrió Antioquia, Córdoba y el Bajo Cauca, finquero conocedor de extensas tierras que, a lomos de no cualquier potrillo, cabalgó supervisando haciendas.

Hombre de perfil puntudo y aguileño que estaba por encima del bien y del mal, mediando discusiones, frecuentemente con su trago doble de aguardiente en la mano, repartiendo los frutos de su tierra, tarareando y llorando “Aquel recuerdo que no morirá”.

¡Bien se recuerda su imagen de cachucha mostaza en el pasaje Boyacá!

MI PADRINO JOSÉ VICENTE– ENRIQUE POSADA

Ahijado, me llamaba José Vicente con frecuencia, pues era mi padrino de bautismo, siendo mi madrina Mamá Elvira. No podría decir que estuviera muy pendiente de mi vida religiosa o de mi fidelidad con las promesas del bautismo, como en teoría correspondería a los padrinos; pero no me faltaron sus lecciones de vida, dado que era una persona de mucha inteligencia y talento natural para vivir, siempre oportuno con diversos dichos y sentencias de profundo sentido.

Tenía yo unos doce años cuando me envió mi madre, junto con mis primos Mario y Gustavo, hijos de José Vicente, en un viaje en bus de línea hacia Tarazá, a pasar unas vacaciones en la finca “La Frontera” que administraba José Vicente. Cuando llegamos al pueblo nadie nos esperaba al bajarnos de bus, así que empezamos a averiguar y nos dirigimos al parque, donde nos lo encontramos en un bar, departiendo con unos señores. Entonces nos dio refrescos y nos montó a cada uno en una mula y nos despachó solos hacia la finca. Sobra decir que no conocíamos el camino y que yo estaba muy preocupado pues esa la primera vez en mi vida que hacía de jinete. Vistas mis evidentes preocupaciones, él las desechó y dijo que las mulas eran muy seguras, que no nos iban a tumbar y se sabían el camino, que nos dejáramos llevar. Haciendo de tripas corazón hice este aventurero viaje con los dos primos (mucho más tranquilos que yo, seguro por su experiencias previas con su padre en estas incidencias de independencia, en verdad bastante educativas). Como pude me sostuve en la mula, bajando y subiendo por desechos, algunos pantanosos y encunetados; pasando por arroyos y portillos; atravesando bosquecillos y mangas, divisando alguna serpiente y algún zorro. Al fin, luego de unas dos o tres largas horas, llegamos a la casa de la finca.

Las vacaciones fueron toda una aventura, pescando en la quebrada y en las lagunas; aprendiendo a nadar en la quebrada, con mucho miedo a pisar una raya; recogiendo y comiendo frutas, caminando las mangas y los potreros (con mucho miedo de las culebras); viendo al tío capar terneros, en lo cual

era un verdadero experto y manejar peones y vaqueros. Con él salimos a negociar unos predios con unos indios y vi de primera mano cómo ellos vendían sus pequeñas fincas y cultivos por unos pesos y unas posibilidades de cambiar de vida. Recuerdo mucho mis dificultades con la comida, ya que nunca he gustado de los huesos ni de la carne gorda. Y la dieta era arroz, yuca, ñame, suero costeño y carne huesuda y ñervuda. Así que tuve casi dos semanas de dieta vegetariana, rica en arroz mezclado con suero y yuca. Entonces se perdió un par de días el tío, con unos baquianos pescadores, se fue para el Río Man y regresó con una buena cantidad de pescado; bagre, dorada, barbudos (desafortunadamente pescados con dinamita). Ahí se mejoró mucho la dieta.

Por las mañanas se aparecía el tío, muy temprano, anunciando con su característica voz campechana: “Al hombre sin plata la cama lo mata; y si tiene mujer se acaba de joder”, para que nos levantáramos de una, y así lo hacíamos sin pereza.

Cuando recuerdo al tío, viene a mis memorias Carola, su esposa. Ella me estimaba mucho y fue una gran compañera, amiga y ayuda con Luz Alba y nuestros hijos. Y las primas Luz María y Piedad, grandes amigas y vecinas de barrio. Piedad se ha revelado como una escritora y poeta valiosa, llena de recuerdos y sentimientos. Luz María ha sido el ángel de la guarda de los primos, de sus hermanos (y de los hijos de todos ellos), ayudando siempre que puede a conseguirles trabajos y oportunidades). ¿Quién como ella, ostenta el record Guinness de servicios como secretaria de gobierno por muchos años y administraciones en un municipio tan complejo políticamente como Envigado, pero a la vez tan bien administrado?

En los hijos se conoce a los padres. Al final, lo más hermoso del tío es que formó con su esposa un hogar precioso.

Carola en su juventud



RECUERDOS Y SEMBLANZAS - PIEDAD RESTREPO BOTERO.

Mi hogar

Nos contaba mi padre, hace muchos años, como conoció a nuestra madre, la describía caminando por el atrio de la iglesia de Fredonia, como una mujer hermosa de elegante caminar, sonrisa encantadora. Se enamoró y en tres meses se casaron, de esa unión somos cinco hijos, cada uno con cualidades diferentes pero excelentes, formados en el seno de un hogar creyente que ama a Dios, respeta las reglas conserva las tradiciones y costumbres. Nos levantaron con amor y valores., y nos inculcaron el temor a Dios.



Carola y Ángela con Mario, Gustavo y Adolfo

Mi padre José Vicente hijo de la Mamá Elvira y don Félix, padres de conducta intachable con la cual criaron a sus 10 hijos. Vicente se distinguió por ser un hombre gentil, de corazón noble y grande, figura altiva, mirada serena, paso ligero y seguro, muy cariñoso, un poco borrachito, pero así lo amamos, se fue pronto murió a la edad de 65 años, nos dejó sus costumbres.

Mi madre Carolina era hija de Rafael y María Jesús, un hogar formado de valores, tradiciones y costumbres ejemplares, bajo las cuales levantaron a sus 17 hijos. Mi madre era un ser maravilloso, hermosa, valiente, tolerante y abnegada, siempre pronta y diligente. Muy generosa, cariñosa con sus hijos y con la familia. A veces me pierdo en el tiempo y entonces la escucho cantar con una voz hermosa y melodiosa. Se tomaba sus aguardienticos. Le gustaba pasear, siempre tenía la maleta lista. A los 87 años se fue como una hermosa paloma. Es difícil olvidar a los seres amados.

Semblanza de mi padre



Susana y José Vicente

Volviendo mis pasos al pasado, me he puesto a meditar y a recordar como en realidad fue mi padre, un hombre sereno, bueno, amable, leal, entretenido, amoroso, en fin, lleno de cualidades y defectos como todos los seres humanos, pero así lo quisimos y lo queremos, aunque ya no esté entre nosotros. Los recuerdos que quedan son muchos, acompañados de muchas anécdotas que ojalá fuera capaz de

recordarlas todas, fue en ser especial que entretenía con sus historias a quienes lo rodeaban.,

Vicente un hombre a quien querían mucho sus sobrinos, cuenta la leyenda que le encantaba la brujería, tenía un carriel en el que cargaba un muñeco negro y uno rojo, la uña de la gran bestia y no sé qué más, el caso es que

cuando trabajó en la Compañía de Empaques, uno de los muleros llega a su puerta y le decía: por favor don Vicente, ayúdeme, esta mula viene varada. Él sacaba sus brujerías, rezaba las mulas y listo. Las ponía a andar. Se hizo muy popular entre los muleros.

Viviendo en Palotal, un caserío cerca de la Ciénaga de Ayapel, estaba mi padre matando un marrano y mi hermano Mario que estaba muy pelado le pregunto ¿Apá, para qué sirve el cuero del marrano? y él contestó: Jiquerón, para hacer sogas.

Con la falta de empleo le resultó un puesto como Síndico del Hospital de Peque, pueblo liberal a morir y él godo a morir. Esa misma noche lo sacaron en helicóptero, pues lo iban a matar, y todo por política

También contaba mi madre que los viernes que era el día de pago, cuando llegaba a casa bien borrachito, ella le decía: Mijo, la plática para el mercado, y él le decía: Mija me la robaron, o la presté. Mejor dicho, nunca había plata, generalmente lo robaban, ¿quién? No se sabe, entonces mi mamá le decía: Tenés atracador propio,

En tiempos difíciles decía mi madre que lo mandaba a la tienda a comprar los ajustes. Un día lo mandó por zanahoria para hacer unas tortas y cuando llegó dijo: Mija la plata no alcanzó, está por las nubes la zanahoria; y por la tarde le dice mi cuñada Yolanda: Doña Carolina, lo que está muy barato son las legumbres, entre ellas la zanahoria. Y dice mi mamá, este viejo cagao me está cobrando los mandados.

Una vez me dijo: Pelancho (como él me llamaba), como te parece que están vendiendo una territa con casita, muy barata, en la Apartada de Ayapel, cerca de la finca de Hernán Restrepo; vale cinco mil pesos. Bueno, me encantó y la compré. Él se fue para Ayapel a iniciar la construcción de una casa en mi nueva tierra. Era más o menos un galpón con divisiones, el techo lo había pintado de amarillo, me la llamaron la casa del diablo. Y yo para que estuviera entretenido, le puse una tiendita. Se consiguió un ayudante de 12 años llamado Dagoberto y cómo les parece, que, con el poco producido, entre los dos se bebieron la tienda. Me tocó cerrar el negocio y cuando fui a ver como estaba la situación, empezaron a llegar acreedores, y aparecieron hasta cheques sin fondos firmados por Hernán para que les pagara. Yo los mandé para la porra y les dije: Si firmé algo, les pago.

Sigue Vicente en su papel de constructor. Se fue para Pereira a una finquita que compró el primo Guillermo Ángel y le dijo: Vea sobrino no consiga ningún trabajador que yo le hago el gallinero y no le cobro, y así fue. Hizo el gallinero, el cual quedó totalmente torcido. Ni la puerta cerraba y Guillermo dijo: Así lo voy a dejar, y ¿saben qué? Nunca se cayó el Gallinero.

A mi padre le encantaban los sombreros y los supo lucir, se paraba en la esquina del bar Boyacá con un cigarrillo en la boca y un buen sombrero. Pues ¿cómo les parece que todos los días le robaban el sombrero? Entonces optó por una cachucha color mostaza, la que nunca le robaron y lo acompañó hasta su muerte. Mi padre murió de A.C.V (Accidente cerebrovascular) el 7 de abril de 1.983 a la edad de 63 años.



José Vicente en su juventud

Mis hermanos

Mario el mayor, una persona tranquila, siempre se le ve alegre, aunque por dentro su alma se desgarre. Gran lector y deportista. Su hogar está formado por Yolanda su esposa, una mujer luchadora muy abnegada siempre para adelante y tres hijos: Carolina una gran profesional madre de un hermoso bebé, Miguel, en su matrimonio muy estable con Luis, médico y excelente

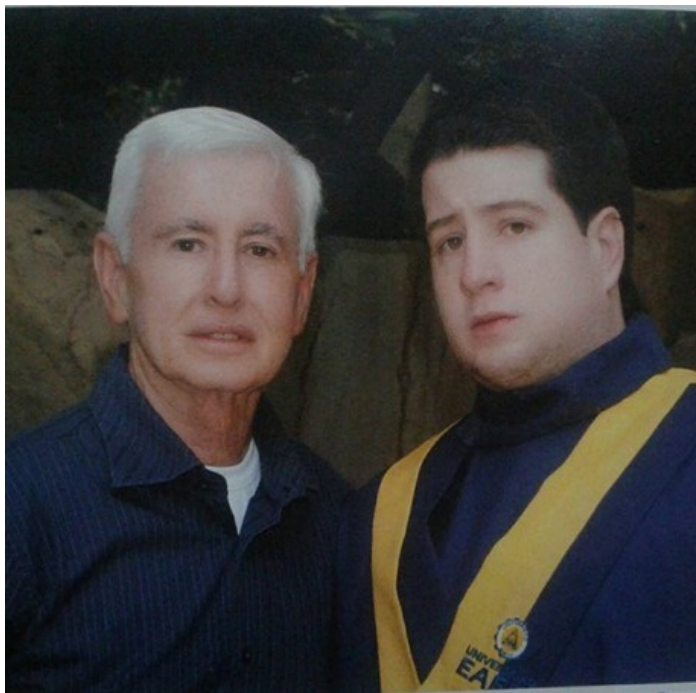
internista, ambos muy trabajadores; su meta es siempre triunfar y lo lograrán. Sebastián, es un joven deportista, un poco difícil, pero lucha por salir adelante. Lucas, es oficial de la Policía, muy profesional en lo que hace; le gusta mucho estudiar, le encanta volar; está casado con Natalia y tienen un hermoso bebé, Martín; Lucas es feliz le gusta lo que hace, es un triunfador.



Mario Restrepo Botero y su esposa Yolanda, con su hijo Lucas

Gustavo un hombre con muchas cualidades, abnegado, no le ha sido fácil la vida, pero lucha y sigue adelante, al lado de su esposa Dora, una gran mujer. Comparten, trabajan, tratan de solucionar las vicisitudes que les trae la vida. Es Gustavo un ejemplo como padre, esposo y hermano. Tiene tres hijos: Jorge Mario, es un gran profesional, tiene sus funciones en contaduría en el Municipio de Envigado, hombre de aspiraciones, con dificultades como todos, con costumbres muy sanas: hinchó enfermo del Nacional. Juan Diego, gran estudiante, brillante hasta el momento en su carrera de medicina, cursa ya sexto semestre; tiene a su cargo dos monitorias, en sus ratos libres, que son pocos, va al gimnasio; su dedicación es grande, sus metas son ser un excelente médico, hacer una especialización, con sus deseos llegará muy lejos. Felipe, es en la actualidad un jovencito que se acerca a sus 15 años; todos los días me maravillo más con él; en el colegio siempre está en los primeros puestos,

es representante de su grupo, colabora en la Iglesia como acólito, es un gran creyente; es un lindo muchacho lleno de sueños y aspiraciones, que también llegará muy lejos.



Gustavo con su hijo Jorge Mario

Luz María. Para mí, es el ser más humano que conozco, una gran mujer, siempre para adelante, sortea con éxito las dificultades, sale adelante en lo que se propone. Una excelente abogada, dedicó mucho tiempo de su vida al Municipio de Envigado donde se desempeñó durante muchos años como Secretaria de Gobierno. Exitosa, generosa, es poco lo que digo, para lo que es en realidad. Tiene un lindo hogar, al lado de un hombre excelente, Jorge, coronel retirado de la Policía. Tuvo un gran desempeño como tal, con reconocimientos en la institución por su desempeño como oficial destacado. Ahora tiene su propia empresa, siempre va para adelante. Sus hijos son: Juan Camilo, un joven profesional, de excelente desempeño como ingeniero de sistemas; innovador, le gusta la tecnología, hoy trabaja para la empresa de su padre y siempre está inquieto con sus ideas para llevarla hacia al éxito; es un joven simpático, ama el gimnasio, al cual le dedica buen tiempo. Daniel joven profesional, economista de profesión,

muy dedicado a su trabajo; es una persona de gran responsabilidad, demasiado maduro para su edad; es muy familiar, le encantan los programas en familia; es quien siempre está presto para todo, es diligente, es lindo, seguirá en su empeño por llegar muy lejos y ser exitoso.

*Luz María, su
esposo Jorge y
su hijo Daniel*



Adolfo. No me es fácil describirlo. Es una persona de etapas buenas y malas. Con esfuerzo terminó su carrera de derecho y termina este año (2018). Comparto mi casa con él. No me ha sido fácil, pero en estos momentos las cosas marchan muy bien gracias a Dios, en esta etapa buena es un excelente compañero. De su matrimonio disuelto hay una hija: Laura. Preciosa niña madurada a la fuerza, no le ha sido fácil, pero es una gran luchadora, excelente estudiante, eligió el derecho; total dedicación, muy madura y responsable, hoy en día vive conmigo y tenemos una muy linda relación; siempre me atiende y escucha y pone en práctica mis consejos, sé que también será exitosa porque es luchadora

Adolfo, orgulloso al recibir su título de abogado

Piedad. Quien les narra. No es fácil describirme, no ha sido fácil mi vida. Comencé a trabajar a muy temprana edad. Esa situación me enseñó a madurar y a tomar decisiones. Nunca me casé, esa es una incógnita en mi vida. No me faltaron los pretendientes, pero tal vez ese no era mi destino. Viví con mi madre desde que nací hasta que ella se me fue. Todos los días la recuerdo como un ser maravilloso. Ya estoy jubilada, pero me siento útil con deseos de trabajar hasta cuando quién sabe. Si alguien me quiere describir por favor hágalo.



La prima Piedad Restrepo Botero, en su viaje de exploración hacia los Estados Unidos, siguiendo las huellas de muchos en la familia, aparece acá con la prima Esperanza Ángel, hada madrina de los emigrantes de nuestra familia hacia las tierras del país del norte. Ambas muy elegantes.

CAPITULO 11

EL TÍO BERNARDO Y LAS FAMILIAS RESTREPO TORRES Y RESTREPO MOLINA



SEMBLANZA DEL TÍO BERNARDO – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle arriba del municipio de Fredonia, el 22 de julio de 1.924 nació Bernardo a las 10 de la noche. Fue bautizado por el Pbro. Marco Antonio Botero en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Isabel Restrepo E. y Luis Alfonso Escobar G.

La juventud de Bernardo transcurrió entre Fredonia y Venecia, allí conoció a Magnolia Molina, madre de sus hijos mayores Catalina y Jorge Luis. Magnolia falleció a muy temprana edad.

Unos años más tarde, conoció a Gilma Torres, con quien contrajo matrimonio el 29 de marzo de 1.958 en la iglesia parroquial de la Estrella. Tuvieron 4 hijos: 1 varón y 3 mujeres. Edgar, Laura Victoria, Lida Cecilia y Patricia.

Un hombre pequeño de estatura, piel rosada, bigote y cabello más bien largo y ensortijado. Lector de muchos libros, conocedor de buena música, amante de la escritura y de tertulias familiares. Orgulloso de sus hijos y fiel enamorado de la “Mía Gilma”. Vivió en La Estrella, cruzó los anchos mares y trabajó en Nueva York y Los Ángeles, grandes ciudades.

Aunque envejeció en tierras extranjeras y terminó como ciudadano americano, no olvidó que en tierras muy lejanas tenía su querida parentela.

Con las manos cruzadas siempre atrás, pensativo y con algunos aguardientes bien tomados caminaba cabizbajo tarareando: Pajarito Cantor decime si es...

EL TÍO DEL HUMOR SERIO– ENRIQUE POSADA

Tuve muchas conversaciones con Bernardo. En mis épocas de estudiante en Estados Unidos, en mis frecuentes visitas a la familia en Nueva York, tuvimos diversas oportunidades de intercambiar ideas. Puedo decir que él tenía una especial capacidad para la escucha y permitía que un muchacho joven y lleno de ilusiones y proyectos le compartiera sus cosas, quedando con la sensación de que respetaba y apreciaba lo que oía. Quizás por eso él también me contaba algunos de sus afanes e inquietudes de inmigrante colombiano, a cargo de una familia en un ambiente complejo, donde el trabajo absorbía la mayor parte del tiempo.

Tenía un gran sentido del humor, que dejaba salir con su mirada seria de ojos penetrantes y observadores, a base de observaciones inteligentes y apuntes agudos, oscilando entre la ilusiones y los sueños y la realidad, a veces dura.

Era un gran cocinero, que armaba cenas con todas las de la ley en su apartamento de Brooklyn en Nueva York, en navidad, año nuevo y acción de gracias. Se apoderaba de la cocina, pero cogió la costumbre de dejar

que me convirtiera en su asistente, al principio vigilante y prolijo en instrucciones. Cuando se dio cuenta de que a mí también me encantaba cocinar, me fue soltando, permitiéndose sus descansos mientras yo vigilaba el pavo y las demás viandas.



Bernardo en el Hipódromo de Aqueduct en Nueva York en uno de los recorridos con Enrique

Con él hice más de un recorrido por Nueva York, ciudad que apreciaba y conocía bien, sin que dejara de manifestar ciertos agobios, que finalmente lo llevaron a regresar por algún tiempo a Medellín, inclusive con su familia. Al final, luego de montar varios negocios, incluyendo el de carnicería, decidió regresar, esta vez estableciéndose en el estado de California, donde vivió sus últimos años en medio de cariño de los suyos. Todos ellos le heredaron esas miradas penetrantes y esas actitudes de observación, que son portales hacia la amabilidad y hacia la acogida familiar, de la cual hemos disfrutado todos nosotros, especialmente mi hijo Alberto, que vivió varios años en Los Ángeles cuando estudiaba sus posgrados y que tuvo en ellos un segundo hogar

No sé si Gilma, con esa hermosa y sentida voz le cantaba algunas canciones, aunque seguramente que sí, pues a mí me encantó más de una

vez con sus cantos, que me recordaban a los de mi madre. Como casi todos los hombres y mujeres de la familia Restrepo Escobar, Bernardo cantaba bien y disfrutaba apasionadamente de la buena música. Al final me atrevo a decir que todos los primos recibimos esas herencias y esos gustos como un gran patrimonio.



En un parque en NY, Bernardo observa atento

Bernardo fue un buen escritor, todos leímos admirados la carta que escribió con motivo de la muerte de Mamá Elvira y que hemos transcrito en nuestro libro, para que esas tradiciones de buena escritura perduren y se recuerden. Su hija Laura gusta de la poesía y nos ha regalado un hermoso poema, que se presenta a continuación

Después de su muerte, pasado algún tiempo, estuve de visita con su familia en California. Sentí un gran orgullo cuando me decían las primas que mis gestos, mi cara, mis canas y mis presencias les hacían recordar a su padre. Especialmente cuando caía en cuenta que tuvimos mucho contacto cuando ellas vivían en Nueva York y en Medellín y yo era casi un muchacho como ellas. En verdad la familia no se pierde.



Bernardo en uno de esos recorridos que hacía en las visitas de Enrique Posada a la familia en Nueva York, cuando este era estudiante.

Bernardo y Guillermo Ángel en las calles de Nueva York



BERNARDO

*Buen padre, abuelo y esposo.
Enamorado del amor.
Respetuoso y considerado de los suyos.
Nada ingenuo en el juego de la vida.
Amante y soñador.
Rabioso a ratos.
Decente hasta morir.
¡Oye! ¡Qué buenos recuerdos nos has dejado!*

Laura Restrepo Torres



*Bernardo,
Gilma y
Patricia,
durante su
primera
comuni3n.*

SEMBLANZA DE BERNARDO - LIDA RESTREPO TORRES

Padre cariñoso, pero sin ser zalamero. Callado, pero con conversación amena y opiniones firmes. Hombre de pocas sonrisas, pero con su mirada sonriente daba su aprobación.

Adoró la música; a los 3 chiflados, a Cantinflas, y las mujeres bellas del cine. Creyente, hombre de fe, y respetuoso. Su familia fue su más grande amor y su estrella principal, la madre, por la cual exigió el valor por encima de todo. Brindó a sus hijos un hogar lleno de armonía y apoyo emocional.

Sus últimos 20 años se los entregó a su familia. A levantarnos para el colegio o el trabajo, alzar el café, dar consejos, visitar los hogares de sus hijos, ayudar a los nietos y sobretodo, ayudar a su esposa, ayudar a la mujer a llegar al trabajo, era su rutina. Domingos familiares fueron parte de su legacia y siempre acompañados con comida típica. Creyó en darle la bienvenida al año nuevo rodeado de sus hijos y nietos.

Bernardo, fue todo un señor. A la derecha. Justo. Digno. Imperfecto, pero siempre noble. Murió en la ciudad de Los Ángeles, el 29 de enero de 1998,



Bernardo y Gilma

RESEÑA CORTÍSIMA SOBRE BERNARDO – JORGE LUIS RESTREPO MOLINA



Jorge Luis y su esposa Luz Helena

Bueno, de Bernardo es poco lo que se sabe. Prestó servicio militar y regresó a Fredonia a trabajar en el campo, Zarzal la finca de la familia. Cuentan o dicen que era un “Tenorio” léase mujeriego y bastante bebedor y alternaba su patria chica con Venecia. No casó con Magnolia y nunca vivió con ella, pero tuvieron tres hijos, el menor murió en Venecia sin cumplir el año, sobrevivimos dos. Las cosas negativas de lo que sucedió con Catalina las obviamos. La familia con mamá Elvira a la cabeza, se vino de Fredonia a vivir a Itagüí, creo que en el año 1957 o 58. Cómo conoció a Gilma, no lo sé, pero casaron, creo, en el 58 o 59 en La Estrella. No sé exactamente en qué trabajaba, parece ser que trabajó en la policía en el antiguo SIC, Servicio de Inteligencia Colombiano y en Rentas Departamentales o la Proveduría Departamental. En el 58 o 59 se fueron a vivir a Urrao, pues le resultó trabajo en La Caja Agraria como evaluador. Yo me fui con ellos, no sé si por un año entero o un poco menos. En Urrao nacieron Edgar Omar y Laura Victoria, creo que Lida Cecilia nació en Medellín. No recuerdo en qué momento se tuvieron que regresar a Medellín, tal vez en el 60 o 61 que tal vez fue cuando trabajó en la policía y en las Rentas. Vivieron en La Estrella y en Villa Hermosa. Sería en el 62 o 63 que voló a los Estados Unidos. De ahí en adelante todo se conoce.



*Nuestros primos Jorge Luis Retrepo Molina y su hermana Catalina con
Lucía, Ángela y Rafael*

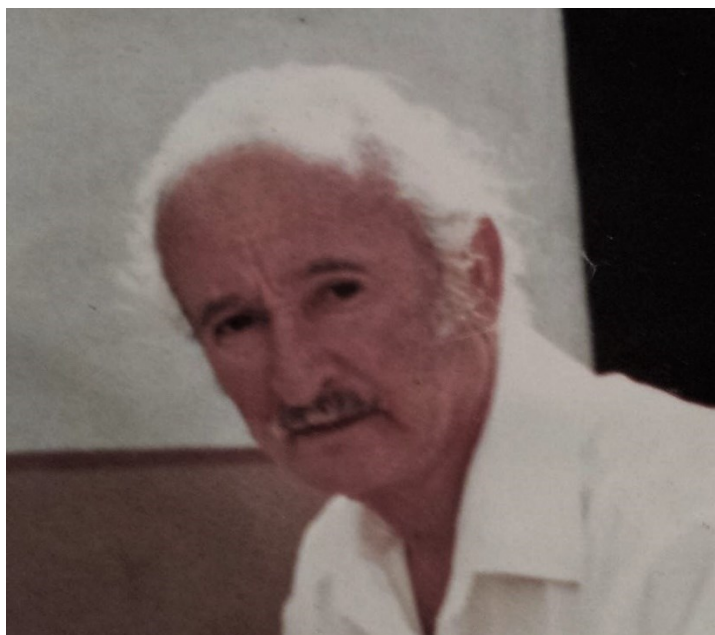


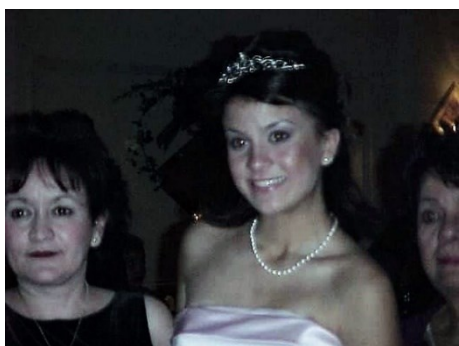
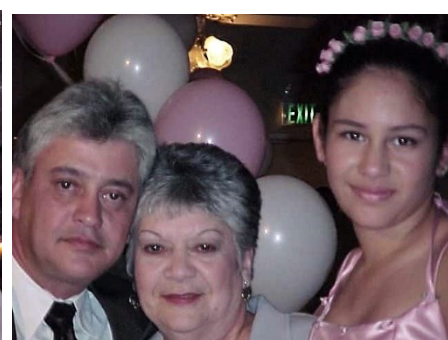
Lida, Edgar, Jorge, Patricia y Laura en Medellín



Gima con Jorge, su esposa y sus dos hijos Alejandro y Natalia

GALERÍA DE RECUERDOS DE LOS RESTREPO TORRES





*Diversas escenas: Hijos y nietos
y Patricia niña*



*La familia Restrepo
Torres cuando todos
vivían en Medellín*



*Patricia en su primera
comuni3n*



Laura y Rudy Rivera



Lida y su esposo Luis Fernando Granados



Laura, Gilma, Ana Maria Gallego, Lida y Patricia. Abajo Ana María y Laura





Gilma, Edgar, Patricia, Laura y Lida



Edgar y Gilma

CAPITULO 12

EL TÍO ÁLVARO Y LA FAMILIA RESTREPO VÉLEZ



SEMBLANZA DEL TÍO ÁLVARO – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle del Hospital del municipio de Fredonia, el 23 de junio de 1.921, nació Álvaro a las 7 de la noche. Fue bautizado por el Pbro. Valencia, en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Castor Correa y la bisabuela materna María Rosario Moreno.

En sus andanzas de juventud, entre Fredonia, Venecia y el Zarzal, tuvo su primer hijo, Darío.

Luego se casó con Genoveva Vélez Escobar el 1 de marzo de 1.943, tuvieron 10 hijos, 6 varones y 4 mujeres.

Hernán, Socorro, Álvaro, José Félix, Juan Guillermo, Ricardo, Maritza, Nora, Gonzalo, Natalia. De ellos Ricardo, Álvaro y Hernán ya han fallecido.

Un hombre muy simpático, apuesto y bien plantado, enamorado y galante con las damas, padre querendón y orgulloso de sus hijos.

Elegante y a tono con la moda, sombrero, carriel y botines bien pagados.

Conocedor de tierras, llanuras y del campo, chalán de lindas bestias, amante de tertulias musicales, cantador afinado del bolero cubano y el son de Matamoros. ¡Qué lindo se reía! Y ¡qué coqueto y bonito nos cantaba La bamba es un frenesí!

Álvaro murió en Medellín, el 31 de julio de 1991.



La familia Restrepo Vélez

EL TÍO FAMILIAR – ENRIQUE POSADA

Con el tío Álvaro realmente no tuve muchos contactos. Naturalmente que lo recuerdo desde mi niñez, un hombre acuerpado, jovial y sonriente, de sombrero, de cara muy colorada. Pero él se mantenía en su finca y vino muy pocas veces a mi casa. Alguna vez que acompañé a mi madre a mercar por el Pedrero, fuimos a un local que tenía en una plaza de mercado adyacente a la de Cisneros, donde creo recordar que tenía una carnicería. Cuando estaba terminando mi bachillerato, hacia 1966, me encontré con sus hijos Ricardo y Álvaro, que también eran estudiantes y como tenía fama de ser buen estudiante, ellos me invitaron a su casa del barrio San Diego, con la idea de que estudiáramos juntos y les explicara matemáticas. En esa forma me acerqué bastante a su familia y sentí la amabilidad de todos, especialmente de Genoveva su esposa. Me di cuenta de inmediato que Álvaro era muy amigo de sus hijos, que lo apreciaban mucho y con los cuales conversaba con frecuencia. Para mí fue un despertar importante, ya que mi padre era una persona más bien callada. Pienso que esa lección la aprendí y la he aplicado todo lo que he podido a mi propio hogar y a mis hijos.

En la casa de Álvaro se escuchaba muy buena música. Allí tuve mis primeros contactos cercanos con el tango y sus cantantes famosos y tradicionales, especialmente prestando atención a esas letras que narran historias melodramáticas con las cuales uno fácilmente se sintoniza. Con Ricardo empecé una amistad, que súbitamente se truncó cuando murió muy joven en un accidente de tránsito. Recuerdo la tristeza infinita de todos en esa familia.

Me quedé desde esas épocas con la imagen de Álvaro como una persona muy familiar, muy cariñosa, muy atenta con su esposa y sus hijos. Por otra parte, tuve la impresión de que fue buen negociante y finquero, emprendedor hombre de campo y de ganadería. Buen conversador y excelente contador de historias.

**ÁLVARO RESTREPO ESCOBAR Y SU FAMILIA - NATALIA
RESTREPO VÉLEZ**



Álvaro y Genoveva con sus primeros seis hijos: Álvaro, Hernán, José Félix, Juan Guillermo, Socorro y Ricardo

Conformada mi familia por Álvaro Restrepo Escobar, nacido en Fredonia, el 23 de junio de 1921, murió el 11 de junio de 1991, casado con María Genoveva Vélez Escobar nacida en Fredonia el 6 de julio de 1.923 y fallecida el 9 de noviembre de 1.987.

Álvaro: Gran ser humano se caracterizó siempre por ser un buen esposo, excelente papá, muy querendón de su familia. Trabajador incansable, realizó todas sus labores hasta que su enfermedad le permitió, un gran lector, y muy erudito en diferentes temas especialmente en las cosas cotidianas de la vida.

Álvaro tuvo una relación extramatrimonial de la cual nació Darío Restrepo Vélez, quien siempre fue acogido en el núcleo familiar.

Si a todos nos preguntan por nuestro papá, siempre diremos que fue nuestra persona favorita, inculcando valores y una muy buena formación dando siempre un buen ejemplo. En conclusión, siempre fue un hombre de gran carisma, y su hogar fue formado bajo el temor de Dios, y el respeto por los demás.

Nuestra casa fue un lugar de encuentro familiar, donde nuestros papás siempre nos recibían con gran amor para compartir unas veladas inolvidables, entre risas, mimos y mucha unión. Siempre daremos gracias a Dios por habernos dado unos padres de una talla inolvidable.

Nuestra familia está conformada así:

Darío Restrepo Vélez

Casado con Amparo Uribe, tuvieron dos hijas mellizas, Catalina Restrepo y María Paulina Restrepo. Actualmente separados.

Hernán de Jesús Restrepo Vélez nació el 02 de enero de 1945 y falleció el 30 de septiembre de 2016. Se casó con Matilde Castro Vélez y tuvieron 5 hijos: Ana María -Sandra María, Hernán Darío, y Andrés Felipe Restrepo.

Luz del Socorro Restrepo Vélez se casó con Jesús María Acosta. Tuvieron tres hijos, Carlos Mario, Isabel Cristina y José Alejandro Restrepo.

Álvaro León Restrepo Vélez (fallecido). Se casó con Aura Nora Montoya, sus hijos Mauricio y Tatiana Restrepo.

Ricardo Antonio Restrepo Vélez (fallecido). Casado con luz Nelly Mesa Acosta tuvieron una hija Lina María Restrepo.

José Félix Restrepo Vélez. Casado con Isabel Cristina Gómez. Tuvieron una hija, Manuela Restrepo.



*Juan Guillermo
Restrepo Vélez*

Juan Guillermo Restrepo Vélez. Casado con Olga Raquel Pretel. Tuvieron dos hijos, María Cecilia y Juan Álvaro Restrepo. Actualmente separados

Nora Elena Restrepo Vélez. Casada con Octavio Gómez. Tuvieron dos hijas, Luisa Fernanda y Carolina Gómez. Actualmente separada.

María Isabel Restrepo Vélez. Soltera. Tuvo un hijo, Esteban, con Johnson Isaza.

Luis Gonzalo Restrepo Vélez. Casado con Maritza Duque. Tuvieron dos hijos Sebastián y María Camila Restrepo. Actualmente separados.

María Natalia Restrepo Vélez. Casada con Javier Ocampo. No tuvimos hijos



María Isabel Restrepo Vélez



Hermanas Restrepo Vélez

CAPITULO 13

EL TÍO MARIO Y LA FAMILIA RESTREPO POSADA



SEMBLANZA DEL TÍO MARIO – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle del Hospital del municipio de Fredonia, el 24 de enero de 1.923, nació Mario a las 10 de la mañana. Fue bautizado por el Pbro. García en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Enrique Correa e Inés Escobar.

Se casó con Esther Posada el 27 de Julio de 1963, tuvieron 2 hijos, Julio Martín y Clemencia.

Fue un hombre bajito, regordete y picarón. Vestido con trajes de colores bien planchados, corbatas de pepitas, camisas de cuello almidonado, puños ajustados con mancornas doradas a la moda.

Recorrió La Costa Atlántica como agente vendedor. Fue inspector por muchos años en pueblos, barrios y ciudades. Montado en la patrulla, pistola al cinto, ejerció la autoridad.

No admitió chanzas burlonas de los Marachos, pero al calor de muchos guaros y su tiple bien templado, recordó la música de antaño, vales y pasillos bien tocados. Recuerdo “Mi casita”.

¡Que elegante de traje azul marino y corbata roja en el matrimonio de Ángela Rosa!

Murió el 4 de abril de 1.986 en la clínica del Rosario, de paro cardíaco.

EL TÍO CONECTADO – ENRIQUE POSADA

Siempre tuve la impresión de que el tío Mario se movía como pez en el agua por los espacios de los empleos oficiales, en diversos municipios y dependencias. Según recuerdo fue inspector, agente investigador, funcionario municipal, entre otros. En razón de tales experiencias fue adquiriendo mundo, lenguaje, contactos. De todo ello se sentía orgulloso y lo hacía valer, en general en beneficio de tantas situaciones que se presentan en una familia tan numerosa como la de nuestros abuelos.

No era muy frecuente verlo en las reuniones familiares en la casa de la abuela en Itagüí, quizás porque se casó ya cuarentón y por ello no tenía en esos años esposa ni hijos que lo acompañaran, era una persona más bien sola, aunque, como todos sus hermanos, listo para el apunte oportuno y el disfrute de la conversación al calor de los aguardientes.

Ya casado, viviendo en Belén en la casa de su esposa Esther en el Barrio Granada, tuve cercanías con él, me invitó varias veces a su casa para conversar y para degustar un sancocho de bagre que afamaba bastante. Mario me tenía en alto respeto y estima. Me invitó a ser el padrino de Julio Martín, su segundo hijo. Yo acepté con gusto e ilusión, era la primera vez que me ofrecían tal honor y responsabilidad. Mi madre fue la madrina. Con alguna frecuencia estuve de visita con el niño y sus padres, antes de irme a estudiar a Estados Unidos, de casarme y perder esos contactos cercanos, sin que realmente hubiera llegado a profundizar en los misterios de este tío a la vez tan extrovertido y tan conectado, como encerrado en sí mismo y solitario.



Julio Martín



*Julio Martín y su padrino
de bautismo Enrique
Posada*



Julio Martín Retrepo Posada, con su madre Esther Posada, esposa del tío Mario

Los hijos de Mario y Esther, Clemencia y Julio Martín Retrepo Posada, niños, al frente de la casa de sus padres en el Barrio Granada de Belén.



RECUERDOS DE MI PADRE - JULIO MARTIN RESTREPO POSADA



Una de las pocas fotografías que pudimos conseguir del tío Mario

Mi papá le conseguía trabajo a mucha gente. Cada que alguien le decía que lo ayudara a colocar, el movía palancas y a los dos o tres días el trabajo estaba listo. En pago de ese favor le daban algún presente y hasta una garrafa de aguardiente. Mi papá, como buen político cobraba su comisión.

Los muchachos estábamos como muy pelados y teníamos un viaje para la costa en noviembre, entonces decidimos desde julio hacer empanadas para recoger el billete. Un día empezamos a fritar las empanadas. Mi papá llegó borracho en un taxi. El chofer tumbó la paila, se perdieron todas las empanadas; el taxista se iba a volar y mi papá, de una, sacó el fierro y le dijo “o pagas o pagas.” Tal susto, el man, apenas vio ese fierro, sacó el billete, pagó la paila y las empanadas.

CAPITULO 14
EL TÍO RAFAEL Y LA FAMILIA RESTREPO HURTADO



SEMBLANZA DEL TÍO RAFAEL – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle Cuba, del municipio de Fredonia, el 25 de enero de 1.933 nació Rafael a las 11 de la mañana. Fue bautizado por el Pbro. Francisco Duque en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Ana Escobar Gutiérrez. y Antonio José Gutiérrez.

Se casó con la señora Cira Elena Hurtado el 25 de noviembre de 1.962. Tuvieron 2 hijas, María Elvira, y Gloria.

Rafael: de los 10 hermanos fue el único que cursó estudios universitarios, se graduó como Abogado en la Universidad Pontificia Bolivariana, carrera y estudios que culminó con Cira Elena como compañera y colega.

Un hombre elegante, apuesto y bien plantado, con una boca y una sonrisa fascinantes, bien vestido, con trajes y zapatos a la moda.

Muy buen lector, conocedor de música y muy sentimental.

Ejerció su carrera en Fredonia su pueblo natal y en el vecino municipio de Amagá, donde vivió muy recién casado. También fue Juez de la República, trabajó en juzgados, conocedor de leyes, sentencias y sumarios.

Nunca le faltaba su séquito de amigos y siempre tenía a quien mandar; le encantaba pasear por pueblos, municipios y veredas, hasta se volvió turista nacional, recorrió el oriente, occidente y sur del país en contadas 24 horas, de paso en el vergel, entra y sale, no pernoctaba ni se quedaba en las regiones, compraba de todo en el camino, llegaba con bultos de productos y parva de no muy buena calidad.

¡Este tío sí que adoró a su madre! Durmió con ella al rincón y al calor de la mamá Elvira el día antes de su boda; no tuvo sosiego, y a mí, que era apenas una niña, no me dejó conciliar el sueño. La llamaba y le decía: “Amá”; Mijo, ella le contestaba, bréguese a dormir; toda la noche en esas para madrugar al casorio bien temprano.

Nunca puedo olvidar el jueves 16 de enero de 1.964. Mamá Elvira y yo estábamos en Amagá, en la casa de Rafael y Cira; dijo mamá Elvira: “Mija vámonos ya”. Entonces él nos contrató un carro expreso porque esos sí que eran caminos de herradura, lloró en la despedida y ella le dio la bendición. Fue un viaje muy tranquilo, pero era el viaje final de la Mamá Elvira. Llegamos a Medellín a las 3 de la tarde y ella murió a las 7 de la noche rezando el Rosario, en la casa de Esther y Mario.

Ya jubilado se dedicó a pasear, por fin salió a otros mares, se fue a la bella Cuba con su séquito de amigos, todos con poncho y carriel y por supuesto al son del Mojito y el ron Havana Club.

Viajaba con frecuencia a Fredonia a su finquita El Zarzal.

Cuando adquirió el primer celular no tenía idea de su manejo, buscó y buscó por donde ponerle la tarjeta prepago para las llamadas. No se grababa ni un solo número telefónico, pero, eso sí, nos enloquecía llamando cuando lograba aprenderse el de alguno de los sobrinos.

Conocido nacionalmente en el Pasaje la Bastilla, en el Bar Colón, en Junín, con la Avenida La Playa, y el Pasaje Boyacá.

EL TÍO JUEZ – ENRIQUE POSADA

De Rafael tengo varios recuerdos que quiero compartir. En alguna ocasión estuvimos en su despacho como juez en el antiguo Palacio Nacional. Nos recibió muy amablemente. Era una oficina muy bonita, con puertas de madera fina. Estuvimos conversando sobre su trabajo como juez, el cual parecía disfrutar y dominar.

Años antes de ello, cuando era niño, iba con mi mamá por el centro de la ciudad, por la calle San Juan con Carabobo y nos encontramos con Rafael que acababa de llegar en una visita a Medellín, desde la Escuela Nacional de Cadetes de la Policía Nacional General Santander y que se disponía a regresar a Bogotá. Iba muy elegante en su uniforme gris de cadete de oficial de la policía, con su kepis y su saco perfectamente planchado. Él estuvo estudiando por algún tiempo en la Escuela de Oficiales, pero eventualmente se retiró para estudiar Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB).

Mediante sus contactos en la UPB, Rafael consiguió puesto para mí en la Preparatoria de la Universidad, lo cual no era fácil, de manera que luego de terminar el primer año en la Escuela Carlos Franco del Barrio Belén en Medellín, empecé segundo año en la Bolivariana. Rafael y mi madre me llevaron al inmenso campus de la universidad y me dejaron solo, en medio de mi nerviosismo, en el patio de la preparatoria, empezando ese día mi continua asociación con la UPB. Siempre he sentido agradecimiento con el tío Rafael por ello.

Ya siendo adolescente y conocedor Rafael de mi gusto por la lectura, me trajo, a modo de préstamo dos libros de buen tamaño y de cierta densidad, que eran parte de su propia biblioteca, pues era un buen lector y persona estudiosa. Eran el Diccionario de Mujeres Célebres, con cuya lectura

aumentó mi afición por la historia y mi admiración por las mujeres y por su papel determinante en la humanidad; y un estudio de Luis Nueda, llamado Mil Libros, en el cual el autor presentaba el resumen de los libros que había leído en su vida, unos mil treientos, bastante bien escogidos, pues incluían todos los grandes autores y todos los grandes libros de la antigüedad y de su época. Este fue un libro determinante para mí no solamente como ayuda en mis tareas e investigaciones de estudiante, sino como inspiración en mi entusiasmo por la lectura y en mi visión de los libros como el mayor regalo de la vida. De allí sale mi decisión de regalar buenos libros a mis hijos, familiares y amigos cuando aparezca la ocasión y de impulsar socialmente la lectura. Nunca me reclamó el tío los dos libros, mas bien me los regaló cuando hablamos del tema, y todavía los conservo como tesoros.



Rafael y su esposa Cira Elena, en un precioso momento

En otra ocasión, en mi temprana juventud, en alguna reunión, el tío Rafael sacó una guitarra y se puso a acompañar las canciones del grupo. Para mí fue como una revelación y hablé con mi mamá sobre la posibilidad de que me diera una guitarra y así conseguí mi primer instrumento, fabricado en Marinilla y se inició mi afición por los instrumentos musicales. Ya la idea de cantar la tenía conmigo, herencia directa de mi madre. Es mucho lo que he disfrutado de la música y a estos dos hermanos Restrepos y a otros tíos hay que agradecer esas sutiles orientaciones, incluyendo el gusto que siempre he tenido por la que ellos llamaban la “música vieja”.

Quero rematar mis recuerdos del tío Rafael, hablando de su esposa, Cira Elena. Era bonita, sonriente, muy buena conversadora y atenta. Cuando terminé mi bachillerato y empecé mi carrera universitaria, me sugirió que enseñara matemáticas en el Liceo Antioquia, un bachillerato femenino situado en una vieja casona de la calle Ayacucho, subiendo hacia Buenos Aires. Resulta que ella era profesora allí y que el rector del Liceo era su padre, un prestigioso personaje del Departamento de Caldas, el doctor Juan Hurtado. Armado de valor y con verdadero espíritu de aventura docente, acepté dar clases de Álgebra y Geometría en los últimos años de Bachillerato y así lo hice un par de años, antes de retirarme para emprender viaje hacia Estados Unidos para continuar mi carrera. En esta forma se sembraron las semillas de mi continua vocación por enseñar, que ha perdurado abierta o escondida en casi todas mis actividades.

Así es la vida en la gran familia extendida. Vamos recibiendo influencias, sugerencias, regalos. Oímos conversaciones, vemos ejemplos, somos testigos. Aprendemos a vivir. Y agradecemos.

SEMBLANZA DE LA FAMILIA RESTREPO HURTADO – MARÍA ELVIRA RESTREPO HURTADO

Hogar conformado por Rafael Restrepo Escobar nacido en Fredonia, Antioquia, el 25 de enero de 1933 (el menor de los hermanos Restrepo Escobar) y Cira Elena Hurtado Giraldo, nacida el 7 de julio de 1937 en Manizales, Caldas. Se conocieron en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín siendo estudiantes de la Facultad de Derecho.

Aún sin recibir su grado profesional, se casaron en la iglesia de Nuestra Señora de Los Dolores del Barrio La América en Medellín, un noviembre de 1963. Un tiempo más adelante recibieron sus títulos de abogados de las manos del recordado Monseñor Félix Henao Botero. Rafael comenzó su

ejercicio laboral en los juzgados de Fredonia dedicado especialmente a los temas de carácter penal, mientras que Cira Elena por su parte decidió acompañar a su padre, Juan Hurtado Henao en el oficio de la docencia.

SE GRADUAN LOS ESPOSOS RESTREPO-HURTADO



En solemne ceremonia que se efectuará en el día de hoy en el aula máxima de la Universidad Pontificia Bolivariana, monseñor Félix Henao Botero, conferirá el título de doctores en Derecho y Ciencias Políticas, a los distinguidos esposos Rafael Restrepo Escobar y su señora Cira Elena Hurtado de Restrepo. Los nuevos profesionales presentaron para optar su título, una interesante tesis conjunta, denominada "Lexicografía Médico-Legal", la cual fue objeto de elogiosos comentarios de parte de su director de tesis y jurados de la misma, doctores Antonio Osorio Isaza, Gustavo Gómez Velásquez y Germán Botero Eastman. Actuó como presidente de tesis, el doctor Samuel Barrientos Restrepo.

Nota del periódico El Colombiano sobre el grado de los Restrepo Hurtado

Durante años Rafael fue creciendo en su carrera profesional y laboral hasta llegar a los Juzgados de Circuito en el Palacio Nacional de la ciudad de Medellín, donde alcanzó a recibir su jubilación. Hubiera querido llegar a la máxima instancia como Magistrado de la Corte, pero sus graves problemas de salud no le permitieron poner a disposición de la patria toda la capacidad que tenía para el servicio a la justicia. Cira, también alcanzó

a recibir su jubilación, dedicada por años a las aulas, la tiza y el tablero y por supuesto a cientos de alumnos que aun los que viven la recuerdan por sus amplios conocimientos en filosofía y literatura y por su sonrisa envidiada por muchos.



La familia Restrepo Hurtado: Rafael, Cira Elena, María Elvira y Gloria Cecilia

De la unión de Rafael y Cira Elena nacieron sus dos hijas María Elvira el 13 de julio de 1965 y Gloria Cecilia el 15 de junio de 1969. La mayor estudió Administración Turística y desde siempre se ha dedicado a laborar para este gremio de la aviación, la hotelería, y los viajes. Gloria Cecilia estudió sicología con especialidad en el área clínica y su desempeño laboral fue enfocado a la consulta de pacientes depresivos y con dependencias sicoactivas, a la docencia -igual que su madre y abuelo- y a las ayudas sociales siendo miembro activo de la defensa Civil en Antioquia. Gloria Cecilia se casó con Eduard Parra Tarra en 1994 y de esta unión nació su hijo Juan Camilo Parra Restrepo en abril 24 de 1995. Al año siguiente y celebrando el cumpleaños de María Elvira el 13 de julio de 1996 muere Gloria Cecilia en un inesperado suceso de muerte súbita. No

pasados 2 meses de la muerte de Gloria, pasa otro desafortunado evento y muere Cira a raíz de un accidente cerebro vascular que estamos muy seguros fue contraído a raíz de su profunda tristeza que la acompañaba desde días atrás.

Rafael, por su parte, continuó su vida de tertulia, contador de historias en las tiendas de los barrios, emprendedor de viajes relámpago cada vez que se le antojaba, serenatero y cuenta chistes con gran sentido del humor y siendo partícipe activo de lo que más le apasionaba, su afición por los toros. 18 años después de la muerte de Cira y Gloria Cecilia, Rafael, parte al cielo un 30 de diciembre de 2014 en la Clínica El Rosario de El Tesoro en Medellín.

De los Restrepo Hurtado, 3 de ellos ya están en el cielo y son los ángeles guardianes de María Elvira y Juan Camilo quienes conviven con solo los buenos recuerdos de ellos por su alegría, buen humor, servicio y generosidad por los demás y por sacar el mejor provecho de su legado para ser personas bien formadas y de servicio para la sociedad.



María Elvira, una de sus tías y Juan Camilo

Juan Camilo está muy cerca de obtener su título profesional como Politólogo en la facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia y espera continuar sus estudios de postgrado en el área de investigación; además de tener afinidad por la docencia, los estudios electorales y relaciones internacionales. Por su parte, María Elvira sigue

trabajando en el gremio turístico, prestando asesoría y acompañamiento en el diseño de viajes de vacaciones para Viajes Veracruz en la ciudad de Medellín.



Momentos de María Elvira y su gran amiga Olga Isabel

CAPITULO 15

EL TÍO LUCIANO



SEMBLANZA DEL TÍO LUCIANO – MARTHA LIBIA POSADA

En la calle Cuba del municipio de Fredonia el 16 de julio de 1.927 nació Luciano. Lo bautizó el Pbro. Samuel Álvarez en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Aurelio Restrepo y Amalia Vélez

Fue un hombre soltero, de un estilo peculiar, gracioso, oportuno, de respuestas acertadas de fama nacional; inteligente, muy buen lector, era una caja de música con sus relatos de hombre historiador. Silbaba, escuchaba la música clásica y recitaba. También cuidaba casas y de pequeños nos acompañaba.

Se movió en un ambiente de amigos y de familias muy prestantes, cuidó haciendas, entretenía a la gente con sus cuentos y relatos.

Como era tan pequeño de estatura, los sacos le quedaban siempre grandes, los puños le tapaban hasta las manos, los bolsillos le pesaban porque siempre estaban llenos de mecato, no le faltó la media de aguardiente que camuflaba en el bolsillo de atrás del pantalón, que siempre usó como Cantinflas, el artista de cine mejicano.

No le tocó envejecer, ni fue testigo de los cambios tecnológicos de esta época, pero su vida la vivió a su estilo de hombre rebelde, de pelo largo, siempre a media caña, con la uña del pulgar más de larga, el pañuelo arrugado secándose las lágrimas. Nos dejó la receta de los chorizos deliciosos, el encurtido inigualable y un montón de sacos de mangas extra largas.

Murió el 4 de febrero de 1.968 después de una larga enfermedad, en el hospital San Vicente de Paúl. A la edad de 41 años.

EL TÍO BOHEMIO – ENRIQUE POSADA

Este sí fue un tío bien distinto. Fue el único que no se casó. Tampoco tuvo un trabajo estable. Lo recuerdo como un personaje indefinible, que siempre me causaba inquietudes y preguntas, atrapado por su propia inteligencia y por su afición al alcohol, buscando acomodos diarios, es decir, viviendo cada día como una especie de aventura libre, a la vez triste y alegre.

Podría explicar mis sentimientos contando que en alguna ocasión pasaba en bus por la carrera Palacé hacia las 11 de la mañana. El bus se detuvo y vi parado el tío Luciano por allí. Lo llamé, él se acercó. No sé por qué, pues él era un tío mayor que yo, apenas un jovencito, me metí la mano al bolsillo, saqué unos pesos que tenía y se los entregué. Los recibió con gusto, el bus arrancó y me quedé mirando y pensando, con alguna vergüenza, quién era yo para dar dinero al tío Luciano en las calles de la ciudad.

Era un buen conversador y sabía de muchos temas, pero detrás de ello, se notaban los destrozos del licor, pues combinaba su brillo y su agudeza mental, con cierta incoherencia, con ocasionales ofuscamientos y rabias incipientes.

Años después, cuando había terminado mi bachillerato, Luciano se enfermó gravemente. Ya había muerto la abuela y él vivía con las tías Inés y Anita en la casa del Barrio Granada. Recuerdo que me ofrecí para dormir en la casa y ayudar con el cuidado de Luciano, junto con el primo Gonzalo durante una noche. Terrible noche fue esa. Él experimentaba crisis de tos y nosotros le limpiábamos la boca y la nariz y le recogíamos sus flemas y sus esputos. Yo me sentía muy extraño e incapaz para ayudar en estas cosas y tuve que poner en ello toda mi fuerza de voluntad. Apenas sí pude dormir. Recuerdo en su cara los gestos del dolor, la angustia del sufrimiento, el rostro de la enfermedad.

A los pocos días lo internaron el Hospital San Vicente de Paul, tradicional institución de hermosa arquitectura que por primera vez visité, al momento de su muerte, sucedida a los pocos días.

ANÉCDOTA DE LUCIANO – BERNARDO ISAZA

Estaban en Popalito en la finca de los Isaza Correa, arreglando el bautismo de una hija de Bernardo Isaza. Eran tiempos difíciles para bajar de la finca a lomo de mula, o caminando al pueblo, Barbosa.

Motivo por el cual llegaron tarde a la iglesia donde sería la ceremonia. El reverendo, muy enojado, los regañó y les dijo que ya no bautizaba la niña. Estos señores además de llegar tarde estaban un poco pasados de copas, le suplicaron tímidamente que bautizaran la niña, pero ningún motivo convenció al reverendo.

Luciano inseparable compañero de los Isaza dijo en tono muy enérgico: ¿Qué problema hay, acaso a Juan Bautista no lo bautizaron en una pila? ¡Pues aquí está esta! ¡Yo me encargo de echarle el agua bendita y se acaba el problema!

El reverendo atónito dijo, traiga la niña, yo la bautizo.

CAPITULO 16
LA TÍA SUSANA Y LA FAMILIA MEJÍA RESTREPO



SEMBLANZA DE LA TÍA SUSANA – MARTHA LIBIA POSADA

El 16 de mayo de 1.931 en el municipio de Fredonia nació Susana a las dos de la mañana. Fue bautizada por el Pbro. José de la Cruz Duque, en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Germán Restrepo e Inés Escobar.

Se casó el 22 de diciembre de 1952, con Alfredo Mejía García. Tuvieron 5 hijos: 2 varones y 3 mujeres, Jairo, María Isabel, Estela, Bertha Luz, Alex.

Era una mujer de estatura pequeña, de pechos sensuales y cuerpo bien formado. Vestía siempre fino y a la moda. Muy pinchada, siempre tan arreglada y perfumada, le encantaba mostrar sus pies y manos con uñas bien pintadas.

Muy joven, se fue a vivir en la ciudad de Nueva York, allí levantó sus hijos y también dio a luz a Alex, como decían los de antaño, el hijo de la menopausia.

Estando en esas lejanas tierras murió su madre, nuestra abuela Mamá Elvira, ¡Fue lo peor! No volvió a concentrarse en nada, se sentó al pie de la ventana, en el taburete que ella misma bautizó Serapio, lloró y lloró, nadie la pudo consolar, ni su esposo, ni Bernardo ni Gilma Torres su cuñada.

Transcurrió el tiempo, que como decían ellas, es el mejor amigo; trabajó como camarera en hoteles de renombre, conoció y entabló amistades con los queridos boricuas, y de todos ellos sus dichos y vocablos se aprendió y también ejerció con gran propiedad la profesión de pitonisa, leyendo el cigarrillo y las cartas

Viajera, enamorada de la música, cantora a dúo con una voz linda y melodiosa, no le importó mucho aquello de los libros, recitaba, fue de obras de teatro, dramática y extensa en sus historias, con una memoria prodigiosa, muy graciosa y oportuna y con las respuestas siempre a flor de piel. Una mujer cariñosa, querendona y de vida familiar, buena amiga, linda tía y orgullosa de su raza.

Regresó después de mucho tiempo a su tierra natal, enviudó y luego retornó a Miami donde vivió los últimos años junto a sus hijos. Soportó la operación de corazón abierto y la de prótesis del fémur. No me tocó la muerte de mi adorada madre, pero sí la de mi linda tía.

LA TÍA CREATIVA – ENRIQUE POSADA

Conviví mucho con la tía Susana. En mi niñez, las dos familias éramos vecinos en Belén, la de ella en el Barrio Granada, cerca al Colegio San Juan Bosco, la nuestra en Belén Terminal. Con frecuencia íbamos a su casa, como parte de las caminadas que hacíamos por todo Belén. Recuerdo a sus hijos nacidos en Medellín, algo más jóvenes que yo, con los cuales la tía salía bastante, pues gustaba de la calle. Más de una vez montamos juntos en bus y ella se alzaba las niñas y trataba de pasarlas por encima de la máquina registradora, para no tener que pagar por todos ellos. Yo miraba la escena entre admirado y avergonzado, al ver los talentos de la tía para convencer al chofer que todos eran muy niñitos y que no tenían que pagar. Siempre se salía con la suya.



*Susana e Inés,
modelando con sus
disfraces*

Es que ella era un jardín de talentos. Cuando estábamos en grupos familiares, sus historias eran largas y divertidas, hacía que todos se murieran de la risa, incluyendo a los niños y a los jóvenes.

Nos relató muchas anécdotas de su vida de emigrante en Estados Unidos, de los oficios que tuvo, de las personas que conoció, de las aventuras que

tuvo y de la forma en que se salía de distintos enredos y problemas. Gozábamos especialmente cuando nos contaba sobre los cubanos y los puertorriqueños, a quienes imitaba con gracia; o cuando nos contaba sobre sus aventuras como adivina y hechicera y cómo hechizaba a los inocentes

que se encantaban con ella. A través de esas historias se dejaba ver su talento para acercarse a los seres humanos, para sentir sus angustias y para ayudar a convertirlas en episodios, en comedias y en anécdotas, más que en tragedias y dramas.



Susana, Bertha Luz, Estela, Jairo y María Isabel, en la foto del pasaporte familiar

Recuerdo cuando logró salir para Estados Unidos, con las tres niñas en sus abriguitos para el frío y con Jairo el mayor, muy convencido y orgulloso. Impresionante aventura, que llevó a que su familia se volviera universal y a que pudiera vivir otras vidas, inesperadas y desafiantes. Luego sufrió mucho cuando se volvieron adolescentes en crecimiento en la ciudad de Nueva York, lo que llevó a que los enviara para Colombia, a mi casa, por varios años, mientras crecían y maduraban, lejos de los riesgos de la droga que abundaba por esas tierras.

Ya en mis tiempos de estudiante en Estados Unidos, me recibía en su casa durante los distintos períodos de descanso que se tienen en las universidades en dicho país. Allí pasé momentos muy agradables, conversando, comiendo arepas y saliendo a caminar y a hacer deporte con los primos y primas, que ya eran hermosas jóvenes. Igualmente conversaba con Alfredo, su esposo, una persona bastante dicharachera también

Fue tanta la cercanía entre las dos familias nuestras, que Estela y Jairo, los primos, se casaron con Alberto León y Ángela Rosa, mis hermanos. De

cierta forma es la continuidad de tradiciones antiguas en estas familias. Yo hice de casamentero entre Estela y Alberto León, desde mis tiempos de vacaciones en Nueva York, con ayuda de algunas bellas fotografías que supe enviar y comentar.

Acá estoy con la tía Susana en su apartamento de Nueva York



Con la tía Susana y Estela, en una de mis visitas como estudiante a su apartamento en Brooklyn

Ya para terminar estos recuerdos, vuelvo a mi niñez. Tenía yo un cuaderno grande donde hacía dibujos de personas y bosquejos. Por alguna extraña razón se me ocurrió escribir una poesía (primera vez en mi vida) y mostrársela a la tía Susana, junto con los dibujos. Ella no armó nada gracioso con ello, sino que alabó mis esfuerzos y mi pequeño poema. Yo me sentí muy bien, muy estimulado y siento que pequeños detalles como esos dejan huella en la vida personal. A ella le dedico esos versitos de niño, que nunca se me olvidaron:

*Oh bella flor del campo
que brillas en la espesura
mostrando entre tus pétalos de encanto
el suave néctar de la dulzura*

Creatividad y poesía, bellos regalos de una tía que hechizaba, que hacía teatro, que cantaba, que se disfrazaba y que contaba historias, que siempre encontró razones para gozar la vida.

MI MADRE – BERTHA LUZ MEJÍA RESTREPO

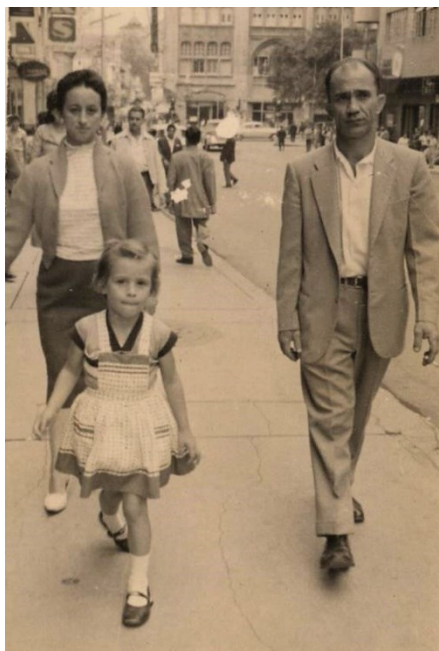


Ahora que estoy adulta, o sea más vieja, me he dado cuenta que me volví mi mamá, me veo repitiendo mucho de sus dichos, por ejemplo: “Tengo hambre, deben ser las 12”, y veo en mi nieta Ada Luz, que su bisabuela se reencarnó en ella. Duermen igual, se ríe como ella y cuando me pide que le haga frijoles dice igual que ella: Frisoles.

La extraño mucho, fue muy graciosa y es un halago cuando me dicen que heredé su sentido del humor. Y este humor se ve en mis hijas y nietos.

RECUERDOS – MARÍA ISABEL MEJÍA RESTREPO

Mi madre, siempre tan oportuna y graciosa, me hacía reír tanto, tengo muchos recuerdos lindos de sus oportunos dichos. Recuerdo, cuando estaba en el 8 grado en Santa Teresa de Ávila, todas las noches, tenía tarea de matemáticas, multiplicación de 3 y 4. Mi amigo Patrick me colabora y me enseñaba. Un día no pudo ayudarme y mi mamá se ofreció (¡grande error!) La respuesta de cada multiplicación fue cero. Le dije, esas respuestas no parecen correctas. Nos reímos mucho, desde eso fue mi papá el que me ayudaba en las multiplicaciones. Lindos recuerdos, me río siempre con gracia y con mucho amor.



*Susana, Alfredo y María Isabel
en la carrera Junín*



María Isabel

SUSANA MI MADRE – ESTELA MEJÍA RESTREPO

Susana mi madre, la niña de Mamá Elvira y diría yo, la consentida. Tengo recuerdos graciosos de mi madre, llorando a su llegada a este país, con un frío invierno y con un buen fiambre que le preparó su madre Mamá Elvira: Arepa Antioqueña para comer en Los Estados Unidos.

Fuimos 4 hijos al pie de mi madre, recién llegados a esta tierra lejana y salía ella con su recua. Si, por cosas de la vida, teníamos sed, su respuesta era "Traguen saliva" y así era porque el refresco no aparecía.

Son muchos los recuerdos de mi madre linda, que, sin darse cuenta, se acopló a la vida, difícil en principio, de estos mundos nuevos en este maravilloso país. Ella fue como una caja de música, graciosa y muy entretenida, con una voz a dúo especial de hermosa.

Cuento esta anécdota que siempre la contaba dramáticamente: Le encantaban sus traguitos y le hacía compañía a Héctor, esposo de María

Isabel, y en una de esas, va al baño y su caja de dientes cae. Héctor para ayudar, quiere vaciar el baño y ella, en su desespero, le quita el brazo, pero él insiste en ayudar y logra su acción y por ahí derecho, se va la caja de dientes.

Fue elegante, coqueta y chistosa.

Amante a la música, amante de sus nietos y orgullosa de sus hijos. Mi divina madre Susana.

Murió en la ciudad de Miami el 22 de noviembre de 2003 después de una larga enfermedad, a la edad de 72 años.



Estela y Bertha Luz en su infancia

GALERÍA DE RECUERDOS DE LOS MEJÍA RESTREPO



Susana y Alex

Alfredo y Susana



María Isabel, Angela Rosa y Estela en el techo de la casa de los Posada Restrepo en Manrique



Héctor y María Isabel



Stephanie Mejía y su hija Penélope



Andrés Mejía, y su hijo Christopher



*Andrés y su esposa Lorraine
Devis*



*Tres momentos de
Estela en su
juventud en Nueva
York*





Estela niña y felizmente adulta



Diane, Estela y Alberto León



Diane y Diego Posada Mejía



Diane y su hijo Jonathan Pla



*Bertha Luz y Estela
fotografiadas en el
apartamento de Brooklyn en
Nueva York*

*Bertha con los primos
Restrepo Torres*





Bertha, su hija Elizabeth y su nieta Sofía Isabel



Sergio, Bertha, Elizabeth, Isabel Cristina, Alfredo, Diane y Emilio



Bertha Luz y sus tres nietos Maiu, Hada Luz y Sofía Isabel



Alex con su esposa Lyn



Bertha Luz, Ángela Rosa, Estela y Marcela



Ángela Rosa, Marcela y Jairo



Sergio, Ángela Rosa, Marcela, Jairo, Diane, Estela, Alberto León



Ángela Rosa, Marcela y Sergio

CAPITULO 17

MARÍA DE LOS ÁNGELES (ÁNGELA) Y LA FAMILIA POSADA RESTREPO



SEMBLANZA DE ÁNGELA - MARTHA LIBIA POSADA

En la calle Cuba del municipio de Fredonia, el 1 de febrero de 1926 nació María de los Ángeles (Ángela). Fue bautizada por el Pbro. Marco Antonio Botero en la iglesia parroquial. Fueron sus padrinos Ana Escobar G. y Fermín Uribe.

Se casó con Gustavo Posada Correa el 16 de diciembre de 1948 en la iglesia parroquial de Fredonia. Tuvieron 4 hijos: 2 varones y 2 mujeres. Enrique de Jesús, Martha libia, Alberto León, Angela Rosa.

¡Qué linda y elegante mujer! De cabello largo ensortijado y boca de labios carnosos muy sensuales.



Ángela y Gustavo en su luna de miel

Fue una mujer apasionada, de empuje, llena de deseos de vivir y por tanto vivió su vida plenamente. Muy temprano cogió las riendas y el mando en el hogar, respetando siempre a nuestro padre. Encantadora, tierna y querendona madre, amorosa abuela, hermana conciliadora, generosa, acogedora, para sus sobrinos fue una tía fascinante.

Viajera incansable, atravesó los mares, conoció pueblos y ciudades, fue modista de la colonia de chocoanas, peluquera, vendió telas, cacharros, casamentera, trabajo en USA, excelente conversadora, gran lectora, cocinó los mejores comistrajés, adoró la música, vivió en la casa como dijo ella un día “del bien y del mal”. Siempre alegre, rodeada de gente, recitó, cantó en iglesias, bazares y tertulias con una voz hermosa, como el canto del jilguero de coros celestiales.

Trabajo en Ceyfer el almacén de don Carlos Posada, buena vendedora incansable luchadora, lograba todo lo que se proponía, me impulsó amorosamente para hacer y terminar mi carrera, siempre contábamos con su apoyo incondicional, todo para bien de todos.

Fue un canto a la vida que vivo bien vivida, enamorada de la vida. Nadie para ella era feo, de todos resaltaba sus bondades.

Después de una larga enfermedad, durante la cual algún día nos contó, viajó en su imaginación y se inspiró para escribir sus memorias, con el

apoyo de su adorado hijo mayor Enrique. ¡Qué entusiasmo! No le importó nada más que sus escritos, todo le fluía con facilidad. Nunca olvidaré el día que lo terminó, fue aquel el momento más feliz, se sentó junto a mí para ver la transmisión de la firma de la Nueva Constitución de 1991, lloró y dijo: “Mija esto no lo vemos ni en cien años”. Salió muy emocionada, regresó y fue esto lo que escribió para finalizar “LAS HISTORIAS DE MARIA LOS ANGELES”, su libro, que mi hermano Enrique corrigió, publicó y le regaló. (Acá leo la parte final del libro) y con el fondo musical de su canción Los Piconeros)

Ya los astros están cambiando de posición, tenemos nueva constitución, los que creemos en Colombia fuimos testigos de un reto inolvidable el día de su cierre, voces unidas la proclamaron. Nunca antes vista una reunión de personas tan diferentes diciendo: “Todos somos Colombia”. Quedaron atrás las diferencias, llegaremos a ser como una Suiza, pero sin frío, sin apatía, porque tenemos la alegría caribeña, el optimismo y tranquilidad en nuestras costas, el tesón y coraje de nuestras montañas, la malicia y la tranquilidad de las mesetas, el optimismo de los valles, la libertad y bravura de los llanos, la nostalgia del África, la inmensidad del Amazonas, el ímpetu de nuestros volcanes, la leyenda de nuestros tesoros; nuestra rebeldía, que nunca ha admitido cadenas, se irá doblegando ante la perspectiva de esa Colombia ideal y única que todos soñamos



Ángela Rosa, nuestra madre, Alberto León y Martha Libia

LOS RECUERDOS DE MI MADRE - Martha Libia Posada



*Los recuerdos de mi madre
me acompañan día a día
son todos imborrables
son parte de mi vida.*

*No olvido su mirada
ni su risa melodiosa
esa voz que nos cantaba
canciones amorosas.*

*Sus consejos eran sabios
de mujer conciliadora
no ofendía con agravios
daba paz a toda hora.*

*Agradecida de la vida
la vivió con gran encanto
una vida bien vivida
¡Como ella, que era un canto!*

ELOGIOS A MI MADRE - ANGELA ROSA POSADA

Madre, bella palabra, y muy especial para mí, pues haber tenido la dicha de conocer sus bondades, con las que nació y se dio siempre al prójimo y a sus cuatro hijos.



El hogar de nuestra madre era el de muchos primos. Acá con María Isabel y Estela, hijas de Susana; con Jorge Luis, hijo de Bernardo y con sus hijos Ángela Rosa, Alberto León y Martha Libia, en el Barrio Manrique

Mi madre fue un ser espectacular como se dice en el presente, especial para dar consejos, siempre, a los que acudimos a ella. Con su sonrisa supo darnos el diario vivir, alcahueta y mucho, pero al tanto de no pasarse de

sus límites. No le tuvo miedo nunca a conseguirse sus pesos, haciendo postres, y hasta mucha morcilla, la mejor que me he comido, modista, vendedora, muy creativa y animada para todo.

Buena moza, coqueta y así llegó a conquistar a mi querido y bello padre. Alegre, ni que decir, fueron muchas las canciones con que nos deleitó en tantas reuniones familiares, cantaba en iglesias y bazares, linda voz y bellas canciones.

Con mucha ternura y gran amor siempre la recordaré siempre.

LA VIDA QUE ES TAN LINDA - ALBERTO LEÓN POSADA

La vida que es tan linda, donde podemos disfrutar de este inmenso mundo, llena de tantas cosas maravillosas, creadas por un gran Dios, y fue así que de esta creación nací yo, Alberto León Posada Restrepo.

Ahora unido con Estela y con mis dos hijos, Diane y Diego, nuestro nieto Jonathan y mi nuera María José.

Porque me trajeron a este Universo nada menos que Angela y Gustavo, de los cuales no tengo sino lindos recuerdos y muchas enseñanzas.

Angela, si pudiste con Gustavo y con León, sé que estas en el inmenso cielo. Eso sí, todo se volvió alegrías y actos positivos. Todo por tu coraje e inteligencia, que así pudiste criar a estos cuatro Marachos. Anécdotas, muchas. Siempre las disfruto en mi pensamiento. Gracias vieja por haberme querido tanto.

Murió Ángela en la ciudad de Miami en un accidente, el 13 de junio de 1992, en la misma fecha y justo a los 13 años de la muerte de mi padre.



Alberto León, Martha Libia, Ángela Rosa, Ángela cargando a María Teresa en la casa de la carrera San Martín en el Barrio Prado de Medellín

CUATRO HERMANOS – MARTHA LIBIA POSADA



Martha Libia, Ángela Rosa, Alberto León y Enrique en una manga del barrio Belén La Castellana



Enrique, su esposa Luz Alba y sus hijos Ricardo, David, Alberto, Rodrigo y María Cecilia; Martha Libia y su esposo Alberto

Siempre he dicho que mi familia Posada Restrepo es la Familia Real, nos casamos dos hermanos Posada Restrepo con dos hermanos Pineda Botero. Alberto Pineda Botero se casó con Martha Libia Posada Restrepo. Enrique de Jesús Posada Restrepo se casó con Luz Alba Pineda Botero.

Enrique y Luz Alba tienen cinco hijos, Rodrigo casado con Catalina Sánchez; tienen un hijo, Juan Luis, hermoso niño que ha dado una inmensa alegría a sus padres y a toda la familia, es el nieto menor.

Alberto casado con Trinh Tu Van, nacida en Vietnam, conforma con ella una linda pareja, con dos hermosos niños Nikkos y Mateos, viven cerca de la ciudad de Portland, Oregon, en Estados Unidos.

María Cecilia casada con Pablo Osorno, tienen dos encantadores hijos, Samuel e Isabela.

David casado con Luisa, viven en Ithaca, Nueva York, todavía sin hijos.

Ricardo casado con Natalia Pino, una joven pareja, no tienen hijos.

Todos los cinco hijos son profesionales, tres ingenieros, un contador y María Cecilia es psicóloga.

Enrique persona inteligente que brilla con luz propia, meditador, gran profesional, viajero fascinante por mundos lejanos, investigador incansable, sin egoísmo para transmitir sus experiencias y conocimientos, en fin, un ser humano privilegiado en todos sus roles. Lo admiro profundamente, hermano mayor de gran bondad, un maravilloso hijo.

Esta sí que es una linda familia unida donde siempre se ha compartido alrededor de una mesa bien servida al calor del afecto de los hijos, los nietos, los abuelos, los tíos, y de otros familiares que se acogen con amor de familia.

Ha sido una familia guiada por la luz de un padre amoroso, querendón de sus hijos y sus nietos, eterno enamorado de su amada Luz Alba, una excelente mujer, esposa, madre, abuela, suegra, hermana y cuñada de una gran bondad, dispuesta a servir en el momento preciso. Gran mujer que dio a luz cinco hijos a los que colmó de amor y buenos ejemplos.

Martha Libia casada con Alberto Pineda desde hace tantos años, como digo jocosamente, Cadena Perpetua, pero sin dejar de reconocer que ha sido una historia feliz de mi vida, no en vano fui yo la que le propuse que nos

casáramos y el muy complaciente le pidió a mi padre mi mano, quien de inmediato le dijo: esa muchacha es muy caprichosa y está muy joven, no se case todavía.



*Martha Libia y su
esposo Alberto Pineda*

Alberto ha sido un maravilloso esposo, responsable, prudente, callado, excelente padre. Fue un gran trabajador siempre al frente de su negocio, cumplidor de su deber, ya hoy está jubilado con su tiempo libre para dedicarse a la lectura, su actividad preferida.

Yo soy gerontóloga enamorada de mi profesión, trabajé muchos años en Buenaventura en El Centro de Bienestar del Anciano San José. Esta labor la desempeñé con mucho amor y respeto a los viejos, tan necesitados de cariño, de amor y de un acompañamiento en estos últimos años de su vida donde muchos de ellos son abandonados por sus familias.

Fue una experiencia maravillosa que me llenó de tantas satisfacciones como profesional y como persona, conocí viejos llenos de vivencias y experiencias que contar, aprendí de sus costumbres, de su folclor, de su cultura, de sus tradiciones y creencias, de sus cantos, de sus rituales, de su música, el currulao con toda la belleza de su baile, de la exquisitez de sus

comidas, en fin, me enseñaron tantas cosas que guardo por siempre en mi corazón.

Tuvimos en Buenaventura mi esposo y yo una vida llena de bondades, de lindas amistades, donde la vida nos favoreció lejos de nuestra linda Antioquia, dándonos mucho bienestar, alegrías, y la oportunidad de vivir felices, disfrutando el mar, los atardeceres con la puesta de sol tan hermosos en la bahía adornada con los buques trasatlánticos que anunciaban su llegada con un toque de sirena saludando los porteños.

Hoy vivimos en La Ceja el municipio verde más lindo de Antioquia y continúo con mi quehacer gerontológico coordinando un grupo de personas mayores.



Alberto, Rafael, María Teresa y Martha Libia

Nuestra hija María Teresa casada con Rafael Aristizabal, fue la primera nieta, una hija hermosa llena de bondades y amor por sus padres. Desde muy joven se fue al país de las maravillas, luchó con mucho ahínco, trabajó, estudió y aprendió el arte de la cosmetología. Hoy tiene con su gran amiga y socia Eliana Ruiz un bello negocio que les proporciona bienestar para su vida. Felizmente casada con Rafael un esposo encantador, tienen gracias a Dios un lindo matrimonio. No tienen hijos.

Los otros dos hermanos Posada Restrepo se casaron con dos hermanos Mejía Restrepo. Alberto León Posada Restrepo se casó con Estela Mejía Restrepo. Angela Rosa Posada Restrepo se casó con Jairo Mejía Restrepo.

O sea, hermanos y primos hermanos. Angela Restrepo madre de Angela Rosa y Alberto León. Jairo y Estela hijos de Susana Restrepo.



Ángela con Alberto León y Estela

Alberto León hermano menor, hombre sencillo, buen padre, esposo y abuelo, fue un poco díscolo en su juventud, poco amante del estudio, aventurero, emprendió su primer viaje al puerto de Buenaventura al escondido de sus padres, aventura que no le dio un buen resultado. Con la ayuda de mi madre y un buen profesor vecino del barrio (Guillermo Zapata) aprendió el arte de la mecánica y se graduó como un gran mecánico de torno. Trabajo en

Simesa, lleno de amigos del MOIR, repartiendo propaganda y pegando carteles.

Llegó a nuestra casa la prima Estela Mejia, en la difícil época de tanto vicio en New York, allí empezó el enamoramiento de Estela y Alberto León. Él ya era un muchacho juicioso, trabajador y responsable. Felizmente se casaron, ella retorno a su país, hicieron los debidos trámites para obtener la residencia de su querido León, como Estela lo nombra siempre.

León es amante a los caballos, va frecuentemente al hipódromo donde les hace un ritual maravilloso, los bendice, les reza y de inmediato se retira lo más lejos posible para desearles la mejor suerte...y gana algunas veces, buenos dolaretes; otras, se va desengañado, pero nunca pierde las

esperanzas de volver a ganar, siempre liga a nuestra hermana Angela Rosa y a mí también me ha tocado disfrutar de sus dolaritos.

Estella, esposa enamorada de su querido León, excelente madre, abuela querendona, acelerada como su padre Alfredo, luchadora, gran trabajadora, adora los niños, era la niñera de los niños de su condominio, una gran persona muy familiar y acogedora prima.

Partieron a la ciudad de Nueva York, donde nació Diana su primera hija, ambos en muy buenos trabajos, luego se fueron a Miami donde hoy residen. Tienen su nieto Jonatán hijo de Diana. Diego su otro hijo se casó con María José García.



Ángela Rosa

Angela Rosa, nuestra linda Rosita como le decía mi madre, nuestra hermana menor, con tantas virtudes que la hacen florecer como su nombre. Tan generosa, tan trabajadora, tan verraca para afrontar las situaciones difíciles que ha tenido, no decae siempre llena de optimismo para salir adelante, en eso sí que se parece a mi madre, siempre con grandes esperanzas. Es una madre amorosa con sus dos hijos Sergio y Marcela, los cubre con un manto de ternura, ellos trabajan, hermanos unidos a un dulce hogar.



Ángela Rosa, Jairo y su hijo mayor Sergio

Jairo su esposo, un buen hombre que también llegó a nuestra casa en tiempos difíciles, trabajó en juzgados de la mano del tío Rafael, igual que Estela se enamoró de mi hermana (su prima) y se casaron. Siempre ha trabajado como su padre Alfredo incansablemente, muy dadivoso, ama a su linda esposa, cree en ella y la apoya en sus decisiones. La vida le ha enseñado a ser una persona muy disciplinada y fruto de eso es la buena salud que hoy tiene, habiendo superado algunas pruebas. Lo aprecio muchísimo, tienen un lindo hogar.



Siempre fue el hogar de nuestra madre un lugar de mucha gente: María Teresa, Estela, Alberto león, Ángela Rosa, Ángela, Martha Libia cargando a María Cecilia, Rodrigo e Inés

LOS RECUERDOS DE ENRIQUE POSADA RESTREPO. APUNTES DE UNA ENTREVISTA

Enrique Posada, fue también objeto de una entrevista cuando estábamos delineando los temas para el libro. La hicieron los jóvenes profesionales a quienes Enrique encargó recoger material documental. A continuación, se la transcribe en la voz de Enrique.

Soy de Fredonia. Nací en el 1948. en una casa en el parque de Fredonia, el 25 de diciembre. Muchos me han dicho que fui un traído del Niño Jesús y seguramente por ello me bautizaron Enrique de Jesús. Tengo entendido que el parto de mi nacimiento los atendió el doctor Betancur, que era muy respetado como médico de mi mamá. Recuerdo, cuando estaba chiquito que ya vivíamos en Medellín, que el doctor Betancur se vino de Fredonia y puso consultorio en la Farmacia que quedaba al frente del Teatro Manrique y que cuando nosotros teníamos una dolencia, mi mamá nos llevaba allá. Era muy efectivo el medico este, bien recuerdo que yo le tenía mucha fe porque diagnosticaba muy bien y nos quitaba la enfermedad.



Ángela y Enrique en Fredonia

Durante los primeros años de mi vida vivíamos en Fredonia. Mi papá tenía un almacén de telas, donde trabajaba cuando yo era un niño. Mi mamá era ama de casa. Mi papá era de Caldas, y él se fue para Fredonia porque un tío, su hermano Carlos Enrique Posada tenía un almacén importante en Fredonia, que vendía de todo, incluyendo ferretería, situado en todo el parque. Al lado del almacén de mi tío estaba el de mi papá. Hasta donde me di cuenta, él no fue capaz de seguir con el negocio, digamos que se quebró el negocio de mi papá. Entonces nos vinimos detrás de él para Medellín cuando se vino a trabajar en el otro almacén del tío mío, aquí en Medellín, que se llamaba el almacén CEYFER, que significa Carlos Enrique y Fernando (Carlos y el tío Fernando eran socios en el inicio). Allí fue a trabajar mi papá, como cajero. Entonces en Fredonia y viví hasta los seis años, en una casa amplia, que me imagino que era de mi tío porque quedaba encima de su almacén, al lado del almacén de mi papá. Era una casa grande, en el parque, muy bonita. Bien recuerdo su balcón, las escaleras que bajaban hacia el primer piso y el patio en ese primer piso.

Fredonia es un pueblo faldudo. Recuerdo también la parte de atrás de esa casa, que daba hacia la montaña, abajo, pues el pueblo está al filo de una montaña que se llama Combia. Desde el patio de atrás de mi casa, junto a la cocina, se veía ese paisaje. Era una casa muy cómoda, pero cuando ya mi papá se quebró por alguna razón que nunca supe, salimos de esa casa y nos fuimos a vivir un tiempo cortico con mi abuela materna Elvira Escobar, que vivía en una calle de Fredonia llamada la calle Cuba que quedaba cerquita del parque, pero ya no era tan central. Esa casa también era muy bonita, algo más pequeña, de un solo piso. Recuerdo detalles en esa época como el de un aguamanil para lavarse las manos, la cercana estación de Policía y el Teatro, los vecinos, mi primer contacto con el tomate de árbol y con el detergente en polvo que parecía milagroso en comparación con el jabón.

Era un niño andariego, recuerdo que en una ocasión vi pasar un desfile fúnebre. Me le pegué al entierro hasta llegar al cementerio, que quedaba lejano y todavía recuerdo a los deudos llorando cuando abrieron el ataúd antes de ponerlo en la bóveda y al muerto vestido con hábito. Por esa época instalaron en Fredonia un hermoso órgano alemán que tenía dos cuerpos. Yo iba de curioso a la iglesia y escuchaba al maestro que lo instaló ensayando las flautas. Recuerdo también las araucarias del

parque, que ya no existen más. Me gustaba jugar con las ramitas que soltaba.

De mis tiempos de niñez en Fredonia, recuerdo bastante a la tía Lucía y a los primos sus hijos. Resulta que ellos tenían una finca en Venecia, que se llamaba la Finca Providencia. Ella estaba casada con un señor de plata, un señor rico que se llamaba Alberto Ángel, en segundas nupcias para él, con quien tuvo diez hijos. Varias veces estuvimos en esa finca. A mí me tocó la muerte del señor Alberto. Era muy niño cuando se murió y me llevaron a la finca al entierro, seguramente mi mamá no tenía con quien dejarme. Fui rebelde y llorón cuando niño y recuerdo que me puse a llorar, pero de todas formas me llevaron y recuerdo bien cómo, yo llegué a la finca y la caja del muerto en velación en la sala, con el Cristo y los cirios. Luego salí a jugar con los primos, dibujando calaveras y hablando de la muerte.

Esa finca se quedó en mis memorias, con su casa roja, su patio central, un árbol de naranjas limas que me encantaban en el centro del mismo y sus mangas que se extendían de la montaña hacia la quebrada Sinifaná, el trapiche y el camino hacia Venecia y la entrada con un árbol de flores rojas en el portal. Era una finca con varias quebradas, que me causaban sufrimiento al pasarlas, una finca que era muy agradable de recorrer. Yo la sentía como una finca de ricos, donde todo era abundante. En las noches contaban cuentos y jugábamos lotería. Pero también había unos perros que me asustaban, la verdad es siempre le he tenido susto a los perros, había un perro que se llamaba Pelusa, yo le tenía cierto sustico, pero nunca pasó nada.

Cuando nos fuimos a vivir en la casa de la abuela en la calle Cuba, estuvimos un tiempo que creo que fue cortico y nos vinimos a vivir a Medellín, al barrio Belén Terminal, al frente de la fábrica de paños Vicuña, en una casa alquilada a una señora doña Ernestina, pagando un alquiler de 110 pesos mensuales. En esos tiempos, en 1954, Belén Terminal era como una veredita, un pueblito, que pertenecía a Belén que era un pueblo de verdad, con su parque central, hermosos árboles, y casas alrededor. De la plaza salía una calle que era la 30ª (en esa época todavía no existía la avenida 30), que comunicaba a Belén pueblo con Belén Terminal y que terminaba en una inmensa casona que interrumpía la calle. Allí quedaba la terminal de buses. Pero cuando nos pasamos a vivir allí, había solamente unos buses escalera que unían a Belén con Belén

Terminal con una calle destapada, que ya la estaban pavimentando con una aplanadora a vapor. Bien recuerdo el carro que tiraba la brea y como la pavimentaban. Estaban haciendo otro barrio más arriba que es el barrio los Alpes. Cerca de mi casa estaba la cooperativa de Vicuña, el barrio obrero de Vicuña que quedaba detrás, y un barrio nuevo que se estaba levantando a la orilla de la quebrada La Picacha, en parte con viviendas informales, el barrio Las Mercedes.

De esos tiempos recuerdo una aventura con la señora Ernestina y su perro Ali. Ella era vecina nuestra. Cierta día, la puerta de su casa se le quedó cerrada. Yo cabía por los barrotes de la ventana y entonces me pidieron que me metiera a la casa y le abriera la puerta. Estaba Ali por ahí. Realmente me di cuenta que yo era un tipo muy valiente (o muy obediente), porque me metí, aunque se me quería bajar el corazón al estómago del susto de que Ali me mordiera o me persiguiera. Pero se quedó tranquilo y yo abrí la puerta de la casa de doña Ernestina. Eso para mí fue mucha aventura tanto que todavía la recuerdo vívidamente.



Ese barrio donde nosotros vivíamos, Belén Terminal, era un barrio muy pintoresco. Enseguida de la casa de doña Ernestina había una cantina y en esa cantina se mantenían tocando música todo el día, música

arrabalera, música antigua y uno se aprendía esas canciones. Recuerdo una de tantas “Sembré una flor...” que cantaba todo el día, como si fuera un señor ya de edad, traicionado por un amor. En esa cantina había frecuentes peleas porque en esa época de mi niñez, la gente tomaba mucho trago. En esto ha habido muchos cambios. El nivel de licor que había era muy superior al de hoy en día, había peleas, algunas a cuchillo a mí me tocó ver alguna.

Luego en Manrique, también había ambiente de conflicto. En nuestra niñez y juventud, vivíamos como en una zozobra, porque había licor en la casa, había licor con los tíos, había sufrimiento por el licor, porque había diferencias peleas, gritos, y en el barrio también había licor. Yo me preguntaba ¿cuál es la maldición de la humanidad con el licor? Esto me reafirmó todavía más en mi propósito firme de no meterme con el licor. También había drogas; marihuana y otras cosas. Igualmente tomé la decisión de no meterme con esos mundos porque me parecían terribles, ya desde niño me tocó atestiguar gente borracha, gente enmarihuana.

Regresando a mis épocas en el hogar de mis padres, recuerdo que íbamos cada ocho días, en los domingos, alternadamente, a visitar a los abuelos Posada Correo y a la abuela mamá Elvira Escobar, en su casa de Itagüí. Cogíamos un taxi y le tocaba a mi papá discutir con el taxista porque en esa época los taxistas eran algo descarados, no ponían a marcar el taxímetro sino cuando les daba la gana, se llegaba el alegato sobre cuánto vale, al fin se arreglaba la cosa.

Nosotros éramos lo pobres de la familia Posada, que estaba formada por comerciantes prósperos, porque mi papá no fue una persona muy organizada económicamente. Ya se había quebrado en el almacén de Fredonia y trabajaba como empleado de mi tío y ganaba un poquito más que el mínimo, me imagino yo. Por ello no le alcanzaba mucho la plata, pero es que además de eso, era muy desorganizadito con el alcohol y cosas de esas. Entonces siempre estábamos alcanzados. Nos ayudaban los tíos Posadas. pero había en mi casa una cierta sensación de pobreza y mi mamá, que era muy creativa y emprendedora, tenía que hacer lo que nosotros llamábamos “evoluciones” o sea, tenía que mantenerse endeudada en las tiendas, buscando, fiando, porque no le alcanzaba, sacándole a mi papá la plata del bolsillo y haciendo evoluciones, negociando. Esto fue bueno para mí, porque desde chiquito me di cuenta de la importancia de negociar, de la importancia de buscarse la vida, por

el ejemplo de mi mamá rebuscando. Desde niño decidí, primero, que no iba a tomar trago; segundo que no iba a fumar, y tercero, que iba a ser un tipo organizado con el dinero y con el trabajo. También fui un estudiante muy organizado, siempre ocupando el primer puesto. Yo empecé mis estudios en la escuela Carlos Franco de Belén y luego me pasaron a Bolivariana con la ayuda del tío Rafael Restrepo, que me consiguió puesto en segundo de primaria. Mi tío Carlos Posada pagó mis estudios hasta que terminé Bachillerato, lo mismo sucedió con mi hermana Martha Libia, que con ayuda del tío Jesús estudió en el Colegio El Carmelo. Nosotros también recibíamos un poquito de ayuda del mercado para la casa, la esposa del tío Carlos que se llamaba Adela Trujillo, cada quince días recuerdo yo, o cada ocho días quizás, venía a la casa con una canasta llena de cosas buenas, sabrosísimas. Ese era muy buen suplemento del mercado en la casa materna. Así nos fuimos, más o menos, sosteniendo y mis otros dos hermanos estudiaron en la escuela pública, para ellos digamos que no hubo quien les financiara colegio, pero también estudiaron hasta lo que quisieron avanzar.

Nosotros íbamos cada 15 días donde la abuela Elvira que vivía en Itagüí. después que nosotros nos vinimos de Fredonia, ella, que también estaba en Fredonia, fue traída por el tío Emilio a Medellín. Allí iban casi todos los primos Restrepo. Con ellos ha habido mucha más amistad que con los primos Posada, seguramente porque son los primos del lado de la mamá. Esta amistad fue especialmente cercana entre los hijos de las dos hermanas, Lucía que tenía diez hijos y Susana que tenía cinco hijos y mis hermanos y yo, que éramos cuatro. También teníamos cercanía con algunos de los otros primos, especialmente los hijos de José Vicente.

Nosotros nos vinimos a vivir a Belén cuando yo tenía seis años y estuvimos allí hasta que cumplí los trece años, luego nos fuimos a vivir un tiempito otra vez donde mi abuela Elvira, porque hubo otra transición, estuvimos viviendo en una casa en la carrera 76, contigua lo que hoy es el Éxito de Belén, antes el Ley, durante un tiempito cortico. Resulta que mi papá consiguió una casa propia que un amigo le vendió en Manrique. Era una casa muy buena en la carrera 44 con calle 68, yo tenía catorce años. Estábamos muy felices con esa casa, era muy amplia, cada uno tenía su pieza, tenía solar. Pero resulta que a los pocos días se turbó la felicidad cuando empezaron a aparecer tarjaduras en las paredes por todas partes. Sucedió que a mi papá lo engañaron, le metieron una casa mala, una casa

que estaba llena de tarjaduras. Fueron muchos años de lucha con esa casa, tapando las tajaduras, buscándole aguas perdidas, no fue tan bonita la cosa para nosotros porque es como si no tuviéramos casa. Aunque había temores de que se cayera, allí estuvimos unos seis o siete años, hasta que yo me fui a estudiar a Estados Unidos, cuando tenía veinte años.



Mi madre en el balcón de la casa de Manrique

Estando lejos, mi mamá se cansó de bregarle a la casa y la regaló, prácticamente. La vendió a unos demolidores por seis mil pesos y no quedó sino el lote, que luego mi papá vendió por poco dinero. Esa es la historia de mis viviendas en la casa materna.

Con Gustavo, mi padre, en el aeropuerto Olaya Herrera de Medellín, antes de mi viaje de estudios a Estados Unidos.



De mis tiempos en Manrique, por allá a mis catorce años, recuerdo que era un barrio complicado, había barras de muchachos un poquito complejas, gente algo

maleva, aunque no demasiado. A mí me respetaban totalmente. Me respetaban, quizás porque tenía fama en todas partes de ser muy buen estudiante, muy organizado, una persona que no decía palabrotas. Donde yo llegaba, no había palabras, no había carajadas, me respetaban. Yo jugaba fútbol con toda esa gente. Me di cuenta desde chiquito que cuando uno se comporta adecuadamente, la gente le da algo de respeto. Entonces nunca me he sentido mal en los mundos variados, porque la gente nunca me ha hecho mal y porque yo nunca he hecho bobadas, siempre he sido uy organizado.

Después de mis andanzas en Manrique, me fui para Estados Unidos, pues me gané una beca para terminar allá mi carrera. En la época, ya tenía mi novia, que la había conseguido en Manrique. Al frente de nuestra casa vivía Luz Alba, la que sería mi esposa. Se convirtió en mi novia al tiempo, ya que ella se alejó del barrio y se movió a otra casa. Un día nos encontramos, empezamos a ser novios, de tal manera que cuando yo me fui para Estados Unidos, ya llevábamos cerca de dos años de noviazgo.



Mi madre con Luz Alba mi esposa, cuando estábamos recién casados, en la casa de San Martín

En Estados Unidos estuve cerca de cuatro años. Hacia el final, yo me tomé unas vacaciones, vine a Colombia y nos casamos; luego me devolví a terminar mi maestría allá. Luz Alba trabajaba en SAM, una empresa de aviación y se consiguió un pasaje gratis y nos encontramos en Estados Unidos al terminar mi carrera. Luego de mi graduación como master, hicimos un viaje juntos y ya nos vinimos a vivir en Medellín. Inicialmente en

Belén, después en Envigado, donde levantamos nuestros hijos y estuvimos 20 años.

Cuando estuve en Estados Unidos, pude apreciar un mundo totalmente distinto, allá la vida me cambió totalmente. Había otro nivel distinto de observación de complejidad y yo ya era una persona adulta e ingeniero, hablando otro idioma y listo para empezar a trabajar como profesor universitario en la Bolivariana. Ya de profesor en Ingeniería Mecánica, tenía un salario bueno y conseguimos casa en Envigado. Nosotros vivíamos en un barrio recién hehecito, o sea que nosotros fuimos de los primeros habitantes de ese barrio. Con los vecinos, éramos toda gente joven y recién casada y eso se llenó el barrio de niños. Allí mis hijos crecieron en un ambiente de muchísimos niños, en la cuadra, como la llamábamos. En la cuadra había mucho liderazgo de la familia, mis hijos eran muy líderes, mi esposa era muy líder y a mí me veían como un señor raro, como un señor serio y callado, pero me respetaban mucho. En ese barrio nos hicimos muy amigos de toda la gente, cuando a los veinte años nos vinimos para un apartamento que construimos en Belén La Loma de los Bernal, la gente lloraba y los muchachos lloraban porque había una tremenda amistad que se formó. Todas las casas eran de puerta abierta, todos los muchachos entraban a las casas, todo mundo era amigo de todo el mundo. Muy interesante esa vivencia de barrio que nos tocó cuando estábamos recién casados en esos veinte años allá. Después nos vinimos a un apartamento y pues ya era un mundo distinto, pero también era el momento de cambiar pues la vida va evolucionando.

Vuelven mis recuerdos a las visitas a la casa de la abuela Mamá Elvira, una abuela distinta a la abuela paterna Mamá Rosa. Elvira, que era una abuela más pobre en comparación con la otra, de más plática, era una mujer muy familiar, que visitaba a las casas de los nietos. En cambio, la otra abuela estaba enferma, no salía a hacer visitas, estaba sufriendo mucho, la visitaban. Mamá Elvira visitaba a hijos y nietos, estaba muy despierta y sana, le gustaba mucho cocinar y hacía comidas especiales para nosotros y se daba sus rondas por todos los nietos, donde las hijas más que todo. Iba paseando por toda la ciudad y entonces llegaba y era muy querendona de los nietos. Y estaban las tías abuelas, pues ella tenía dos hermanas, la tía Ines y la tía Anita, entonces eran solteronas, aunque la tía Anita estuvo casada Manuel, el papá de las Moreno, se enviudó y no se volvió a casar y la tía Ines nunca se casó. Vivían con mi abuela, Anita

era muy rezandera; la tía Ines era más de mundo. Anita a mí me quería mucho y la tía Ines también, pero especialmente la tía Anita, porque yo era rezandero también, porque yo era obediente, iba a misa y no decía “palabras”. Me veía a mí como un tipo muy estudiante, me llamaba el sabio Caldas, y yo a ella la veía como una santa, entonces había mucha amistad. Todos los cuentos que ella me echó, me los oía. Ella nos decía:

*Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira te vas a morir,
mira que no sabes cuándo.*

Ese cuento lo sentía verdadero, y pensaba que en verdad a uno le correspondía portarse bien porque uno es observado, porque Dios está pendiente. Entonces yo siempre he tenido una imagen de Dios el observador y de la vida eterna. Ya grande, la he cultivado y le he dado otras visiones, pero desde niño he tenido una imagen de Dios como un ser real. La otra tía, Inés, era de lo más descreída del mundo, charlatana, necia, pero también muy de hogar, de trabajar. Es así como siempre hemos tenido ese ejemplo de hogar, de gente trabajando, de gente cocinando, de gente cuidando, de gente que ayudaba. Mi mamá era así. Era una persona muy disciplinada, muy trabajadora, muy pendiente del hogar, muy metida en las cosas. Tengo ese ejemplo de trabajar duro, de la disciplina. Mi papá era distinto. Siempre estuvo trabajando en el almacén, pero no pasaba de ahí. No era una persona que conversara mucho con nosotros, era más bien de temperamento pasivo. Por otra parte, era muy inteligente, un tipo muy ilustrado hasta cierto punto, pero era muy callado. Algo hablábamos, pero no mucho. Me respetaba mucho. Yo lo respetaba, nunca tuvimos enfrentamientos, ni pelas ni nada de esas cosas. Él llegaba del trabajo con traguitos, se sentaba a comer sólo, y como traía el periódico, yo me ponía a leerlo al frente de él en la mesa. Él comía y yo me ponía a leer el periódico y luego se acostaba. Al principio llegaba algo tarde y prendido, pero después de cierta edad, no siguió yendo a las cantinas sino en la misma casa, se tomaba sus tragos. Cuando estaba cercano a los 60 años, le dio un cáncer delicado y murió sufriendo mucho en la garganta, seguramente por fumar. Mi mamá le cuidó muy bien el cáncer, yo no estuve tan pendiente, era cobarde y me parecía muy duro todo eso y mi mamá estaba muy pendiente. Al morir, estaba en la universidad, un alumno me llevó en su moto, fui por el cuerpo al anfiteatro

de la clínica del Seguro Social y lo llevé a la funeraria. Quedó con un aspecto muy sereno sin reflejar el gran sufrimiento de esos meses finales de su vida.

Recuerdo en estos momentos el libro que escribió mi mamá y siento orgullo de haberla animado a hacerlo. Ella era una gran conversadora, muy entretenida, llena de sabiduría, de expresividad para decir las cosas, buscada por todos como consejera y fuente de sentido de la vida. Por un tiempo estuvo bastante enferma de los bronquios y cuando salió de eso, yo le sugerí que escribiera sus historias de su vida, de su juventud y de su niñez, que sacara un libro y que yo se lo publicaba.

Recuerdo que de inmediato me dijo “No mijo no, yo pa eso no sirvo” Le dije que sí, pero lo deje ahí y me olvidé de ello. Pero al cabo de unos meses, se me apareció en la casa con una bolsa plástica llena de una mano de manuscritos. Me dijo: “bueno, ahí están esas historias pues. Revíselas con calma y me dice qué podemos hacer”. Las leí y me gustaron mucho, les hice algunos pequeños cambios y me conseguí una persona que las pasara a máquina. Luego le dije que completara un poquito algunas cosas que yo sabía, las completó y ahí salió el librito en 1991. Mejor dicho, salió el libro, que es de gran calidad. Se llama “Las historias de María Los Ángeles”. Aparte de su valor como testimonio y como obra literaria, fue una cosa muy buena para mi mamá que ella escribiera ese libro y que lo viera publicado. Ella cobró vida con el libro, especialmente si se considera que cuando lo escribió, había acabado de pasar por una bronquitis muy miedosa, estuvo a punto de morir. Con el libro, de cierta forma, se vitalizó. Con mucho orgullo, se lo mando al presidente quien le devolvió su comentario respectivo. Vendió casi todos los mil ejemplares que se editaron, pues dijo que “no se lo regalo a nadie”.

Ya cuando estuvimos sus hijos casados y organizados en sus propios hogares, ella nos visitaba, tal como lo hacía la abuela. Eso lo hacía también con mi hermano Alberto León y su esposa Estella (hija de la tía Susana) y con mi hermana Ángela Rosa y su esposo, Jairo, hermano a su vez de Estela. Ya estos tenían sus hijos y vivían en Estados Unidos y yo colaboraba con el pasaje desde Colombia. Se pasaba sus temporadas y regresaba. En uno de esos viajes se murió en un accidente. Yo venía de regreso desde Asia, con motivo de un viaje técnico de la empresa donde trabajaba. Pasé por Miami en Estados Unidos, compartí la tristeza de mi familia y traje sus cenizas a Colombia.

Mi mamá y yo éramos muy cercanos, éramos “llaves”, como se dice, pero también éramos muy distintos. Discutíamos mucho, pensábamos distinto sobre el país, sobre la política. Ella era más crítica y suelta que yo, que soy un tipo más conservador, más estructurado, racional. Entonces discutíamos de política y de muchas cosas. Pero, un día, me puse a pensar: “¿Qué gano yo con discutir con mi mamá? Entonces no volví a discutir con ella, más bien empecé a conversar y a apreciarla más. Reflexioné en que yo tenía la tendencia a ser muy alegador. Pero de ahí adelante, dije no, no más alegatos, ella piensa como piensa, así que no más alegatos. Simplemente, hay amistad, hay cariño, y es más bonita la vida así. Afortunadamente me di cuenta a tiempo pues, para no estar alegando pendejadas con la gente, sobre cosas que no se justifican. Bueno, la verdad es que en eso éramos muy parecidos, ella también era alegadora, no era yo solamente, sino que ella se engancha y yo me enganchó. Afortunadamente ya pasó esa parte de la vida, ya siento que hay un manejo totalmente distinto.

Con relación a los viajes mío, de mi madre y de la familia a Estados Unidos, ha habido distintas motivaciones. En el caso mío, nunca he tenido el propósito de vivir en el exterior. En cambio, en la familia muchos han tenido un cierto espíritu de emigrantes. Mi viaje se dio cuando obtuve una beca, que obtuve en forma bastante circunstancial, ya que nunca pensé en irme a estudiar a los Estados Unidos. Resulta que estaba estudiando ingeniería mecánica en la Bolivariana, era buen estudiante, me ganaba mis becas acá. Llega un examen cualquiera de la materia termodinámica, digamos que el examen era un poco desproporcionado con lo que había enseñado el profesor y salí del examen descontento. Al lado del salón había una cartelera, y en la cartelera decía: “Becas para estudiar en Estados Unidos para la formación de profesores”. Entonces vi eso y dije en voz alta, motivado por el desencanto del examen: “Me voy para Estados Unidos a estudiar y a ser un buen profesor”. La verdad es que nunca había pensado en ser profesor universitario. Pero detrás de mí estaba un compañero, Germán Correa, y él me oyó y dijo de una: ¡Nos vamos! Entonces lo voltee a mirar y le dije: ¿De verdad? y me dijo ¡Claro! Entonces me dije ¿y por qué no? Me puse a hacer las vueltas, tomé las pruebas y efectivamente me gané la beca de LASPAU que me llevó a ser profesor, a aprender inglés y a estudiar en la University of Maine.

Cuando me fui a estudiar, mi mamá estaba en Estados Unidos trabajando en una casa, tratando de conseguir una ventajita de dinero en medio de la estrechez que se tenía en el hogar. Estaban también algunos tíos y primos. ¿Cómo resultaron por allá? El primero que viajó fue el tío Emilio, que se fue a buscar vida por allá con una prima que se llamaba Esperanza, y creo que también con el tío Bernardo, pero no estoy muy seguro de ello, quizás él se fue después. En todo caso ellos se fueron a buscar vida, inicialmente Esperanza y Emilio, quien no duró mucho tiempo, ya que se vino de allá mucho antes de mi viaje. Recuerdo con agrado que trajo regalos para todos los sobrinos. A mí me tocó un libro espectacular, que me entretuvo por años y me enseñó mucho “Tesoro Juvenil de Selecciones”, un súper libro. Creo que se produjo una especie de ilusión en la familia con los Estados Unidos. Esperanza se quedó por allá, después empezaron a irse los otros, el tío Bernardo, el esposo de la tía Susana que era Alfredo, se fueron esos dos, y luego llevaron las mujeres, la tía Susana y la tía política Gilma. Recuerdo los viajes de estas dos valientes y osadas mujeres. Yo les ayudé en cosas, a cuidar sus niños. Como era el primo serio y organizado, a mí me dejaban los niños para cuidarlos cuando salían a hacer vueltas. Yo era como un primito mayor para una chorrera de primitos. Impresionante fue lo del viaje de estas mujeres, muy laborioso todo, cargadas de muchachitos, con sus abriguitos para el frío. Allá llegaron a encontrarse con los esposos. En esa época lo de la visa era más sencillo. Llegaron por allá y se establecieron en Brooklyn.

Al tiempo, mi mamá, que estaba sintiéndose acosada por la escasez de dinero, llegó y me dijo “Me voy para Estados Unidos, me tengo que ir, aquí no hay plata, me tengo que levantar plata como sea”. Entonces se fue para Estados Unidos a trabajar en el servicio doméstico. Cuando me gané la beca, unos meses después, me encontré con en Nueva York con mi mamá y con mis tíos y primos. Ella se vino al tiempito, luego de trabajar por un año. Se regresó a vender la casa y a luchar su vida. Yo empecé a ayudar un poquito, mandaba dolaritos que me sobraban de la beca y que ganaba pues tuve varios trabajos en mis tiempos libres como estudiante. Ya mi papá estaba jubilado, ahí se defendían como pudieron en esa casa. Mi mamá negociaba, trabajaba en el almacén Ceyfer y en la Feria de Londres, era muy buena vendedora. Ella se levantaba su plata y mi papá tenía su jubilación y mi hermana seguro que ya trabajaba y yo mandaba unos dólares, ahí se defendían como pudieron. Y después logré ser independiente y me casé, pero seguí ayudando.



*Mi madre en
Estados
Unidos con
Guillermo
Ángel y
Susana*

Bueno, para Estados Unidos se fueron después otros primos. Un gentío, casi la mitad de la familia está allá, incluyendo mis dos hermanos, que se fueron después también. Ellos se casaron, Alberto León con la prima Estela y Ángela Rosa con su hermano Jairo, hijos de Susana. Cuando era estudiante en Estados Unidos en Maine, al norte del país, en las vacaciones o en los períodos que nos daban libres, yo visitaba a los primos, a la tía Susana y al tío Bernardo, que vivían en Nueva York. Era muy amigo de todos ellos, especialmente de mis primas. Resulta que la prima Estela me dijo: a mí me gusta mucho tu hermano. Yo los puse en contacto y ellos se casaron. El otro matrimonio, tuvo que ver con que Jairo tenía dificultades y mi mamá lo quiso traer para Medellín, a bregarlo. En esas, Jairo salió adelante y ahí fue cuando conoció a mi hermana y se casaron. Es evidente que hemos sido familias muy cercanas. Luego, el tío Bernardo se fue con su familia a vivir en la zona de Los Ángeles, así que la familia se fue regando por el país. Aunque en mi caso siempre decidí vivir a Colombia después de terminar mi carrera, ya tengo dos hijos que viven en Estados Unidos, casados, asentados y ciudadanos; igual ha sucedido con María Teresa, la hija de Martha Libia.

Al hablar de mis hijos, recuerdo otras cosas de mi infancia. El tío Carlos Posada, dueño del almacén donde trabajaba mi papá, también fue patrón mío, porque en vacaciones, desde que yo tenía diez años hasta que terminé

bachillerato, trabajé en el almacén, en un oficio que se llama recogedor de telas. Tenía diez años, era diciembre, y mi primer salario, me acuerdo paténtico, fuer 23 pesos por siete días, resultado de trabajar a tres pesos el día. Yo los llevaba el bolsillo de atrás en el bus, en la última banca, como si me fueran a robar esa plata, todo asustado ¡Tanta plata! Lo primero que yo hice al otro día, fue comprar una pelota de números que me costó tres pesos con veinte centavos. Estaba “matado” con esa pelota. A partir de ahí me acostumbré a tener plata en el bolsillo, y desde eso he trabajado, y siempre he tenido mi propia plata. Trabajaba en vacaciones y durante el resto del año, si podía, trabajaba. Puedo decir que en esta forma trabajé por ahí en 8 oficios distintos durante mis tiempos de estudiante. Siempre me ha gustado trabajar y he sido independiente desde niño chiquito. Naturalmente que no era mucha plata la que tenía, pero me alcanzaba para ser independiente un poquito en mis gastos personales y me daba mis lujos como comprar esa pelota de números. Pero algo me sobraba y además de eso ayudaba en la casa. Cuando terminé bachillerato, compré una bicicleta. A mi papá no le gustó nada, por el miedo de un accidente. Es que bajaba en bicicleta desde Manrique hasta la Bolivariana y de allí me subía en bicicleta, muchos de los días del año. Compré una bicicleta Monark, de segunda, de esas pesadas, sin cambios.

El tío Carlos era todo un personaje, a quien conocí de ceca en su almacén. Muy buen vendedor, no dejaba escapar clientes por ninguna razón, mostraba las telas, totalmente, en todos sus aspectos; lo finas que eran, cómo lucían, se las ponía sobre su pecho con orgullo; echaba carreta y las señoras le compraban. Eso lo aprendí yo también, aprendí a explicar, a convencer, a echar carreta, eso viene desde allá. Cuando uno metía la pata y el tío se daba cuenta, también pegaba sus regañadas, pero eran regañadas valiosas. Una se me quedó grabada. En alguna oportunidad, yo estaba protestando porque me mandaron al depósito, a sacar una tela guardada porque había que medirla, estábamos haciendo inventario. En ese depósito había muchas telas finas, envueltas y protegidas, colocadas en estantería, debidamente marcadas con su etiqueta. Había que sacar todas esas telas abrirlas, medirlas y volverlas a meter en ese depósito, que siempre era oscuro y algo polvoriento. Entonces yo protesté: ¿Por qué lo mandan a uno a ese depósito? Él estaba detrás y me oyó. Me dijo: “Jovencito, ¿usted que quiere? ¿Que yo sea el que saque las telas del depósito? Si hago eso, entonces no lo puedo contratar a usted que es el que está haciendo ese oficio” Yo no contesté, me puse rojo por todas

partes, y seguro que lloré por dentro, pero ese mensaje no se me perdió. No volví a protestar nunca por los oficios y los trabajos y las circunstancias. Pienso que él tenía su razón profunda. Uno hace su trabajo bien hecho y agradece y se acabó. Si no lo quiere hacer, pues no lo haga, pero no proteste. De este tío, también tuve el ejemplo de la generosidad, del orden, de su familia. Con otro tío Posada, el tío Jesús asocio la música. Tenía él un almacén, Parisina, donde vendían acordeones. A veces me mandaban a hacer mandados a este almacén, y yo veía ese montón de acordeones rojos y me babeaba pensando cuándo será que puedo tener un acordeón. Nunca tuve un acordeón, pero sí otros instrumentos y se me quedó la imagen grabada de la música y he tratado con ella en muchas formas.

Finalmente quiero rendir un homenaje a mi madre Ángela, explicando cómo me volví estudioso, escritor y buen lector. Mi madre, definitivamente, era un ser muy especial. Recuerdo bien cierta ocasión en que estando yo muy pequeño, quizás de 6 años, me llevó misteriosamente al cuarto principal de la vieja casa del Barrio Belén Terminal donde vivíamos. El cuarto estaba medio oscuro y mi madre me sentó en el descanso de la ventana. Era una ventana grande con paredes muy gruesas de tapia, con un amplio descanso de madera sobre el cual jugábamos los niños. Mi madre me entregó entonces un gran libro, encendió la luz y me mostró las primeras páginas, cuyos colores luminosos se quedaron grabados en mi memoria. Era un libro sobre los planetas y sobre el universo. Ahí tomé la decisión de leer y estudiar y de conocer a fondo ese universo tan luminoso. Nunca supe si mi madre entendía o planeó deliberadamente la magia de ese momento tan especial. Yo me sentí un ser privilegiado, especialmente por el aire de misterio que ella le puso a la situación y por la sensación que recibí de que el momento era como una iniciación y mi madre una sacerdotisa.

No se quedaron ahí las cosas, otras semillas maternas y familiares contribuyeron a hacer de mí un lector incansable. Un día, cuando tenía 8 años, mi madre me prometió que me regalaría una enciclopedia y fuimos juntos a comprarla. En aquella época la mejor librería de la ciudad era la "Pluma de Oro" y allá fuimos los dos, muy excitados. Ya he señalado que mi familia era pobre y no podíamos comprar enciclopedias de varios tomos, por lo que mi madre compró, a plazos, la "Enciclopedia Vergara" un libro gris de un solo tomo. La verdad es que fue una decisión perfecta

pues se trataba de una obra excepcional. Al año siguiente me regaló la Biblia, la cual me leí casi completamente con una mezcla de ignorancia y conocimiento. Sólo dejé de leer los libros prohibidos para niños como yo: El Cantar de los Cantares y El Apocalipsis, y el Libro de los Números y el Levítico, que me parecieron aburridos e incomprensibles para un niño de 9 años.

De mi tío Rafael heredé un precioso libro del autor español Luis Nueda, "Mil Libros (Recuerdos Bibliográficos)" en el cual resumió 1148 obras de 414 autores. Esa fue una inspiración y un desafío ¿Podría yo leer también mil libros? Es curioso que dicho autor cite al, comenzar, una frase de Platón que encierra la máxima sabiduría que alcanza el verdadero lector: "Los mejores escritos sólo sirven, en realidad, para despertar lo recuerdos de los que ya saben".

Imágenes de mi madre

*Ángela Restrepo, era mi madre
y cantaba a toda hora
enseñando su contento
siempre alegre y desbordante.*

*La tristeza se quedaba escondida
por donde ella transitaba
y sus cantos convocaban
lo mejor de nuestras almas.*

*Ni mis llantos ni mis gritos
ni mis caprichos de niño
perturbaron a mi madre
ni la sacaron de quicio*

*Más bien me cantó sus cantos
y me enseñó sus contenidos
que se quedaron sembrados
adentro de mis adentros.*

GALERÍA DE RECUERDOS DE LOS POSADA RESTREPO



Martha Libia, Enrique, Luz Alba, Bertha Luz, Ángela Rosa, Ángela, Jairo, Alberto León, Estela y María Teresa



Al frente de la casa de Manrique Alberto León, Ángela Rosa, nuestra madre y Enrique



María Teresa, Ángela cargando a Diane Posada, Rodrigo, María Cecilia y Alberto



*Ángela Rosa
cargando a María
Teresa*



Martha Libia, Alberto y María Teresa



Enrique Posada y Luz Alba Pineda, con todo su grupo familiar: Catalina Sánchez, esposa de Rodrigo; David y su esposa Luisa Torres, Pablo Osorno, esposo de María Cecilia; Alberto, su esposa Trinh Tu Van y sus hijos Nikkos y Mateos, Ricardo y su esposa Natalia Pino; Luz Alba carga a Juan Luis, hijo de Rodrigo. Al frente Samuel e Isabela, hijos de María Cecilia.



Alberto, María Cecilia y Martha Libia



Ramillete de primas: Marcela, Diane, María Teresa y María Cecilia

REUNIONES FAMILIARES

Ha sido evidente en este recorrido por las vidas de la familia Restrepo Escobar, que se trata de gente muy amistosa, familiar y gregaria, que se reúne con frecuencia, que se visita y que se estima. Precisamente este libro pretende reforzar esos lazos y prolongarlos en el tiempo, hacia las generaciones futuras.

Queremos terminar estos escritos, recuerdos y relatos con una serie de fotografías de gran valor porque recogen diversas reuniones que se han hecho aprovechando algún cumpleaños, alguna celebración y también algunos afortunados intentos de reunir el máximo posible número de tíos (cuando estaban vivos), de primos y de sus hijos.



En esta curiosa fotografía aparecen Ángela y Bernardo, con Luz Alba y Rodrigo, el hijo mayor de Enrique, tomado de la mano de María Teresa



Cira Elena, Gilma, Laura (cargando a Rodrigo), Ángela, Bertha Luz, Lida, Lucía y Luz Alba; María Teresa, Patricia y Alberto León.



Atrás: Gilma, Laura, Bertha Luz, Blanca Ángel, Luz Alba, Ángela, Bernardo, Lida; adelante Martha Libia, María Teresa con Rodrigo, Patricia y Edgar



Alicia, Ana María, Darío, Clara Gallego, Rafael, Esperanza, Guillermo, Emilio, Gabriel, Rodrigo. Rosa Elvira, María Eugenia y Alberto Gallego.



Reunión de Restrepos



Otra masiva reunión de Restrepos



Alicia, Graciela, tía de Jorge y Catalina, Lucía, Jorge y Luz Elena en su matrimonio, Catalina, Martha Libia, Ángela, María Eugenia, Luz Alba, Rodrigo y Alberto



Lucía, Carola, Ángela, María Eugenia, Alicia, Esperanza, Piedad y Luz Alba



Guillermo, Emilio, Enrique



Olga Isabel, Isabel (hija de Guillermo), Luz Alba, Rosa Elvira, Martha Libia, Alicia y Guillermo, en la finca de Luz María en San Jerónimo



Alberto Posada de visita a la familia Restrepo Torres en California (Laura, Lida, Patricia); con su esposa Trinh Tu Van y sus hijos Nikkos y Mateos



Reunión de primos durante el cumpleaños 70 de María Eugenia



Collage de familiares de los grupos Restrepos y Baena que tiene en su casa Olga Isabel Restrepo Baena, símbolo especial de las diversas familias extendidas que ha conformado el clan de los Restrepo Escobar

Hijos y nietos de Mamá Elvira Escobar y su esposo Félix Restrepo

Félix Restrepo Escobar nació en 1877 en Fredonia y murió el 8 de Octubre de 1935 en Fredonia. Se casó con **Elvira Escobar Gutiérrez** el 27 de Agosto de 1917 en Fredonia. **Elvira** nació en Fredonia el 2 de enero de 1889 y murió el 16 de enero de 1964 en Medellín.

Félix hijo de Marquitos Restrepo y Adelaida Escobar, Elvira, hija de José Escobar e Isabel Gutiérrez.

Tuvieron 10 hijos, 48 nietos, 80 bisnietos y 22 tataranietos que nos han sido reportados (hasta la fecha, julio de 2018), para un total de 150 descendientes.

2da Generación (Hijos y su descendencia)

1 Lucía Restrepo Escobar. Nació el 4 de diciembre de 1918 en Fredonia y murió el 23 de febrero de 1987 en Medellín. Se casó con Alberto Ángel Barrientos. Tuvieron 10 hijos, 19 nietos y 15 bisnietos a la fecha.

Hijos de Lucía Restrepo Escobar y Alberto Ángel Barrientos

1.1 Darío. Murió el 17 de agosto de 2001 en Medellín. Se casó con Priscila Acevedo. Tuvieron tres hijos: Hernán Darío, Luz María y Mauricio.

1.2 Esperanza. Murió el 9 de diciembre de 2012. Se casó con Alberto Gallego. Tuvieron tres hijas Ana María (soltera); Mónica, casada con Andrew Brown (dos hijos Porter Alejandro y Nicolás); Clara, casada con Eckart Abel (una hija Sofía).

1.3 Rosa Elvira. Soltera

1.4 Guillermo. Casado tres veces. El primero, con Alba Torres, sin hijos. El segundo con Ariela Gaviria (dos hijos: Marcela y Juan Guillermo). El tercero con Amparo Carrillo (cuatro hijos: Alejandro, casado con Salomé Hernández, Isabel, Liliana y Ana María)

1.5 Gabriel. Casado con Fidelia Arboleda (dos hijos: Juan Felipe, casado con Claudia Mariaca, con dos hijos Laura Isabel y Juan Pablo Ángel y Adriana (una hija Guadalupe Bravo)

1.6 Gonzalo. Casado con Gloria Gonzáles (dos hijos: Juan Gonzalo, casado con July Bedoya, con un hijo Martín; y Nataly Ángel)

1.7 María Eugenia, soltera.

1.8 Enrique. Casado con Julieta Gómez (tres hijos: Andrés, tres hijos, María Camila y dos con Julia Correa, Amalia y Lucía; Lina María, tres hijos, Juan Fernando y dos con Guillermo Solano, Luis Guillermo y María Angélica; Clara Lucía, casada con Jorge Manchola, dos hijos María José y Matías)

1.9 María Alicia, soltera.

1.10 Rodrigo, soltero. Murió en octubre 30 de 2014

2 José Vicente Restrepo Escobar. Nació el 10 de mayo de 1920 en Fredonia y murió el 7 de abril de 1983 en Medellín. Se casó con Carolina Botero. Ella nació el 24 de febrero de 1922 y murió el 6 de octubre de 2009. Tuvieron 5 hijos, 11 nietos. Sin datos de bisnietos.

2.1 Mario. Casado con Yolanda Cadavid. Tres Hijos: Carolina, Sebastián y Lucas. Carolina casada con Luis, tienen un niño Miguel; Lucas casado con Natalia, un hijo, Martín.

2.2 Piedad. Soltera.

2.3 Gustavo. Casado con Dora María García. Tres hijos: Jorge Mario, Juan Diego y Felipe.

2.4 Luz María. Casada con Jorge Pinto. Dos hijos, Juan Camilo y Daniel.
2.5 Adolfo. Casado en primeras nupcias con Lina García. Una hija, Laura. Casado en segundas nupcias con Amparo Uribe (Dos hijas mellizas, Catalina y María Paulina). Actualmente separados.

3 **Álvaro Restrepo Escobar**. Nació el 23 de junio de 1921 en Fredonia y murió el 11 de junio de 1991 en Medellín. Se casó con María Genoveva Vélez Escobar y tuvieron 10 hijos. Hubo otro fuera a del matrimonio. En total 11 hijos y 21 nietos. No hay datos sobre bisnietos.

3.1 Darío. Casado con Amparo Uribe (Dos hijas mellizas, Catalina y María Paulina). Actualmente separados.

3.2 Hernán de Jesús. Nació el 2 de enero de 1945 y falleció el 30 de septiembre de 2016. Casado con Matilde Castro (cinco hijos: Ana María - Sandra María, Hernán Darío, y Andrés Felipe).

3.3 Luz del Socorro. Casada con Jesús María Acosta. (Tres hijos, Carlos Mario, Isabel Cristina y José Alejandro).

3.4 Álvaro León (fallecido). Casado con Aura Nora Montoya (Dos hijos Mauricio y Tatiana).

3.5 Ricardo Antonio (fallecido). Casado con luz Nelly Mesa Acosta tuvieron una hija, Lina María.

3.6 José Félix. Casado con Isabel Cristina Gómez. Tuvieron una hija, Manuela Restrepo.

3.7 Juan Guillermo. Casado con Olga Raquel Pretel. (Dos hijos, María Cecilia y Juan Álvaro). Actualmente separados

3.8 Nora Elena. Casada con Octavio Gómez. (Dos hijas, Luisa Fernanda y Carolina). Actualmente separada.

3.9 María Isabel. Soltera. Tuvo un hijo, Esteban, con Johnson Isaza.

3.10 Luis Gonzalo. Casado con Maritza Duque. (Dos hijos Sebastián y María Camila). Actualmente separados.

3.11 María Natalia. Casada con Javier Ocampo. Sin hijos

4 **Mario Restrepo Escobar**. Nació el 10 de noviembre de 1923, murió el 1 de abril de 1986. Se casó con Ester Posada, nacida el 11 de noviembre de 1928. Tuvieron dos hijos. No hay datos de nietos ni bisnietos a la fecha.

4.1 Ana Clemencia

4.2 Julio Martín

5 **Bernardo Restrepo Escobar.** Nació el 24 de julio de 1924 en Fredonia y murió el 29 de enero de 1998 en California, USA. Se casó con Gilma Torres, nacida el 12 de junio de 1931. Tuvieron cuatro hijos. Antes de ello, tuvo dos con hijos Magnolia Molina, quien falleció. En total 6 hijos y 10 nietos. No hay datos sobre bisnietos.

5.1 Jorge Luis Restrepo Molina. Casado con Luz Elena Correa. (Dos hijos Alejandro, Natalia)

5.2 Catalina Restrepo Molina. Soltera

5.3 Edgar Omar Restrepo Torres. Casado con Cristina Reyes. Cuatro Hijos: Luis Fernando, Carlos Andrés, Isabella, Laura Nicole.

5.4 Laura Victoria Restrepo Torres. Sin hijos.

5.5 Lida Cecilia Restrepo Torres. Casada con Luis Fernando Granados. Dos hijos Érica y Daniel.

5.6 Patricia Restrepo Torres. Casada y divorciada con William Bryant. Dos hijos Evyn y Dylan.

6 **María de los Ángeles (Ángela) Restrepo Escobar.** Nació el 2 de febrero de 1926 en Fredonia y murió el 13 de junio de 1992 en Hialeah, Florida, USA. Se casó con Gustavo Posada Correa el 16 de diciembre de 1947. Gustavo nació el 16 de junio de 1919 y murió el 13 de junio de 1979. Tuvieron cuatro hijos. 10 nietos. Hay 6 bisnietos a la fecha.

6.1 Enrique de Jesús. Casado con Luz Alba Pineda. Cinco hijos: Rodrigo (casado con Catalina Sánchez, un hijo Juan Luis); Alberto (casado con Trinh Tu Van, dos hijos Nikkos y Mateos); María Cecilia (casada con Pablo Osorno, dos hijos Samuel e Isabela); David, casado con Luisa Torres; Ricardo, casado con Natalia Pino.

6.2 Martha Libia. Casada con Alberto Pineda. Tuvieron una hija, María Teresa, casada con Rafael Francisco Aristizabal.

6.3 Alberto León. Casado con Estela Mejía. Dos hijos Dian1 Posada (un hijo Jonathan) y Diego Posada, casado con Maria José García.

6.4 Angela Rosa. Casado con Jairo Mejía. Dos hijos, Sergio y Marcela

7. **Luciano Restrepo Escobar.** Nació el 16 de julio de 1927 en Fredonia, murió el 4 de febrero de 1968. No se casó y no tuvo hijos.

8 Jesús Emilio Restrepo Escobar. Nació el 25 de agosto de 1929 en Fredonia. Se casó con Gilma Baena López, nacida en Donmatías el 23 de noviembre de 1939. Tuvieron tres hijos y 4 nietos. No hay bisnietos a la fecha.

8.1 Emilio Alberto Restrepo. Casado con Martha Cecilia Alcaraz López. Dos hijos, Camilo Andrés y Juanita.

8.2 Oscar Jaime Restrepo, casado con Susana Maya. Dos hijos, Pablo y Sara.

8.3 Olga Isabel Restrepo. Soltera

9 Susana Restrepo Escobar. Nació el 31 de mayo de 1929 en Fredonia y murió el 22 de noviembre de 2003 en Miami, Florida, USA. Se casó con Alfredo Mejía García, quien nació el 4 de diciembre de 1920 y murió el 7 de enero de 2001. Tuvieron cinco hijos y 8 nietos. Tenemos datos de seis bisnietos a la fecha.

9.1 Jairo. Casado con Angela Rosa Posada. Dos hijos, Sergio y Marcela.

9.2 María Isabel. Casada con Héctor Mejia. Dos hijos, Andrew (un hijo Christopher) y Stephanie (una hija Penelope McHughe)

9.3 Estela. Casada con Alberto León Posada. Dos hijos Diane Posada (un hijo Jonathan) y Diego Posada, casado con Maria José García.

9.4 Bertha Luz. Dos hijas Isabel Cristina Vallejo (dos hijos Maiu Jaimes Vallejo y Hada Luz Jaimes Vallejo); Elizabeth Vallejo, una, hija Sofía Isabel.

9.5 Alejandro (Alex) Mejia. Casado con Lyn Sandiland. Sin hijos.

10 Rafael Restrepo Escobar. Nació el 25 de enero de 1933 en Fredonia. Murió el 30 de diciembre de 2014. Se casó con Cira Elena Hurtado. Ella nació el 7 de julio de 1937 y murió en 1996. Tuvieron dos hijas y un nieto. No hay bisnietos a la fecha.

10.1 María Elvira. Soltera.

10.2 Gloria Cecilia. Casada con Edgar Parra. Un hijo Juan Camilo. Gloria Cecilia murió el 13 de julio 13 de 1996.